

GUILLERMO BLAZQUEZ BESTARD

EL TURNO DE LOS MALDITOS



COLECCION TELAR DE YEPES

YUCION GRAN DUQUE DE ALBA
DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

No se conforma Guillermo Blázquez con lo que pueda decir en sus óleos sobre el paisaje de Avila; por eso, como otras veces ha hecho, recurre a la narración. Es la inquietud de quien, queriendo describir lo que ama, no acaba de darse por satisfecho de cómo lo expresa. Pero no puede emplear las mismas tintas en una y otra forma de presentarnos su Avila.

Si de aquélla es la luz física o el vestido, de esta otra es algo de la de dentro. Con las narraciones de que se compone esta obra, expone, aunque en ello haya dejado volar la fantasía, lo que contra las dificultades pueden el valor, la fe y la nobleza de un pueblo.

 Institución Gran Duque de Alba



El presente documento es una
reproducción de un original
que se encuentra en el
Archivo de la Institución Gran
Duque de Alba. El original
es de la colección de
manuscritos de la Institución
Gran Duque de Alba. El
original es de la colección de
manuscritos de la Institución
Gran Duque de Alba. El
original es de la colección de
manuscritos de la Institución
Gran Duque de Alba.



Institución Gran Duque de Alba

GUILLERMO BLAZQUEZ BESTARD

**EL TURNO
DE LOS
MALDITOS**

(Leyendas entre la almena y el río)

CONSEJO DE REDACCION:

Carmelo Luis López (Director).

Jacinto Herrero Esteban.

José M.^a Muñoz Quirós.

Luis Garcinuño González (Secretario).

I.S.B.N.: 84-505-4844-6

Depósito Legal: AV. 2-1987

Imprime: Gráficas C. Martín, S. A. - Pol. Ind. Las Hervencias - AVILA

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	9
Preámbulo muy convencional	15
La Madrina	19
Amtor e Histolario	27
El Don	43
La Pila	59
La Daga	77
Dejadme dormir	93
El gallo blanco	111
La cueva del esqueleto	127
La Madrina (Conclusión).....	147
Justificación	151

PROLOGO

*Caballeros y Santos.
Cumbre dorada.
Almenas que se miran
en el Adaja.
No es cierto que ésta sea
ciudad callada,
si en ella, hasta las piedras
hablan al alma.*

PROLOGO

Pero ¿por qué malditos?

Malditos llamo aquí, sin ánimo de ofender, a los que intervinieron en la escena ocultos por el telón de fondo; a los que tomaron parte en la Historia de Avila y no figuraron luego en el reparto que se hizo de la fama; esa que se apropiaron los divos, unos por bien y otros por mal; pero que perpetuó sus nombres y sus hechos, y cuya gran entidad eclipsó cualquier otra que pudo existir más pequeña.

En todos los rincones del mundo existen leyendas. A veces, una misma, se relata en dos lugares distantes entre si no sólo en el tiempo sino en su raza y su religión. Muchas de ellas perduran desde las primitivas civilizaciones. Otras acaban de nacer. Pero todas referidas a personas o lugares donde lo emotivo en alguna forma desbordó los cauces de lo que entonces pudo tenerse como razonable.

Existió una abundancia de hechos dignos de memoria. Y esa sobrecarga de heroísmos, de virtudes, de infamias o desgracias se derrama fuera de los moldes de la lógica y viene a adoptar una forma que las humanas facultades anímicas distorsionan. Es entonces cuando nace la leyenda. Y es algún tiempo después cuando, basada en ella y a menudo muy bien inspirada por la fantasía, la ficción, unas veces movida por intereses económicos y otras por puro placer histórico, religioso o literario, nos presenta complicado y grandioso aquello que, aun en lo verdadero, pudo haber de simple o de común, pero ahora rayano incluso en lo supersticioso, si es que no entra del todo en ello.

Motivos bíblicos, orientales o mitológicos. Egipto, Grecia, Roma; y buen número de connotaciones históricas, se nos han ofrecido mil veces por escritores de todos los tiempos y hasta por el actual cinematógrafo, no sólo deformando la verdad sino creando por propia cuenta nuevos personajes y motivos de acción sin otra referencia que una época histórica cualquiera; y aún ésta dilatada o comprimida hasta lo inverosímil, donde el tiempo fue añadiendo fantasía en lo mismo que a las personas o a las cosas restó alguna parte de su entidad. Así se presentaron con visos de realidad las más imponentes imágenes paganas o religiosas. Así se crearon dioses.

Así se vieron reyes, santos y héroes que no existieron jamás; y siempre con tan felicísima acogida, sobre todo en España, como cuanto a lo representado se concedió de valor tenido por auténtico; pues aquí lo irreal ha sido tratado casi siempre de modo tan particular, tan como cosa verdadera, que es, a no dudar, esa facilidad para confundir lo terreno con lo celestial o lo ficticio con lo auténtico, la verdadera esencia de nuestro característico realismo. Y para el creyente como para el incrédulo, el mundo que se cuenta viene a ser tan cierto como el que se palpa. Si así no fuera, no tendría base ni explicación el gusto que siempre ha habido por la ficción, desde los libros de caballerías hasta las modernas aventuras de superhombres extragalácticos. Unas y otras podrán haber sido calificadas de fantásticas o alucinantes, pero jamás de absurdas, que es cosa muy distinta.

Por cerrar los ojos a ese peligro, muchas veces escribí lo que pensaba, sin ver que lo absurdo vino a ser producto exclusivo de lo humano, precisamente, a partir del momento en que el cerebro del hombre aprendió a crear y a poner en orden sus ideas.

Porque Dios sólo es creador de las cosas naturales. Todo lo demás es obra del hombre, a quien otorgó las facultades de disponer y de razonar. Las cosas naturales tienen una existencia independiente y anterior a la capacidad del hombre para pensarlas. Está claro que si luego el hombre supo encontrar en ellas una justificación racional, también se ganó el derecho a que se justifique lo que él mismo pudo construir con los elementos que le fueron dados: las cosas y la conciencia. E hizo muy bien

quien se atrincheró en este juicio para defender el paso de todo lo que logró edificar basado en lo fantástico, en lo inestable y hasta en lo inverosímil. De otro modo se haría obligatorio derribar los monumentos erigidos a las artes, a las letras... e incluso a la exacta matemática, que no se ve libre de tener que hacer muchas veces equilibrios en la cuerda floja de lo convencional.

Más pienso que no es necesaria mayor reflexión para justificar los regates a que se obliga quien trate de escribir una leyenda; pues es evidente que, en lugar de pasear por los arreglados caminos de la Historia, se le hace necesario caminar por sus márgenes.

Y en mi indagar y discurrir por los aledaños de cunetas y desniveles, la piedra y el charco me salieron al paso; me pertenecieron la amapola y el esacarabajo; esquivé las ortigas y me gocé en el rocío de la grama; mío fue lo verdadero y lo aparente, y para mi provecho saltó la sorpresa y lo inexplicable. Todo me sirvió, pero no de todo quise servirme; porque me consta que es peligroso poner visajes de fábula a las verdades, como también lo es alinear las hazañas con mentiras. No sé cuál hace mayor ofensa al héroe. Pero pienso que es aún peor lo que, von visos de rigurosidad, anda, como puede comprobarse a poco que se examine, maltratado y retorcido por sus autores. Por eso no quiero referirme a los famosos. Desgracia es para sus grandes hechos, la variedad de versiones con que después se relatan; y trabajo sencillo para los malintencionados o poco escrupulosos, inventar accidentes, que aún cuando no desluzcan a la verdad, la sujetan rígidamente a la opinión más generalizada; de forma que viene luego a quedar en las historias aquello que comenzó o se interpretó primero en la credulidad del vulgo. Con frecuencia se colocaron en medio del camino los abrojos que fueron arrancados de la cuneta.

Es a veces la verdad tan de razón y tan escueta, que no acaba de ajustarse al complicado cerebro de quien ha de explicarla; ese, que en lugar de admitir que la verdad es más grande cuanto más sencilla, la cercena o emperejila sin muchos miramientos. Es el mismo que acorta o alarga los lados del cuadro, para acoplarlo a un marco (el suyo) las más de las veces desproporcionado e inconveniente.

Se hace necesario hacer hincapié en este hecho, que con ser conocido de todos, contribuye frecuentemente a que se pongan en duda los auténticos valores de cada narración. Y quizá, después de todo esto, no fuera ya necesario advertir que los capítulos siguientes se escribieron al amparo de tanta licencia como se otorgó a los demás, pero al decirlo confío en que de esta forma mi defensa puede quedar también asistida por la misma comprensión.

Bien es cierto que muchas hazañas, aún siendo dignas de recordación, se hubieran dado al olvido tan pronto como se desvanecieron los ecos de sus campanadas; y sin embargo quedaron recogidas en la Historia, precisamente por lo llamativo de su disfraz, a veces de luz y a veces de negro, pero siempre al acomodo de cada narrador. Y es que resulta muy difícil, una vez tomado el tema y la ocasión, dejar de volcar en la empresa los propios intereses, la aversión o el apasionamiento. De lo que viene a deducirse que es más fácil desprenderse del pundonor que de la subjetividad.

Mas, procurando mantenerme dueño del uno y de la otra, me decido a alejar de mí la espereza y el rigor en este ligero y desconsiderado análisis de narrativa histórica, porque pienso que acaso toda ella no consista más que en un entretenido juego (de otro modo no lo entiendo) que hasta ahora me había pasado inadvertido. Y, dándolo ya por cierto, estoy dispuesto a entrar en él admitiendo sus condiciones, pero también imponiendo las mías para poder jugar la baza de mi conveniencia, espero que disculpable, puesto que en ella no hay más intención que la de entretener, y que ha surgido del amor a esta ciudad donde aprendí a ser hombre y me enseñaron a ser caballero. Razón por la que nunca estuvo en mi ánimo exigir que nadie me concediera sus oídos a lo que yo pudiera contar de Avila y de sus personajes, que habrían perdido gran parte de su grandeza en las negligencias de mi bolígrafo; al que asimismo culpo de los mil inciertos apoyos de estas leyendas, en que los famosos y su andanza habrán de quedar fuera de toda especulación.

Pero al margen de los grandes, los malditos, dignos o indignos, también hicieron lo suyo. También salió el sol para ellos y para ellos también se oscureció el cielo. Aquí están los que pudieron quedar ocultos por los estandartes de la victoria o por las ruinas de la derrota; los que

actuaron apartados de los grandes o confundidos en el fondo de la gran escena; los que acaso no fueron, pero pudieron haber sido, o los que, sin señas de su existencia, protagonizaron una vida sencilla en estos parajes. Aquí están unos pocos de ellos con sus leyendas. Aquí están los malditos con sus otras historias pequeñas, pero ¿intranscendentes?

Tal vez no consiga encubrir con estas páginas mi ambición, pues busco para mi empeño nada menos que la gloria de un grande y acreditado escenario, para soltar en él lo pequeño de mi caudal, cosechado casi en su totalidad mientras caminaba en seguimiento de mi imaginación. Y quizá engañado por ese extraño espejuelo, seguido con acero por tantos otros, de satisfacerme en dar entidad a la ilusión, haya venido a creer que en este trabajo fueron valentías de la inventiva lo que tal vez no pasaron de ser sino atrevimientos de la ignorancia. Sin embargo pienso que aún con ello, así como no idealizaba la realidad, tampoco, y esto era muy importante, desmerecía ningún valor; y en esa creencia me he limitado a dar imagen a una muy pequeña parte de la fantasía que me sugiere el formidable conjunto de la ciudad. Aunque me basta sólo, como razón de haber cumplido mi propósito, con no dejar a ningún lector quejoso, ya que es una temeridad el pretender dejarle contento.

O al menos permitaseme la vanidad de pensar que se me aprueba lo que no se me censura, y no tenga motivos para creer que hubiera hecho mejor con ocuparme en otro negocio que el de escribir, pero es que me sedujo la idea de jugar un rato, y arriesgarme en la labor de sorprender o inventar el pasado familiar y social de unos personajes hasta ahora desconocidos e incluso de más que dudosa entidad.

Que descansen por un momento las figuras y nadie tema por lo que aquí pueda decirse de ellas.

Este es el turno de los malditos.

El Autor

PREAMBULO MUY CONVENCIONAL

En el transcurso de los siglos han tenido tiempo de desaparecer las numerosas leyendas que, en otras épocas, hubieron de correr en tantas y tantas poblaciones españolas. Por lo que se refiere a la ciudad de Avila, cuyo origen se pierde en la noche de los pasados milenios, existe la leyenda de Alcideo, hijo de aquel forzado Hércules, quien después de concluidos sus doce trabajos, aún se entretuvo, entre otras cosas, en hundir el istmo que hoy ocupa el Estrecho de Gibraltar y fundar las columnas de Calpe y Avila. Actualmente sólo persisten acerca de esta ciudad algunos relatos sobre sucesos que tuvieron su ocasión en épocas relativamente recientes. Nada o muy poco nos ha llegado del dilatado lapso ibérico; casi nada de aquellos otros siglos de los celtiberos, ni de los inmediatamente anteriores a la dominación romana, salvo algunas piedras de dudosa interpretación; y mucho menos se sabe de la fecha en que fuera fundada la ciudad, o de su establecimiento como núcleo de población. Pero puede investigarse en los informales textos de la probabilidad y de la lógica con la seguridad de que, aún sin reglas, circunstancias ni puntualidad, encontraremos en ellos la certeza de que allá en el fantástico neolítico, los combativos celtas obligaron a los iberos a salir de estos parajes; como siglos antes los propios iberos hubieron de desalojar, y no amigablemente, a los cavernícolas prehistóricos. Y aún se puede pensar que éstos últimos, a su vez, en remotísima ocasión hicieron huir o

exterminaron a alguna familia de pitecántropos más o menos peludos, y que asimismo éstos, ya con anterioridad anduvieron a la greña con las alimañas de la zona para disponer su acomodo entre los peñascos y malezas que se volcaban sobre las márgenes del río. Y siempre las acciones ofensivas en razón de superiores inteligencias, y por tanto de superiores armas de ataque.

Escasos vestigios quedan visibles de aquella Opila (u Obila como posteriormente la denomina Ptolomeo), construida por un castro fortificado con unas rudimentarias murallas o paredones discontinuos que se acoplaban a los arriscados salientes del suelo.

Y no es fácil imaginar cómo aquí pudo establecerse un definitivo lugar de asentamiento, por la dureza del clima y por lo agreste del terreno, pues aún con el recurso del río, cuyas aguas raramente fluyen generosas, estaba fuera de duda la escasa fertilidad del valle.

Aquellos hombres de entonces, más los establecidos en el otro cercano castro de Ulaca (una jornada al suroeste), dominaban la totalidad de la extensa comarca. Y podemos estar seguros de que esta ciudad, a cuyos pies se retuercen las misteriosas aguas del Adaja, hubo de ser desde antes, por entonces y en adelante, importante escenario de batallas, de sacrificios, de cultos y, por todo ello, de leyendas.

Ha de ser, por tanto, larga y complicada la historia de esta Avila cuatro veces amurallada: primero lo hicieron los celtas a su modo; luego los romanos conformaron lo que ya fue un verdadero recinto, aunque reducido; más tarde, tras unos siglos históricamente grises de dominación visigótica, los árabes arrasaron las murallas romanas para levantar otras más fuertes; y ya en el siglo XI en que la ciudad pasa, alternativamente, a poder de los musulmanes y cristianos, Raimundo de Borgoña derribó la obra de los sarracenos y levantó en nueve años el sólido recinto que hasta hoy, salvo ligeros retoques, se ha mantenido en pie.

A partir de entonces comienza la notable historia caballeresca de la ciudad, plagada de lances guerreros, de graves situaciones políticas y de problemas religiosos; aunque también de esplendores y de grandeza.

Sin saberse por qué extraños vericuetos, a veces nos llega la leyenda,

ya confusa, de algo que si por un lado no rebasa los bordes de lo estrictamente lógico y natural, por el otro los sobrepasa para entrar de lleno en el ámbito de lo inverosímil. Aunque, a muchos detalles que quizá pudieran parecer absurdos, se suman luego otros, venidos por distinto camino, que autentifican aquello que no nos sonaba bien al oído y la razón se resistía a aceptar.

Tal ocurre, por ejemplo, con cuanto se refiere a la singular característica de los peces del río Adaja: son incorruptos. Y se asegura que tan extraordinaria particularidad obedece a que, en sus tiempos, Santa Teresa cayó a ese río y con su inmersión comunicó a los peces de entonces y a sus descendientes, aquella gracia o virtud de incorruptibilidad que a la santidad de la mística le fuera concedida. Tal vez ésto resulte dudable; pero que los peces no se corrompen es un hecho cierto; y en el río están esperando a quien lo dude y quiera comprobarlo.

Todo esto es, no sólo reciente sino actual; pero hubo casos muy distintos y extraordinarios en todos los siglos. Los más remotos de que existe memoria datan de la época romana, y principalmente los acaecidos durante la gran persecución en tiempos de Diocleciano. De entonces datan las historias o leyendas de los Santos Mártires y de la mula que grabó la huella de su herradura en el granito. Es conmovedora la historia de la Virgen de la Soterraña y la leyenda de la piedra que mana aceite. Siguen más tarde los heroicos sucesos a cargo de Jimena Blázquez; los de las Hervencias, no menos impresionantes; la leyenda de la Catedral inacabada, de su laguna y sus mazmorras; la de la calle de la Muerte y la Vida; las de numerosos caserones y de los caballeros que en ellos habitaron; las de la Virgen de Sonsoles, del enorme reptil que pende en el santuario, del caballero náufrago, del pastorcillo y los lobos; la leyenda de la Cruz de los Llano; la de la Virgen de las Vacas; la de los Cuatro Postes... La más reciente, hasta ahora, se refiere a la salvación de la ciudad en 1936, a punto de caer en poder de la tropa que se aproximaba amenazadoramente.



Institución Gran Duque de Alba

LA MADRINA

Este abigarrado conjunto de temas, entresacado del ingente número que, a lo largo de su historia, ha ofrecido la ciudad, dio motivos suficientes al joven Graciano Martín, vecino y ahijado de doña Hortensia Dávila viuda de Muñoz, para decidirse a revolver archivos y bibliotecas con el fin de documentarse suficientemente y relatar a su manera, aunque en ocasiones con personajes ficticios, algunas de las historias o leyendas menos conocidas.

Sí, puesto que las que andan a la mano de cualquiera —solía criticar Graciano ya han sido descritas más de cien veces y otras tantas manipuladas hasta la saciedad, y casi siempre al dudoso gusto de cada autor.

Entraría él ahora en un terreno propicio para ensayar muy a su sabor, cuantos desenfoques históricos se propusiera, aunque con el cuidado de que tales distorsiones fueran sólo con miras a una más clara y amena exposición de cada relato.

Con lo cual, a la postre, venía Graciano a caer en el mismo o acaso mayor pecado en que cayeron los historiadores que censuraba.

Hacía bastante tiempo que el joven le había prometido esas narraciones a su madrina. La señora, con más de ochenta años de edad, vivía sola en una antigua mansión de portada con blasones. No tuvo descen-

dientes y no se la conocía más familia, que una hermana menor en Valladolid, asimismo sin hijos, y cuyos viajes a Avila, brevisimos, además se espaciaban por lustros. Una sirvienta entrada en años llegaba con la compra a las diez de la mañana, trajinaba por toda la casa, comía con la anciana dueña y se marchaba a las cuatro de la tarde.

En el portal de aquella casa aún se veían residuos de algunas pinturas al fresco, donde se adivinaban fragmentos de águilas, almenas, escudos y letras en caracteres góticos; pero sin que entre todo ello hubiera modo alguno de componer una idea concreta. Del mismo corte era en sus dos tramos la amplia escalera de madera, que entre la talla de su barandilla y los crujidos de protesta de los peldaños, conducía hasta la planta superior donde doña Hortensia tenía sus aposentos. La planta baja sirvió en otros tiempos de cochera y establos, con una puerta a la calle que llevaba cuarenta años cerrada. El conjunto de portal y escalera ofrecía una lamentable sensación de abandono e incluso de pobreza, con sus paredes desconchadas y bruñidas por los implacables sobos del tiempo; pero la impresión era falsa: la anciana señora, ni andaba escasa de disponibilidades económicas ni de buen gusto. Ferviente admiradora de todo lo antiguo nunca quiso restaurar la entrada, ni aun siguiendo el estilo de lo que en ella se adivinaba.

—Después de mí —decía— que lo quemen si les place. Hay que comprenderme.

Sus aposentos ya eran otra cosa. En toda la línea del estilo clásico castellano, los tapices, las lámparas y los muebles, eran todo un prodigio de historia, de arte y de cuidado. Ella era así; y para hablarla y escucharla había que colocarse en su terreno, aunque a veces resultaba difícil.

Bastaba una ligera mirada a su biblioteca, de cerca de dos millares de volúmenes, para deducir que la señora se pasaba de extraña; porque en el enorme mueble que se formaba por varias estanterías, había de todo: junto a Cervantes, la Sagan. Junto a la Biblia, Marx. Allí Herodoto, Kafka, Calderón, Rousseau y Jardiel, dormían unos al costado de otros. Allí, sobre un tomo de la Ley del Timbre, se recostaba de una parte un tratado de oceanografía y de otra, una edición del Mono Desnudo; y sobre una

mesita camilla a un lado de la habitación, apilados, un tomo de Freud, un reglamento de fútbol, unas matemáticas de 5.º curso de bachillerato plan 1937, un reglamento de maniobras militares encuadernado en piel y las Rimas y Leyendas en rústica.

Tan desconcertante era la biblioteca como su propietaria.

Algunos cuadros de paisajes de Gredos y retratos antiguos por las paredes, además de una panoplia sobrecargada de armas blancas.

Sobre una mesita de brillante madera de roble y patas de forja empavonada, el luminoso colorido que difundía un televisor de 26 pulgadas, y sobre el aparato, un ramo de rosas frescas en un tarro de café soluble.

Junto al balcón que daba a una encrucijada de calles, un sillón antiquísimo de alto respaldo, en el que reposaba placentera la anciana que con su pelo totalmente blanco, aún ostentaba los rasgos de una belleza que se resistía a abandonar aquel rostro de ojos misteriosos y gesto amable. Una enorme bata morada vestía a doña Hortensia de arriba abajo y unos diminutos pies con zapatillas verdes se asomaban apoyados en un magnífico escabel tapizado de seda de carmín rabioso. Frente a la anciana un espejo excesivo, astutamente colocado para atisbar por reflexión todo el largo pasillo que constituía el eje de la vivienda.

Entre la familia de Graciano y doña Hortensia, aparte de que el joven había recibido las aguas bautismales en brazos de la señora, había de siempre una estrecha amistad; un parentesco de cariño; una confianza familiar. Graciano había cursado todos sus estudios con más preocupación ante su madrina que ante sus padres. Después de exponer a la anciana su propósito de escribir aquellas leyendas, y de pasar algún tiempo sin dar señales de su labor, doña Hortensia, impaciente, le reclamaba:

—Verás cómo todavía me voy a morir y me iré con las ganas. Ya te tengo preparado un sitio preferente ahí en la estantería, entre una botánica y la Guerra de los Mundos.

De lo que venía a deducirse que en la biblioteca existía un orden; extraño, eso sí; pero que así como con su disposición la señora confirmaba

su rareza, en alguna forma daba a entender que también sabía lo que se hacía.

A Graciano ya le importaba poco el que su obra se publicara o no. Escribía exclusivamente para la madrina. Una vez que ella lo leyera le tendrían sin cuidado las papeleras.

Por aquellas fechas, aún soltero, el joven escritor residía en Madrid y solía desplazarse hasta Avila algunos fines de semana, para disfrutar de su familia y pasar algunos ratos acompañando a su madrina; agradable conversadora, de ancho corazón y vivo carácter, que buscaba siempre la cara amable de las cosas; que admiraba, quizá exageradamente los toques de valentía, los gestos gallardos o los rasgos de inteligencia de las personas; y buscaba en cada espacio lo más pintoresco. De haber nacido gallega, hubiera sido meiga; y si valenciana, fallera mayor.

Obvio es decir que Graciano, de gentil apostura, veneraba a su madrina, muchas veces depositaria exclusiva de sus sentimientos, y reciprocamente, doña Hortensia no perdía ocasión de mostrar a su ahijado sus preferencias y su afecto.

—Si llegas a caer en mis buenos tiempos —le dijo entre bromas en una ocasión— no sería yo ahora la viuda de Muñoz.

—Mejor —respondió entonces el mozo en el mismo tono— haber nacido usted sesenta años más tarde, para no tener que molestarme en llamar a la puerta cada vez que llego a esta casa.

—No lo creerás, niño, pero eso se lo digo a mi marido siempre que hablo con él.

—¿Y él la contesta?

—Pues claro. Y a veces se enfada y me dice que el viudo lo hubieras sido tú. Para que veas cómo se las gastaba.

Al fin, Graciano concluyó sus leyendas y un miércoles de febrero viajó hasta Avila. Llevaba en su portafolios un buen tomo de holandesas mecanografiadas.

Cuando, ya caída la tarde, se apeó del tren, arropado con la satisfacción de la obra acabada y al abrigo de su ilusión por poner el conjunto de folios en las manos de doña Hortensia, tomó andando el

camino del centro de la ciudad sin enterarse siquiera del intenso frío, a aquellas horas dueño de todas las callejuelas. Había nevado hasta entonces y una ligera capa blanca cubría el pavimento. Graciano entró en el portal de su casa dando pisotones para sacudirse la humedad del calzado. Pulsó varias veces el timbre de llamada y nadie contestó. Había olvidado el aviso de que sus padres, ese día precisamente, habrían de estar en Medina del Campo en visita a una persona enferma y regresarían bien entrada la noche. Lo recordó de pronto, y sin otra preocupación volvió sus pasos hacia la inmediata vivienda de doña Hortensia.

— Bueno — se dijo —. Así tendré con quién discutir las peripecias del partido, ¡menuda es!

Subió los peldaños de tres en tres y... extrañadamente encontró la puerta abierta. Cerró luego por dentro y se dirigió a la biblioteca donde la anciana se acomodaba en un sillón.

— Doña, ¿cómo esta? — saludó.

— Esperándote; — la madrina besó la frente de Graciano — acabo de llegar y dejé abierto porque te vi venir pisándome los talones.

El joven apreció que doña Hortensia hablaba con una languidez extraña y desacostumbrada, y pensó que la señora, si había salido a la calle, fácilmente podía encontrarse cansada.

— ¡Pero, doña! — se atrevió a recriminarla — ¡Con el día que hace, expuesta a agarrar una pulmonía, o sabe Dios!

— Hace mucho frío aquí, niño. Enchufa el radiador y acércalo.

Dejó Graciano el portafolios sobre la mesita; cumplió el mandato de la señora y, mientras de una de las estanterías alcanzaba una botella oculta tras las obras de Poe, las de Graciano pasaban a las manos de doña Hortensia, que con un ¡loado sea Dios!, hizo al joven volverse sorprendido, y mucho más porque la señora había abierto el portafolios segura de lo que habría de encontrar en él.

— Perdóneme, doña; lea ese mamotreto con benevolencia y apiádese

de mi. Si en esa literatura encuentra una sola palabra que no sea de su agrado, me como todas las páginas a razón de siete por semana.

—Pues deja esa botella —agregó sonriendo con un jadeo doña Hortensia— y ve a la cocina, que hay bicarbonato.

Claramente observó Graciano que la anciana se esforzaba en aparentar un buen humor que no sentía.

—No te molestes —siguió la señora— en conectar el televisor. Se ha estropeado y no funciona. Así es que, como tus padres están fuera cumpliendo un deber de caridad, en tanto regresan, haz tu lo que ellos y comienza a leer, que mis oídos aún me sirven bien, pero mis ojos ya van estando cansados. Te escucho.

Cada vez que hablaba doña Hortensia, el joven notaba en ella un aire desacostumbrado, una tristeza o una frialdad. Aquella voz le sonaba distante y falta del vigor de siempre, y una serie de otros pequeños detalles se habían sumado para asegurarle que su madrina le ocultaba algo.

—Nos conocemos muy bien, doña ¿qué la sucede?

—Estoy muy cansada; es todo —contestó la anciana ya sin abrir los ojos— sólo deseo que leas.

—No insisto; pero que sepa que quiero ayudarla.

—Bien; pues lee. Sólo tengo esa prisa.

Y dicho esto, la señora se arrellanó en su sillón, apoyó la cabeza en el respaldo, entrecruzó los dedos y cerró los ojos.

Acomodóse Graciano en otro sillón y vació de un trago la copa que se había servido. Tomó luego aire como quien toma carrerilla para dar un salto y comenzó diciendo:

—Perdónenme las gentes que, como yo, aman esta tierra, si en el presente farrago detectan algunas barbaridades; de las que en cualquier caso me consideraré responsable, mas no culpable, pues será que me han engañado muy bien. Con buena fe pregunté e indagué, y con mejor voluntad he descrito después el amasijo de lo verdadero y lo ficticio. Pero

téngase en cuenta que así como cada uno de nosotros nos hacemos producto de nuestra propia imaginación sin dejar de ser lo que en esencia éramos al nacer, estas leyendas, o mejor pseudoleyendas, pueden ser todo lo fantásticas que se quiera sin dejar de tener su concepción en una pequeña realidad. He escrito sólo pensando que quien leyere anda en busca de entretenimiento y no de rigor histórico. Y como, a pesar de todo, así pudo ser, así digo:



Institución Gran Duque de Alba

LEYENDA PRIMERA

Amtor e Histolario

Tras remansarse entre los fresnedales del valle, las aguas de aquel río, que aún traían esencias del tomillo de la sierra cercana, se revolvían bulliciosas entre espumas y guijarros y recortaban en escarpa los bordes de unas aglomeraciones pétreas volcadas hacia poniente.

Hielos y vientos de milenios agrietaron y disgregaron los enormes bloques de granito rosa del cerro, donde por uno de esos sorprendentes caprichos de la erosión, en un inverosímil prodigio de equilibrio, sobre un gran pedestal y como erigido en señor y vigilante de la paz del entorno, una extraña formación cúbica, un bloque de piedra de caras trapezoidales, destacaba majestuoso sobre los demás perfiles del conjunto.

Un día lejano apareció por allí un hombre de ojos negros venido del sur, provisto de un arma de sílex, consecuencia de unos conocimientos ligeramente superiores a los de las alimañas que habitaban aquellos parajes. Le bastó un tronco de árbol para apalancar la piedra, doscientas veces más pesada que él, y derribarla hacia las zarzas de la pendiente, dando al traste con aquella fantástica y superior presencia, donde le parecía ver una extraña deidad a la que no quería someterse.

Desde la aparición de aquel hombre y, siglos adelante, la de otros muchos de su raza, pero superiores a él, la vida de los humanos fue organizándose por toda la zona, sin admitir otra superioridad que la del

Sol y la Luna, e imponiendo un dominio que se extendía a los cerros, al valle y al río.

Y cerca, muy cerca; en las vertientes que, mirando al este, se volcaban sobre la margen izquierda de la corriente de agua, otros hombres de ojos azules, venidos del norte, se establecieron a despecho de los primeros, con distinto idioma y amparados por los dioses del Viento y del Trueno; pero igualmente dispuestos a sacarle su provecho a esos cerros, a ese valla y a ese río.

Iberos de una parte y celtas de otra, afianzaron sus posiciones y establecieron como frontera la sinuosa línea fluvial que discurría buscando las llanuras de la estepa.

Las precisiones biológicas eran idénticas en ambos grupos, pero eran distintas sus religiones, aunque éstas engendraban en uno y otro pueblo las mismas ansias de posesión. Así que las incursiones de cada tribu en el campo contrario, se sucedían con sobrada frecuencia y escaso respeto.

En la misma medida en que las poblaciones crecían y desarrollaban su organización, aumenta también la perfección en los dispositivos ofensivos y defensivos y, paralelamente, la violencia en los enfrentamientos, pero siempre con resultados escasamente favorables al grupo vencedor.

A fuerza de descabros y cuando una buena cantidad de guijarros de los que unos a otros se lanzaban a toda hora había hecho el trayecto de ida y vuelta miles de veces a través del río, hubo de imponerse la cordura; y los caudillos de ambos pueblos parlamentaron por señas y sin escoltas, en los arenales del cauce, en aquel verano de sequía.

Bebieron en el mismo vaso una mezcla fermentada, a base de miel con hierbas aromáticas; hecho que simbolizaba mutua confianza, e intercambiaron sus lanzas y escudos, en señal de que aquellas armas jamás volverían a cruzarse.

Aunque sobre movediza arena, se había establecido firmemente la paz.

Se acabó el andar a cantazos, y se ajustó la conducta de cada bando para convivir en procura de un beneficio común. Iguales derechos e iguales deberes. Todo sería de todos y nadie sería dueño de nada.

El poder judicial, de sencillas reglas, ejercido por cada jefe con los de su raza.

Cada jefe dirigirla a sus guerreros, pero ambas tribus, llegado el caso, lucharían juntas.

Las costumbres sociales, semejantes en uno y otro pueblo, seguirían siendo las de que cada familia construiría su casa y sería dueña de su intimidad. La ganadería, el trabajo en el campo y las tierras se sortearían cada año, pero los productos habrían de repartirse en cantidades ajustadas a los miembros de cada familia.

Y por el momento, en tanto los dioses no manifestaran su asentimiento, prohibición, bajo pena de muerte, de mezclar las razas.

Histolario, jefe de iberos, plantó su vivienda muy cerca de la línea del agua, y en la orilla opuesta se instaló también la de Amtor, caudillo celta.

La amistad entre los dos hombres había ido en aumento, así como la de sus respectivas familias. Poco a poco se unificaba el idioma; y pronto comenzó a tomar forma la idea de abolir aquel precepto en cuanto a la raza, sin esperar el consenso de las divinidades. Aunque era prudente esperar algún tiempo todavía.

Amtor se presentó una tarde frente a la vivienda de Histolario para obsequiarle con un hermoso buey; pero como el ibero se hallaba ausente, el regalo quedó en poder de la esposa quien, dicho sea de una vez, exhibía sin reservas una megalítica belleza y se rodeaba de una buena piara de hijos.

De regreso a su hogar el moreno sureño, se hizo cargo del magnífico presente, y le faltó tiempo para cruzar el río, jinete en el mejor de sus caballos, para hacer entrega a la esposa de Amtor, puesto que éste se hallaba de cacería, del soberbio animal; correspondiendo así a la atención de su vecino y amigo.

La esposa de Amtor, elegida entre más de mil por el jefe de la tribu, nada tenía que envidiar a la mujer del ibero en cuanto a exuberancia y belleza, si no era que en ella faltaban por lucirse las facultades para proporcionar al esposo un heredero en el caudillaje.

Algún tiempo después, la prolífica esposa de Histolario hacía saber a su marido que se encontraba a la espera de un nuevo descendiente.

Por la fuerza de la costumbre, el ibero ni se inmutó; siguió la rutina de siempre y puso la noticia en los oídos de magnates y sacerdotes para que

consultaran a los dioses sobre las señales que caracterizarían al nuevo guerrero que vendría a aumentarle sus preocupaciones y su honor.

Y en la misma fecha, también Amtor recibía de su esposa la noticia feliz de que por fin sería obsequiado con el tan esperado sucesor.

El celta lo celebró con júbilo e, igual que Histolario, ordenó se hicieran las consiguientes cábala con los plenilunios y las entrañas palpitantes de un macho cabrio sacrificado a Yun.

Ninguna de las dos noticias trascendió, por el momento, más allá de quienes componían el impenetrable círculo de los más allegados al jefe de cada tribu.

Habló el oráculo ibero, y tras algunos titubeos e indecisiones, a su caudillo se le hizo saber muy en secreto, que con la entrada de la primavera se produciría el nacimiento junto al río, de un varón de ojos azules.

—¡Azules!

Histolario quedó sorprendido con aquel detalle. Por un momento pensó en dar en la pira con la caterva de incompetentes que le pronosticaron tamaño destino. Pero el hombre se echó sus cuentas, y al instante hicieron aparición en su ánimo las oscuras sombras de la duda y de los celos. Se acordó de la clase de animal con que fue obsequiado y de quien le llevó el obsequio a casa.

Silenció a todos su pesadumbre y abatidísimo, con su orgullo de jefe guerrero en los calcañares, se fue solo a meditar entre las rocas, recomido por unos pensamientos negrisimos.

No era el ibero poseedor en exclusiva de esta clase de sentimientos, porque al rubicundo celta le habían asegurado sus sacerdotes, muy reservadamente y no exentos del temor a la cólera de su jefe, que a la llegada de la cigüeña a las aguas del río, abandonaría por allí cerca a una criatura recién nacida, con unos bellísimos ojos negros.

—¡Negros!

Amtor se quedó de piedra. Primero pensó en despedir a palos a los dos sacerdotes, pero luego se acordó de la fecha en que fue obsequiado con el

caballo e, irremediablemente, en el caballero que se lo regaló.

Amtor se retiró en solitario con la cabeza revuelta por una maraña de malas ideas.

—¡Cómo tenga los ojos azules...! —exclamaba comiéndose los nudillos el uno.

—¡Cómo tenga los ojos negros...! —aumentaba su crispación comiéndose las uñas el otro.

Transcurría el tiempo y no se disipaban las dudas que corroían las entrañas de aquellos dos hombres llenos de soberbia. Por el contrario, las dudas aumentaban al tiempo que la soberbia se convertía en una ira que llegaría a hacerse incontenible.

Transcurrido el otoño, las nieves enjalbegaban toda la comarca.

Durante el invierno el pueblo permanecía como en letargo y sólo algunos arqueros se alejaban del conjunto de chozas y cavernas, para complementar con la caza los suministros de alimentos que correspondían a cada familia.

Los guerreros desocupados solían pasar el día reunidos en una gran cueva, separadas las categorías, y cada grupo alrededor de su hoguera.

Tanto Histolario como Amtor, cada uno en su cueva, permanecían ajenos a cuanto les rodeaba. Absortos en los pensamientos que les machacaban la cabeza con insistencia, ni intervenían en los juegos de daños, ni en las canciones con que entretenían sus ocios todos los demás; ni les apetecía beberse aquellos enormes jarros de cerámica, llenos a rebosar de un fermentado zumo que sacaban de las bellotas, y tras cuya ingestión muchos bebedores salían de la cueva dando trompicones.

Patente el mal genio de cada jefe guerrero, los allegados procuraban eludir su presencia, y las conversaciones se cortaban o se bajaba la voz siempre que Amtor o Histolario aparecían en escena.

Entre los dos jefes, que se rehuían mutuamente, todos notaban una frialdad a la que no encontraban explicación.

Cada jefe sabía de su pesadumbre, pero desconocía la del contrario, al tiempo que le hacía culpable de la propia.

Y ambos se torturaban pensando en aquel precepto racial; en las penas

de muerte que llegarían sin remedio, y en que cada uno de ellos, como parte ultrajada, habría de aplicarlas personalmente.

Ya el sol se elevaba cada día un poco más sobre la línea del horizonte.

Ya el deshielo aumentó el nivel de las aguas del río, que bajaban arrolladoras en peligrosos remolinos.

Ya verdeaban las praderas y, los pájaros comenzaban a llenar los arbustos y matorrales con sus piares.

Ya la esposa de Histolario, así como la de Amtor, ambas en plenitud, dieron señales inequívocas de que necesitaban ser atendidas.

Y Amtor, de medio cuerpo arriba desnudo, arrebatado por una furia implacable, se acercó decidido a la orilla del río con la mala idea de cruzarlo e ir en busca del rival que con su muerte le restituiría su honor de hombre.

En la orilla opuesta se encontraba Histolario con parecida indumentaria, igualmente enfurecido y con los mismos propósitos que Amtor.

Ambos sin armas. Habían hecho un juramento de paz entre guerreros y éste era inviolable. El guerrero estaba siempre por encima del hombre. Ahora eran sólo dos exaltados rivales que buscaban una venganza.

Desdeñando el peligro que suponía sumergirse en las turbulentas aguas, los dos a un tiempo se lanzaron a ellas para encontrarse en el centro del río donde, sin pronunciar palabra, se enzarzaron en la más disparatada lucha que imaginarse puede.

Procurando cada uno de ellos no ser atenazado por el otro, los puñetazos se alternaban con las zambullidas y los rostros de ambos contendientes enseguida colorearon el agua con onduladas líneas de carmines.

Los dos hombres aparecían y desaparecían en una confusión de torbellinos, golpes y salpicaduras, como si dos cocodrilos enloquecidos se revolvieran entre coletazos.

Y mientras los maridos se zarandeaban en el agua, las esposas rendían sus cuentas, cada una en su orilla.

Los testigos de cada nacimiento, que sabían dónde se bañaban los jefes, corrieron hasta la misma lengua del agua para darles la noticia,

sorprendidos de que las cosas no hubieran ocurrido de acuerdo con el oráculo, hasta entonces infalible.

—¡Tiene los ojos negros! —gritaban los sacerdotes de la tribu de Histolario.

—¡Tiene los ojos azules! —gritaban también los de Amtor.

Pero, tanto el ibero como el celta, ciegos y sordos por el ardor (a pesar del agua) que ponían en la contienda, ni veían ni oían, ni estaban dispuestos a que uno cualquiera de los dos saliera vivo del río.

Cuanto desde las orillas observaban la escena, ignorantes de los verdaderos motivos por los que sus jefes parecían luchar, pensaron que se trataba de algún nuevo rito o alguna danza simulacro de combate, con la que celebraban el feliz suceso del nacimiento de sus hijos. Y a medida que llegaban los mirones, se lanzaban a las peligrosas aguas desde las dos orillas, para sumarse al júbilo y entablar por parejas otros combates a imitación de Amtor y de Histolario.

Y así vino a suceder que en pocos momentos, aquella zona del río se convirtió en un revuelto escenario de cánticos y manotazos entre chapoteos a cargo de un centenar de fieles concelebrantes.

Agotadas casi por completo las fuerzas de Amtor, aún tuvo éste ocasión de alcanzar una vez más el rostro de Histolario. El celta, tras el supremo esfuerzo, se desvaneció agotado; y tuvo suerte en ello, porque a su vez el ibero ya tenía perdido el conocimiento, y de haber mantenido su consciencia cualquiera de los dos, pese al agotamiento, hubieran terminado sin dificultad con la vida del contrario.

Mientras los danzantes, cumplida su devoción salían del río traquilamente, arrastrados por la corriente del agua, los dos cuerpos exhaustos de los jefes quedaron varados cada uno en su orilla, de donde fueron recogidos y llevados a sus casas.

Al despegar sus párpados Histolario, aún aturdido, fue informado de que los dioses le habían dado una hija más.

—¿Y sus ojos? —preguntó el ibero con ansiedad.

—Negros, ¡vaya pregunta!

A su vez, Amtor supo que ya contaba con un heredero.

—¿Y sus ojos?

—Azules, ¿pues cómo han de ser si no?

—Pero. ¿Y aquel oráculo? —se preguntaban aún balbucientes con las narices amoratadas.

Los sabios repasaban sus notas nerviosamente, mientras Histolario de una parte y Amtor de otra les aseguraban que por su equivocación serían castigados con toda severidad.

Pero los oráculos no se equivocaron. Por rudimentarios, su imprecisión hizo errar al hombre.

Pues ¿no aseguraron que...?

Si. Pero téngase en cuenta que en ninguno de los dos casos se dijo en qué orilla caería cada color.

¿Por qué dudaron Amtor e Histolario?

Los dos testarudos no admitieron una posibilidad de error. ¿Por qué no pusieron los dados sobre la mesa antes de enfrentarse violentamente?

En cualquier forma, bien podían haber consultado los oráculos alguna vez más ya que aún dispusieron de algunos plenilunios y de un buen remanente de chivos.

Fue el caso que se habían reflejado entre sí las respuestas de los dioses. Hoy esto se explica fácilmente: Fueron dos comunicaciones en conexión simultánea que originaron un cruce de líneas. Como dos piedras lanzadas a la vez en una trayectoria convergente, que chocaron en el aire y se desviaron, tomando cada una el sentido que llevaba la otra intercambiando así su punto de caída.

Con esta versión se justificaron los sacerdotes ante el celta y el ibero. Y así fue vista de clara, que ambos jefes salieron precipitadamente de sus casas para lanzarse de nuevo al río y abrazarse donde antes se maltrataron; pero al observar la peligrosa corriente, la prudencia les aconsejó no arriesgar estúpidamente sus vidas y esperar a que las aguas se apaciguaran.

Cuando, pasados cuatro días, Amtor e Histolario celebraban su feliz reencuentro con derroche de zumo de bellotas, entre familiares, magnates y guerreros de ambas tribus, los sacerdotes vinieron al fin a interpretar

correctamente la confusión de orillas y colores: no fue un equivoco, sino una sabia manera de proclamar la abolición del precepto racial.

Se iniciaron, a partir de entonces, unos años de prosperidad durante los que, por aquello de la novedad, aumentó el ritmo de crecimiento de la población; y los porcentajes de matrimonios mixtos superaron de largo todas las previsiones.

Con los años de paz y sin otra cosa mejor que hacer, los hombres se adiestraban en el combate y en la caza mayor, en cuya continua actividad el hijo de Amtor superó la niñez. Años adelante, y ya provisto de una incipiente barba, el joven se mostraba cada día más remiso en tomar los cepos o las flechas. No tenía espíritu de cazador. Prefería pasarse la mayor parte del día tumbado en la maldita cueva saboreando el dichoso licor de bellotas.

Un día Histolario habló muy serio al joven en presencia de su padre, mientras los tres se las entendían con unos cuencos llenos de la blanquecina bebida.

—De tu padre y de mí —hablaba el ibero— has aprendido el manejo de la espada y la jabalina; has aprendido a luchar, sabes organizar una batalla, y sabes también que un guerrero muere antes de ser vencido. Ahora vivimos sin el acoso de otras tribus y no hay ocasión de que demuestres tu dignidad guerrera como todos deseáramos, y como en otros tiempos difíciles hicimos los mayores.

El hijo de Amtor miraba a Histolario con cierto recelo, sospechando que el ibero se disponía a soltarle alguna historia de sus tiempos pasados, en la que trataría de ejemplarizar presentándose orgullosamente como héroe de la batalla.

Pero no iban por ahí las flechas.

Histolario continuó:

—Y también por tu padre y por mí has adquirido destreza en la ciencia de la caza; pero sólo se te ve ahora atrapar algunos pajarillos sin pensar que así no serás grande, sino que te empequeñecerás en la medida en que lo sean tus presas. Sin embargo sabes cómo guardar el viento al jabali y

dónde herirle; cómo anular la agilidad del ciervo; cómo abatir al águila, y cómo disponer la trampa para reducir al poderoso bisonte. Pues bien. Cada vez que venzas al jabali, al ciervo o al bisonte, reproducirás su imagen en el techo de esta cueva, hasta que su cantidad sea la de tus años. Sólo entonces, la mujer que nació bajo tu misma estrella será tu esposa; y sólo con esa condición te la entregaré. Es la más hermosa de cuantas puedan danzar a tu alrededor.

El rostro del joven se iluminó de repente con un ostensible gesto de gozo.

Amtor, que con su silencio había otorgado su conformidad al plan de Histolario, agregó:

—Hijo mío: Conoces muy bien a eso deforme que dicen que es la hija de Telacio el incinerador, y sabes que su padre anda loco buscando al necio que se la quiera llevar. Pues óyeme bien. Eso tendrás por mujer si desoyes a nuestro amigo Histolario.

Tras estas palabras el hijo de Amtor se volvió con gesto agrio hacia un rincón de la cueva donde, sin poder evitarlo, se le vació el estómago de una sola vez.

Tanto ímpetu desplegó el muchacho en las cacerías que organizó, temeroso de la amenaza de su padre de un lado, y espoleado del otro por la recompensa ofrecida, que se hubiera llevado a la hija de Histolario en pocos días.

Pero con lo mal que al pobrecillo se le daba la pintura, hubo de transcurrir cerca de un año hasta que pudo concluir toda la obra, al final ayudado por la impaciente hija del ibero, con unas pinceladas maestras que estilizaban el rabo del último jabali de la decoración.

Poco tiempo después los dos artistas formaron matrimonio, ante el júbilo de iberos y celtas y la desesperación de Telacio, pero sobre todo de su hija, que a la mañana siguiente apareció colgando de una encina.

Pasaron días y días. Una tarde, Amtor y su hijo regresaban de los cercanos montes transportando amarrado a un varal, un ejemplar de jabali. Acababan de cruzarse con los guerreros que se dirigían a establecer sus centinelas en las pequeñas alturas en torno a la ciudad. Las águilas y

buitres se retiraban a sus dormideros, y el dios Sol, en los momentos de su ocaso, encendía de oro y bermellones los estratos de nubes de poniente.

En una trocha que entre chaparros encaminaba al poblado, apareció de improviso un enorme oso levantado de manos, que si con astucia se había mantenido a resguardo de los hombres armados que pasaron a su lado poco antes, ahora no titubeaba en atacar con la ventaja de entrar de flanco y por sorpresa. Todo ocurrió con rapidez. Antes de que los dos hombres tuvieran tiempo de soltar la carga y ponerse a la defensiva, el animal se lanzó a zarpazos contra ellos hiriéndoles y derribándoles violentamente; y en tal forma quedaron ambos conmocionados que en los primeros envites el oso distribuyó los golpes y empleó las uñas a su antojo. La terrible bestia parecía dispuesta a hacer pedazos a padre e hijo. Tras la primera tanda de zarpazos, se tomó un respiro y se irguió luego cuanto pudo para dejar caer todo su peso sobre el joven, y a un tiempo romperle la garganta de una dentellada.

Amtor, el cuerpo cubierto de sangre, se rehizo con rapidez; y con su largo cuchillo, fabricado con un nuevo metal más duro que el bronce, apretó los dientes y resoplando saltó como un felino hacia la bestia en un cuerpo a cuerpo espeluznante; y, aunque sin poder evitar en su rostro la fatal tenaza de aquellas fauces, consiguió clavar hasta la empuñadura los dos cumplidos palmos de la hoja de su arma y atravesar el corazón de la fiera.

Algún grito oyeron los centinelas que aún no se habían alejado. Acudieron con rapidez, pero ya no les fue posible hacer otra cosa que socorrer al malherido hijo de Amtor. El caudillo celta había perecido.

Al amanecer del día siguiente, el cadáver de Amtor fue colocado sobre un túmulo de piedras en el centro del poblado, donde habría de cumplirse el ritual.

Histolario tomó asiento en lugar preferente. En una mano el cuchillo de Amtor y en la otra el vaso donde el íbero bebería vino de zarzamoras en honor del guerrero muerto.

El caudillo íbero se puso en pie levantando el recipiente sobre su cabeza. Con gran voz pronunció el nombre del celta y luego, de un solo trago, apuró hasta la última gota de la bebida para terminar quebrando el

vaso con el cuchillo de Amtor y colgar después el arma en el cinturón del hijo, que ostentaba con orgullo sus heridas aún sangrantes.

Algunos guerreros se lanzaron con verdadera codicia para recoger, incluso antes de que llegaran al suelo, los fragmentos de cerámica que Histolario lanzó al aire convertidos ya en una reliquia.

A esta señal ocho guerreros comenzaron la danza, primero frente al túmulo y luego en su derredor mientras se les iban añadiendo otros guerreros. El rito habría de prolongarse hasta la puesta del sol.

Resentido Telacio el incinerador contra Histolario, a quien culpaba de la desesperación que indujo a su hija al suicidio, no pudo saberse en qué forma logró el malvado añadir algún venenoso ingrediente en el vino de zarzamoras.

Escasos momentos después de comenzado el rito, Histolario, tras un horrible alarido que sobrecogió a todos, cayó de bruces entre convulsiones y se quedó luego inmóvil con sus uñas clavadas en el estómago.

A media mañana y presididas las danzas por el hijo de Amtor y el mayor de Histolario, eran dos los túmulos alrededor de los que se cumplían los rituales, mientras el criminal Telacio pendía de la misma encina en que tiempo atrás lo hiciera su hija.

El cuerpo de Amtor fue colocado en la más alta cima de un cerro que destacaba al este, para que al devorarlo las aves, llevaran a los dioses el espíritu del guerrero. Y el cuerpo de Histolario fue sepultado en una caverna, entre sus objetos personales y cubierto de piedras.

En el inmediato plenilunio, durante las danzas guerreras, el hijo de Amtor fue proclamado único caudillo de iberos y celtas.

E igual que aquí, en otros poblados del centro de la península, poco a poco se impusieron razones de pacífica convivencia entre todos los habitantes y fueron desapareciendo discriminaciones en cuanto a religión y raza.

A varias jornadas de camino de esta Opila celtibérica organizada, bastantes poblados vivían todavía su independencia total. De algún modo pudo llegar hasta ellos la noticia de la desaparición de Amtor e Histolario, y sus cabecillas hubieron de pensar que sería el momento oportuno para asaltar y someter al pueblo huérfano. Con gran osadía pero sin adecuada

preparación, consiguieron en alguna ocasión burlar los centinelas y realizar incursiones en la nueva comunidad celtibérica, pero de donde salieron con más pérdidas que ganancias. Ello como consecuencia de las inteligentes estrategias del hijo de Amtor, y cuyo primitivo nombre no ha llegado a saberse; aunque si su sobrenombre, que ya es ocasión de traer al relato: Cloverio; y tenía el significado de Jefe Valeroso.

Fue a partir de aquellas acciones guerreras cuando se pensó en la conveniencia de aumentar el potencial de armamento en jabalinas, espadas y flechas. Se excavó en la zona sureste del poblado, donde existía un yacimiento del que se extraía abundante mineral de cobre. Pero esto no bastaba. También era muy necesario fortificarse.

Cloverio trazó las líneas y dirigió las obras para levantar unos paredones discontinuos acoplados a las rocosidades del terreno, formándose así un recinto dentro del que quedaría mejor protegida la población, y al que se accedía por cuatro puertas, junto a cada una de las cuales se levantó una atalaya.

Y fue éste el mejor dispuesto y más extenso de los castros hasta entonces conocidos, cuya realidad se certifica en algunas piedras con señales características, que después del quita y pon de unos y otros vinieron a quedar a la vista en algunos lienzos y torreones del actual recinto amurallado.

Y poco más es lo que nos ha llegado desde entonces.

La concurrida cueva donde, para pintar un bisonte, el hijo de Amtor se esforzó mucho más que para darle caza en la pradera, se cegó para construir sobre ella un paredón y ya nadie después ha podido localizar su emplazamiento.

Y un enorme bloque granítico de seis caras que quedaba a su entrada, sobre el que nadie encontró manera posible de colocar una sola piedra que asentara correctamente, fue apalancado con unos troncos y desplazado cuesta abajo, quedando medio oculto entre las zarzas junto a una de las entradas del castro.

Empleando una aguada herramienta, un guerrero habilidoso se entretuvo en grabar, hasta llenar de signos lineales, una de las irregulares facetas de aquella piedra inútil.

Algunos hombres de entonces, tal vez pudieran explicar qué idea pudo explicar el artista con aquellos signos. Como otros de la misma época, hoy resultan ininteligibles.

FIN DE LA LEYENDA PRIMERA

—¡Qué horror! —exclamó en voz baja doña Hortensia sin alterar su quietud.

—¿Pasa algo? —preguntó Graciano en desacuerdo con la expresión de su madrina.

—¿Todo eso es verdad?

—En parte. Cada uno es muy libre de hacer su selección. Aquí no se obliga a nadie.

—Pero, no se puede escribir alegremente.

—¿Y por qué a mi la exclusiva de esa exigencia? ¿Qué otra cosa hacen los demás que escriben? En esos libros hay pruebas de todas clases. Esto es una leyenda, no una factura. Ahí tiene usted los mismos textos sagrados. Dígame cuántos dogmas de fe encontramos en ellos.

—Hijo, ¡qué argumentos! Aunque, en efecto, así pudieron ser los verdaderos protagonistas que por aquí empezaron a vivir y a escribir en estas piedras. De ellos sólo unos pequeños rastros, pero sin sombra de todo lo demás que hubo de ser grande. Ellos llegaron antes. Aquí palpito su corazón antes que el nuestro y junto a estas piedras vivieron su vida intensamente; con su trabajo, más duro que el nuestro; con su sacrificio, como no nos podemos suponer, y con su gloria, la más merecida. De ellos procedemos. Ellos hicieron este cobijo de piedra, aunque otros después lo mejoraron. Y pues, llegamos los últimos y nos lo hemos encontrado hecho, nosotros ya no somos nadie. Por eso nunca quise fotografiarme junto a las murallas.

—¿Por eso?

—Cuando solo apreciamos lo bien que se conservan, sin sentir el amor con que se levantaron; cuando sólo vemos en ellas lo grandioso, sin mirar lo que tienen de grandeza, y cuando sólo pensamos en lo que defendieron, sin saber de quienes las honraron, no te quepa duda de que, al retratarnos presuntuosos ante este fondo de Historia, robamos a nuestros antepasados un papel de protagonistas que no nos corresponde.

—Ahí estoy de acuerdo, doña. ¿Sigo?

—Sigue.



Institución Gran Duque de Alba

LEYENDA SEGUNDA

El Don

La zona del Valle Amblès que confina por una de sus bandas con las cuestras de Sonsoles y por la opuesta con los mismos pies de la ciudad de Avila, está recorrida por un riachuelo que sigue la línea de la vaguada hasta su confluencia con el Adaja. Este riachuelo es de corto recorrido y escaso caudal, y en los meses de estío puede decirse de él que lleva menos agua que un pájaro en el pico. Pero abunda sin embargo en su nomenclatura: río Tornadizos, río Grajal, río Chico. Su fondo pedregoso aportó suficiente material para construir buena parte de las rústicas paredes de unos huertecillos vecinos. De vez en cuando, este arroyo suele replicar con alguna crecida a quienes le desdeñan por su pequeñez; y hubo ocasiones en que, con motivo de lluvias torrenciales, su corriente desbordó tan exageradamente las márgenes que no sólo inundó los inmediatos cercados, sino que sorprendió a todos convirtiendo la zona en un inmenso lago, cuyas pequeñas olas llegaron a alcanzar hasta las primeras calles de la ciudad, a cerca de un kilómetro del cauce.

Hasta hace muy poco tiempo, quien entrase en Avila desde el sur bajando de aquellas cuestras de Sonsoles, si no quería vadear el riachuelo, habría de cruzarlo pasando sobre un estrecho puente romano de granito gris. Este puente es el de Sancti Spiritus; de un solo ojo, y, pese a sus dos mil años de existencia, a una indudable comenzón de lagartijas y a la

importante erosión que se apreciaba en su sillaría, se le obligó a soportar sobre su espalda el paso, por fortuna infrecuente, de cualquier clase de vehiculos.

El joven Flaviano, que se bastaba con su imaginación y el campo para no estar solo, los sábados que libraba en su trabajo, elegía este camino para pasear hasta el cercano santuario. Casi siempre se detenía en lo alto del puente; miraba hacia abajo asomado al pretil y observaba el nitido reflejo que la quietud de la superficie del agua le devolvía. Ahora dejaba caer una piedrecita, luego otra, y así se entretenía unos momentos en romper su propia imagen y en observar cómo se agrandaban las series de aros concéntricos que formaban las ondas. A veces dejaba caer varias piedrecitas seguidas, tratando de combinar artísticamente las distintas circunferencias o de componer alguna estrofa musical utilizando chinatas de distinto tamaño.

Algo no le había salido bien a Flaviano. Andaba sin prisas, como siempre, pero en lugar de canturrear como acostumbraba, aquella mañana de sol de mayo, murmuraba de rato en rato. Arrancó de un arbusto una pequeña vara y al momento la sacudió con furia contra una pared. Allí quedó despanzurrada una inocente avispa que ni siquiera se había fijado en él.

—¡Te voy a dar yo a ti!

Si. A Flaviano le ocurría algo.

Ya muy cerca del río, se deshizo de la varita para tomar de un cercado una piedra alargada de tamaño más que considerable, y con gran esfuerzo consiguió colocarla sobre el pretil del puente.

Permaneció unos segundos asomado hacia aquel espejo que reflejaba un esplendente cielo azul. Luego sonrió con un puntillo de mala intención, empujó la piedra y... Evidentemente, Flaviano era otro.

Tras el gran ruido del peñasco al penetrar en el agua, el maravilloso cielo se rompió en mil pedazos que se convirtieron en otras tantas estrellas proyectadas en trombas alrededor del impacto.

—¡Heu me miserum!

Fue un grito de pánico, posiblemente proferido por alguien que, beatíficamente, se encontraba bajo el arco al ser sorprendido por la enorme profusión de salpicaduras y por el estruendo, que hubo de resonar con mayor intensidad en el abovedado.

Alarmado Flaviano, se asomó cuanto pudo tratando de averiguar qué clase de percance habría podido ocasionar con su ocurrencia.

Allá abajo, por la otra cara del puente, haciendo aspavientos y empapado de pies a cabeza, un hombre de traje de pana se sacudía los pantalones con una boina.

—¡Oiga! —gritaba— ¡Qué ha hecho!

—¡Usted perdone! —se excusó Flaviano— ¡Crei que no había nadie!

—¡Pero hombre, por Dios! ¡Y aunque así fuera! ¡Hombre, por Dios y por todos los santos!

—¡Ya le digo que lo siento! No sé cómo me ha dado la idea, porque no acostumbro a hacerlo.

—Por favor, que ya no somos niños.

—Lo siento; lo siento.

El uno con sus recriminaciones mientras salía de la margen del río, y el otro excusándose en tanto bajaba la rampa del puente, ambos llegaron a encontrarse en el extremo de éste.

—Al pronto me asusté —dijo ya calmado el hombre de la boina— y me pareció una persona que se había caído.

—Disculpe la mojadura. No sé cómo resarcirle.

—Esto no es nada. Lo malo es que se me ha estropeado la semana y habré de volver el sábado que viene.

—No comprendo. ¿Qué hacía ahí abajo?

—Cazaba morganos.

—Y eso ¿qué es?

—Sí, hombre: son esas arañas de cuerpo muy pequeño y de patas muy largas. Ahí se crían a montones. Ya tenía siete, pero las he soltado. Ahora, para no perder el viaje, me acercaré hasta Sonsoles a recoger tomillo.

Los dos hombres continuaron carretera adelante, olvidados ya de la piedra y del chapuzón.

—Eso de los morgaños —preguntó Flaviano— ¿tiene alguna utilidad? Y perdone si me meto en lo que no me importe.

—Ya lo creo que tiene.

Flaviano hizo un gesto con el que daba a entender su ignorancia en cuanto al provecho que pudiera sacarse de semejantes bichos.

—Mire usted —pretendió aclarar el de la boina—. Yo me dedico a hacer ensalmos y cosas así ¿usted me comprende?

—¿Es curandero?

—No llego a tanto; pero tengo una gracia que es la de quitar las verrugas. Catorce tiene una señora que vino ayer a casa. Cuatro como garbanzos en la cara, y las otras diez de parecido tamaño, dice que por el resto del cuerpo; que ella se las habrá contado, porque a mi, Dios me libre, me basta con saber su número y no el lugar donde el demonio con su mala intención se las haya puesto.

—Y esto ¿qué tiene que ver con la caza de gusarapos?

—Cada maestrillo tiene su librillo; y esto no sé por qué se lo cuento: Yo tengo que pillar catorce morgaños, tantos como verrugas tiene la señora; y ha de ser en sábado pero con la condición de que nadie me interrumpa. Los meto en un cucurucho; los entierro; y según van muriendo, a la señora se le van secando las verrugas. Que no tiene que ver el din con el don, de acuerdo. Que tiene que ser en el día y en la forma que le he dicho, de acuerdo. Que yo no soy hombre de ningún estudio y no sé por qué sucede, también de acuerdo. Pero que a esta señora, y a quien sea, le desaparece ese defecto, es tan verdad como el sol que nos alumbra. Oiga, que es un don, o una gracia; que se lo digo yo.

Flaviano siempre había sido refractario en cuanto a aceptar virtudes de ensalmos y sortilegios. Nunca creyó en zahories, curanderos ni saluadores. Sin embargo...

—Oiga —observó—. Acaba de decirme que no ha estudiado, pero yo le oí una exclamación en latín.

—¿Latín yo? ¡Dios me libre! Desde guardar ovejas me vine de ferroviario, así que ya me dirá.

—Pues lo dijo bien claro, y era latín. Ahí, debajo del puente romano, ¡hasta eso!

—Le aseguro que el caso es nuevo para mí; y ahora mismo no puedo decirle si grité o no grité, pero si le digo que no se extrañe. Ni sabía yo siquiera el detalle de ese punto. Del otro de allá abajo, el de piedras amarillas, si he oído algo.

—Sí, hombre. Este le hicieron los romanos. Allá abajo hicieron otro muy grande que luego fue destruido por los moros; y más tarde, en el siglo doce o por ahí se levantó el románico que aún resiste.

—Usted tiene estudios por lo que se ve, pero solo conoce lo que cuentan los libros, y eso no son más que embustes en letra de imprenta, para qué vamos a negarlo. Hay que saber escuchar a las piedras, que están empapadas de historia por los siglos de los siglos.

Aquel hombre comenzaba a desconcertar a Flaviano.

—Las piedras son mudas —repuso el joven tratando de calar hasta dónde la rudez del ferroviario pudiera estar tocada de una particular filosofía.

—Según —continuó el de la boina—. No diga que no ha sentido alguna emoción al pasar por una calleja antigua o al visitar un monumento.

—En ocasiones se encoje uno un poco; sí.

—Pues eso viene del influjo de un algo que anda por allí escondido. De algo que sigue viviendo allí y no se ve. Un día llega una persona tocada de un don, y de repente se deja caer con una frase que deja a todos con la boca abierta. Qué sé yo. Hasta hablar en chino sin comerlo ni beberlo.

Estaba claro que el ferroviario era una de esas personas de escasa cultura pero con una sensibilidad evidente, aunque deformada.

—Si yo hubiera tenido posibles —siguió el hombre— ahora sería por lo menos artista o médico, pero ¿qué quiere usted?, apenas pude aprender a leer.

—Así que, de latín...

—Pues, amén y dóminus vobiscum —rió con ganas el ferroviario— ¡Ah!; y requiescantimpacis.

Flaviano era un escéptico; pero lo sucedido al pie del puente y las palabras del hombre de la boina constituyeron un golpetazo a sus convicciones.

—¿Será posible? —dijo aún sin ocultar su incredulidad.

—Y todavía hay más: Estoy por asegurarle que todos tenemos ese don, o ese poder, lo que pasa es que son muy pocos los que dan con el detalle. ¿Usted no se ha sorprendido nunca con algo que achacó a la casualidad? ¿A usted no le ha pasado a veces salirle todo bien y acertar a la primera? ¿O acordarse de una persona y al momento tropezarse con ella?

—Pues sí.

—Por ahí va. Cuando le ocurra eso, usted lo estudia y se echa sus cuentas; recuerde el día y la hora; lo que tocó; lo que comió; y con quién habló; desmenuce bien todos los detalles hasta que sospeche en cual de ellos se apoya su don; haga pruebas y acabará por encontrarlo.

—A mí eso me parece una superstición, por no decirle que un absurdo o una memez.

—Llámelo como quiera. Usted dice que me oyó hablar en latín. Pues ahí tiene un misterio sobre el que pensar, y al que no sirve cerrar los ojos; aunque a mí me parece normal si es cierto que así hablaban los que hicieron este puente, y dada mi condición. En esto cuentan las cosas y algunas personas; no el tiempo. Y eso que el puente es pequeño, pero ¿qué no habrá escondido en el otro de allá abajo que es mucho más grande, aunque no sea tan antiguo?

—Cinco ojos tiene, si no recuerdo mal.

—¡Pues fíjese! —añadió el ferroviario tras un soplido de admiración.

En estas disquisiciones, los dos hombres en su caminar llegaron al punto donde partía una vereda hacia la izquierda, y el de la boina tomó aquella dirección.

—Me gustan más las veredas y los atajos —alegó—. Serán peores caminos pero se llega antes.

Flaviano continuó carretera adelante, pensando, pensando... Poco a poco fue disminuyendo el ritmo de su marcha, hasta que se detuvo del todo y volvió sus pasos hacia el río.

Aquel hombre que lentamente se empequeñecía en el paisaje, había conseguido revolver los bien colocados entresijos del cerebro del joven.

—Pobre de mí —se decía Flaviano— ¿Qué gracia puede haberme sido concedida, si no es la de despertarme cada mañana? Ni ¿qué tengo yo que ponerme en averiguaciones de otro don que no sea el que a diario se me otorga de seguir viviendo? O ¿qué poder, que el de volver a dormirme sin cargos de conciencia? Pero es que —continuaba en su reflexión— ¿acaso no resulta incompleta una visión de las cosas, entendida sólo entre los cauces de lo que tenemos por estrictamente lógico? ¿Y si la lógica fuera otra? ¿Por qué no ha de concederse la posibilidad de llegar, e incluso de alcanzar distintas metas, a los que caminan por otras veredas o por un atajo? ¿Y si lo del ferroviario no fuera tan absurdo?... ¿Y cómo no ha de serlo si todo lo que ha dicho está fuera de razón? Y además ¿para qué pensar más en ello si está visto que hoy no es mi día?

Flaviano extendía la mirada y recorría todo el horizonte como si quisiera tapar con una cortina de distintas imágenes, aquellas otras que se obstinaban en no desaparecer de su mente. Las palabras del hombre de la boina seguían siendo una sonaja que él trataba de callar con las de, absurdo disparate.

Saltó luego un cercado, se acercó a la orilla del río, pasó sobre unas rocas y fue a meterse bajo el puente.

Buena parte de la anchura del arco estaba ocupada por la tranquila corriente de agua, y una banda de arena y césped corrían adosada a la pared. El lugar, cargado de matas floridas, resultaba del todo apacible, y sólo rompían el silencio algunos pajarillos que piaban lejos. Armonía de luces y frescor de sombras. Sobre una piedra aplanada Flaviano se sentó con bastante comodidad. Arriba los morganos; y abajo, en un remanso de placidez, el reflejo del arco de medio punto en la superficie del agua: transparente diámetro de un fantástico espacio redondo donde el joven parecía flotar; y fuera de él, la alargada piedra que dejara caer un rato

antes, entre las arenas, a través de las que se filtraba un cielo azul infinito hacia el que ya viajaba aquel soñador para perderse en los abismos del tiempo.

¡Qué distante estaba Flaviano entonces, por más fantasía que pudiera caber en su cabeza, de imaginar lo que aquel puente representó en la vida de quienes lo construyeron!

Pero transcurrieron unos minutos.

Los pájaros enfilaban sus notas cada vez más lejos, más lejos...

Quizá el joven, en aquellos instantes, comenzó a crear el pasado al imprevisto capricho de su mente somnolienta. O acaso, sin poder evitar el influjo de las palabras del hombre de la boina, y perdido ya en el tiempo, con su mirada fija en la piedra, entreveía aquella época en que, cincuenta años después de que los primeros romanos llegaran al lugar, el río todavía se cruzaba por una pasarela de troncos construida por un nativo a quien se conocía por Tadeo el viudo, que allí cerca tenía su vivienda y era poseedor de una pequeña porción de tierra cultivada que venía a constituir su medio de vida.

Y veía ya cómo, tras las predicaciones apostólicas, Tadeo abandonó el paganismo y se acogió, así como su hija, a una recién formada comunidad de cristianos. Y cómo, después de imponer su nueva cultura y su nueva lengua, llegó al dominio absoluto de Roma; y más tarde, la ocasión en que los cristianos que no se sometieron a las exigencias del procónsul, fueron juzgados como rebeldes o blasfemos y muchos de ellos sometidos a esclavitud; aunque de ella podían redimirse con su trabajo en la demolición del viejo recinto fortificado y edificación de puentes y nuevas murallas.

Por entonces, los accesos a la ciudad desde el sur y el oeste resultaban impracticables a causa de los dos ríos.

El procónsul Aurelio, redactor de las leyes que regían en sus dominios, se había establecido con sus cuarteles al oeste, allí donde el río se encañonaba y donde los arquitectos se determinaron a levantar un gran puente. El procónsul recorría a diario el camino hasta el lugar donde ya se había iniciado la construcción de este otro, en plena llanura, y a cuya apacible sombra ahora se acogía el ensimismado Flaviano; pero donde, en

los lejanos tiempos en que se edificó, muchos cristianos cayeron al agua extenuados, mientras el despiadado romano aún apremiaba a los demás con órdenes y amenazas.

—¡Lo que caiga al río, es del río! —vociferaba sin permitir el más leve intento de auxilio al accidentado que, irremediablemente, acababa por perecer.

E incluso, con ocasión de una riada impetuosa, ocurrió que un soldado se fue de cabeza al agua sin que volviera a asomar ni una mano, clavado en el fondo por el peso de su armadura y ante la impasibilidad del procónsul.

Allí mismo, junto a su propia casa, el paciente Tadeo trabajada de sol a sol, y sólo le era concedido disponer de su vivienda durante la noche.

Con buen juicio, el cristiano siempre procuró mantener alejada o escondida a su hija, temeroso de otros no ocultos instintos del cruel Aurelio; hombre soberbio y envilecido, cuyo corazón jamás conmovieron ni lágrimas ni agonías.

Concluida la obra de este primer puente, aún le faltaba a Tadeo algún tiempo para obtener su libertad; y fue obligado, pese a las pocas fuerzas que le mantenían en pie, a continuar trabajando en la construcción del otro puente de más abajo; de manera que se vio forzado a abandonar del todo la custodia de su hija.

Bien entrada la primavera, las lluvias torrenciales hicieron salir de madre y subir desmesuradamente el nivel de los dos ríos, que anegaron buena parte de las riberas.

Un día más y al amanecer, la avenida ya gigantesca hizo temer al cristiano por la suerte de su hija, posiblemente sorprendida por la inundación. Sin pensarlo más abandonó su puesto y corrió junto a la orilla del agua camino de su casa.

Poco después advirtió el procónsul la ausencia de Tadeo, e informado de los motivos que indujeron al cristiano a abandonar el trabajo, a galope de su caballo salió en persecución del evadido, no sólo para castigarle y obligarle a retroceder, sino también para apoderarse de la joven.

Entre las copas de algunos árboles y emergiendo del revuelto mar en

que se había convertido la zona baja de la ciudad, destacaba a lo lejos la parte alta del puente recién terminado, y sobre él la figura inconfundible de una persona que hacía ademanes de pedir auxilio.

Como temiera su padre, la joven cristiana había sido atrapada por la crecida.

Tadeo rebasó la perpendicular al puente, y más arriba, ayudado por alguna gente, se afanaba angustiado en preparar una pequeña balsa de troncos con la que navegar hasta el punto donde se encontraba su hija.

Acercose Aurelio a la lengua del agua, muy decidido penetró con su cabalgadura en las turbulencias para llegar al puente anticipándose a la acción de Tadeo.

Ya flotaba el cristiano sobre la balsa dirigiendo su curso con una pertega que apoyaba en el fondo de la inmensa laguna.

¡Con qué distintos propósitos los dos hombres se esforzaba por salvar a la joven!

Pero el romano, que aún gritaba amenazas contra Tadeo, llevaba ventaja en la distancia, por lo que sería el primero en lograr su propósito. Y así hubiera sucedido, de haber conocido mejor el terreno que pisaba su caballo; pues habiéndole fallado a éste el firme, hubo de recurrir a sus escasos conocimientos de natación, no ya para alcanzar el puente sino para mantenerse a flote, arrastrado en desconcierto por la corriente.

Instantes después jinete y caballo, cada uno por un lado en tremenda confusión de gritos y relinchos, se debatían en el agua desesperadamente.

Observó entonces el cristiano el peligro de muerte en que su enemigo se encontraba y, antes de aferrarse al puente que ya tenía a la mano, en un sublime impulso de caridad, dirigió su balsa hacia el lugar donde, capricho de un agitado remolino, el procónsul desaparecía y reaparecía vomitando agua sucia.

Con gran arrojo logró Tadeo aproximarse al desesperado Aurelio ya a punto de perecer, y tomándole de un brazo, tras denodados esfuerzos pudo arribar a la orilla donde el romano quedó inconsciente a los pies de unos soldados que habían observado la acción salvadora llenos de admiración.

Reinició luego Tadeo el salvamento de su hija para concluirlo felizmente, dejando a la joven bajo la protección de una familia de cristianos, en tanto él retornaba al lugar de su trabajo.

Cuatro días tardaron las aguas de los ríos en recluirse a su cauce normal. Los mismos que tardó Aurelio en restablecerse del percance.

Así como nadie puede imaginarse de qué entrañas había nacido el despiadado procónsul, también se ignora a qué clase de juicio pudo el malvado someter al esclavo que le libró de la muerte.

Un día después de que Aurelio dijera ante sus soldados que el cristiano le había prestado tan gran servicio que ya no podía prestarle otro ni mayor ni menor, Tadeo apareció crucificado junto a las canteras de donde se extraía piedra para el puente y las murallas que se construían.

A partir de entonces, aquel lugar conoció el martirio de cuantos, como Tadeo, no ocultaron su fe de cristianos.

Cuenta una leyenda que fue tan grande el dolor y tan desgarradores los llantos por los crueles sacrificios, que hasta el inmediato paredón de la muralla llegó a conmoverse; y en tal manera, que se abrió en él una enorme grieta de arriba abajo, sin que se encontrara medio de taparla de forma definitiva, pues a cada restauración que se hizo se reprodujo sin tregua una nueva y mayor resquebrajadura, de modo que aquel lienzo del baluarte permaneció mostrando su infamante llaga hasta que, varios siglos más tarde, fue derribado en su totalidad por los musulmanes.

Muy cerca del nuevo Gólgota, sobresalía entre zarzas un irregular e inservible bloque de piedra que presentaba en una de sus caras varios enigmáticos signos célticos grabados en otro tiempo. El peñasco fue apalancado y desplazado cuesta abajo, apartándole de la nueva línea de fortificación.

Mas no había concluido con el sacrificio de cristianos las crueldades de aquel romano de piedra, sino que conocedor ya del lugar en que moraba la joven huérfana, una mañana se encaminó hacia la humilde vivienda de junto al río, con el insano propósito de culminar el infortunio de la hija del mártir.

Al mismo tiempo que el desalmado ascendía por la pequeña rampa del

punto, por el lado opuesto lo hacia también la inocente joven; viniendo a encontrarse ambos en el punto medio y más elevado del arco.

Abajo, la corriente de agua apenas cubria los enormes y puntiagudos guijarros que ocupaban buena parte del fondo del riachuelo.

Altivo el romano, se sentó sobre el pretil al tiempo que hacia alguna pregunta por acabar de identificar a la hija de Tadeo.

Mas la joven, de talante distinto al de su padre, conocia sobradamente el procónsul.

—¿Eres tú —preguntó éste— de las que ponen la otra mejilla?

—Si —fue respondido con firmeza— Pero enterate, romano, de que ni con todo vuestro imperio tenéis suficiente para pagar lo que vale una sola gota de sangre que hagáis saltar de un cristiano.

—Pues si tu Dios la dio toda porque quiso, decís, ¿qué puede valer la vuestra?

—Mi Dios es sabiduría y es caridad. Pero ¿qué dioses son los tuyos que vuelven la cabeza a tanto dolor como traéis y a tanto crimen como cometéis?

—¡Calla, insolente! —se exasperó el romano.

Sin pronunciar una palabra más, la joven hizo ademán de iniciar una reverencia; y, como si a besar las sandalias de Aurelio se inclinara, aprovechando la forma en que estaba sentado, tomó por los pies al infame y con poco esfuerzo le volcó de espaldas desde la altura hacia el vacío.

—¡Heu me miserum! —se oyó gritar al romano.

Y seguidamente el estrépito de su cuerpo al estrellarse contra los guijarros.

Se acababa de restituir al río lo que días atrás le fue arrebatado. Cúmplase la ley, pero cúmplala también el legislador.

Al instante, la hija de Tadeo se asomó al pretil y...

¡Nadie!

En medio del arroyo acaso un peñasco más; pero ¡nadie! ¡nadie! Y nadie tampoco por las cercanías que hubiera podido verla.

Algún tiempo después de la inexplicable desaparición de Aurelio y

bajo el mando de un nuevo procónsul, fue completado el recinto de la ciudad. Nuevas torres y dentados paredones se apoyaban en los riscos de las vertientes hacia los ríos.

Fuera de la fortificación, como menospreciado y sin otro adorno que el de las flores de las zarzas, quedaba aquel peñasco inútil, testigo de proezas y martirios, volcado hacia la pendiente. En otra de sus caras fueron grabadas unas palabras en latín que venían a tener muy parecido significado al de aquellos otros signos célticos que todavía algún anciano pudo interpretar.

Acogida por la comunidad de cristianos, unos días más tarde la hija de Tadeo abandonaba de manera definitiva su vivienda. Al pasar sobre el puente se asomó a las transparentes aguas del riachuelo. Un hombre se afanaba en extraer del cauce algunas piedras con las que por allí cerca levantaba una rústica pared. Los juncos se ondulaban al leve empuje de una brisa cálida. Una libélula azul se columpiaba entre las flores amarillas y blancas de la orilla del río. El día era luminoso y la superficie del agua devolvía multiplicados sus rayos al Sol.

El mismo Sol que, dos milenios después con nuevos reflejos jugaba a deslumbrar los somnolientos ojos del joven Flaviano, que acaso sorprendido por la serie de imágenes que acababan de desfilas por su mente, continuaba mirando intrigado la piedra alargada entre las arenas, y tratando de averiguar en qué detalle podría consistir su don o su gracia, según le dijera el hombre de la boina.

Y como ni entonces, ni en los días sucesivos Flaviano encontró motivo de apoyo para ponerse en más averiguaciones, abandonó la idea y se limitó a seguir tirando piedrecitas al agua, teniendo sumo cuidado en elegir las de entre las que no pasaban del tamaño de una nuez, y luego de cerciorarse de que bajo el arco no andaba el hombre de los morgaños atereado en sus ensalmos. Cada vez que llegaba junto a los cercados inmediatos al puente, ni se atrevía a tocar un solo guijarro, pese a que alguno de ellos parecía ofrecérsele propicio.

La última vez que, por entretener mis contados ocios, hube de pasar sobre el puente de Sancti Spiritus, inevitablemente recordé cuanto el amigo Flaviano me había contado sobre el caso. Picado por la curiosidad

y pensando que no estaría de más intentar el experimento, me entretuve primero en observar las paredes con atención; tras algunos titubeos después de medir y sopesar, elegí una piedra muy aparente y con bastantes esfuerzos después de caminar un buen trecho con la carga, conseguí colocarla sobre el pretil; esperé unos segundos y cerciorado de que nadie se encontraba bajo el arco, afiné el oído, empujé repentinamente la piedra...

El estruendo se remató con un potente grito venido de abajo que me dejó sorprendido:

—¡No veo la gracia!

Aquello no era latín; y al estremecimiento por lo inesperado (pues no creía en el ferroviario y dudaba de Flaviano), aún más que por las palabras, sorprendido por el desagradable tono de aquella voz, sucedió en un instante la cruel realidad:

Con aire recriminatorio un hortelano agitaba amenazadoramente en el aire su azadón. Desde muy corta distancia y tras unos arbustos el hombre había observado todo mi trajín.

FIN DE LA LEYENDA SEGUNDA

—No te estuvo mal empleado —rió doña Hortensia.

—Eso sí es verdad; y quien se quedó de piedra fui yo. Pero no me iba a poner a explicarle a aquel rústico que estaba haciendo una experiencia metafísica.

—O que buscabas tu don ¿no? Hubiera acabado de tomarte por tonto.

—Ya veremos si los hechos se quedan ahí después de que esta leyenda se divulgue.

—Si; que como no se reciban los cercados con cemento, en poco tiempo volverán al río todas sus piedras.

—Algo así.

—Pues te confieso que a mi no me parece tan increíble lo del ferroviario, ni tan dudoso lo de ese Flaviano. Aunque te aseguro que si se oirán voces, si; pero no en latín, sino en perfecto castellano; y bastantes más gruesas que las piedras que se lancen.

—No obstante y a pesar de mi incredulidad, como soy obstinado, un día de éstos trataré de repetir discretamente la prueba con el amigo Flaviano.

—Un poco de seriedad y sigue leyendo.

—Sigo.



Institución Gran Duque de Alba

LEYENDA TERCERA

La Pila

Recuerdo que en mis años de estudiante, desoyendo las prevenciones de mis padres y las de algunos amigos a quienes tildaba de pusilánimes, en varias ocasiones llegué a bañarme en el Trampón; nombre propio del pequeño embalse construido a través del río Adaja y perteneciente a lo que hoy es una fábrica de harinas. Ya me cuidaba yo de no intentar bucear, como otros hacían rastreando objetos, en aquel peligroso fondo donde más de un valiente se dejó la vida.

Hoy he querido bucear en la historia de esa presa, ejercicio hartamente arriesgado pero de mayor dificultad, por ver de encontrar algún dato sobre la fecha en que pudo ser construida.

Pero la edad del muro es lo de menos, como lo es la misma fábrica y sus productos; pues las naves se edificaron con el proyecto inicial de instalar una fábrica de tejidos.

Guardo en la memoria la imagen de una viejecilla que nos contaba cómo el que luego fue su marido, de joven, alcanzó fama por sus acrobacias al lanzarse al agua tras una moneda, desde lo alto de una de las compuertas; y cómo al cabo de un lapso más que suficiente para alarmar a los que ignoraban su extraordinaria resistencia en contener el resuello, resurgía de lo profundo poseedor de la pieza recuperada.

Si en los tiempos felices del buceador no existía la actual presa, había

de ser otra muy parecida cuya construcción hubo de iniciarse a principios del siglo XVIII.

Acaeciò por entonces en el lugar un hecho extraño. Yo he tratado de averiguar, aunque con poco claros resultados, en qué pudo consistir aquello que vino a conmover a toda la ciudad.

Era verano en aquel año de 17..., y el cauce se encontraba casi seco. Comenzaba a excavar en el lecho del río con el fin de acomodar los cimientos de la primera presa.

Los obreros, en sus iniciales paladas, habían profundizado la arena dos palmos escasos. Uno de los hombres notó que su pala tropezaba con algo que no parecía ser una piedra.

¿Qué sería, entonces, si allí no podía haber más que arena?

Pero, dejemos por un momento a los obreros y a su hallazgo, y hagamos primero cuestión de otros hechos anteriores:

Tengamos en cuenta que el primitivo fondo del río es bastante profundo.

En remotas épocas geológicas, la corriente de agua se retorcia en remolinos y espumas a lo largo de una garganta abierta entre las rocas. El continuo arrastre de arenas procedentes del valle, y su sedimentación, determinaron a la larga que la garganta se cegase, de forma que el río ganó en anchura lo que perdió en profundidad.

Registra la historia que durante algunos periodos invernales de intenso frío, el hielo sobre la superficie del agua ha alcanzado a veces gran espesor; y es fama que por los alrededores del año 500 mientras, por defender la ciudad del ataque de los visigodos, los hispanorromanos se entretuvieron en bloquear los puentes, cientos de invasores entraron tranquilamente con sus carros atravesando el río por otros puntos sobre la capa helada.

Recién desaparecido el Imperio Romano, y ya bajo el dominio visigótico, la ciudad atraviesa el periodo más gris de su historia; quedando aún mucho más oscurecida su fama por la que aumentó de Toledo, que acaparó las culturas y las atenciones de la Iglesia y los Estados del centro de la península.

Muy cerca ya, o quizá rebasado el año 700, convivían en Abula con los hispanorromanos, una extensa colonia de visigodos que ocupaban los cargos públicos; algunos comerciantes judíos y, sin precisa dedicación, unos cuantos árabes desperdigados, llegados paulatinamente y sin obstáculos para establecerse con plena libertad donde no molestaran a nadie.

Yusuf, de puntiaguda barba negra y mirada hostil y penetrante, era uno de estos árabes habitantes de la ciudad. Uno de esos hombres en los que, como ocurre con otros muchos, tras una apariencia siniestra palpita un bondadoso corazón. Bien es verdad que también muchas veces sucede a la inversa: un apacible semblante oculta los más perversos sentimientos que imaginarse pueden. Aunque ¿por qué no?, alguno ha de haber que haga bueno eso de que la cara es el espejo del alma. Por todo lo cual ha de deducirse que nadie es capaz de adivinar cómo se las gasta éste o el otro, mientras no le haya pinchado en la pura yema de su sensibilidad.

Los ascendentes del árabe, como tantos otros, se afincaron junto a las murallas un siglo antes de que las frivolidades de Don Rodrigo abrieran de par en par las puertas a la verdadera invasión sarracena.

Yusuf había construido su casa en la ribera del río, muy cerca de las escarpas donde los erizados paredones romanos se volcaban hacia las pendientes del suroeste; y por medio de una acequia había logrado convertir en un vergel un pequeño espacio llano que rodeaba su vivienda y que limitaba de un lado con el áspero declive y de otro con las orillas del río.

Rodeado de unas enjalbegadas paredes de adobe, entre magníficos rosales y bajo las flores blancas de almendros y arrayanes, ayudado por un anciano servidor, el árabe cultivaba una extensa variedad de plantas con las que comerciaba y ganaba su sustento; y muchas tardes, después de la jornada de trabajo, entretenía sus ocios tañendo la guzla o la chirimía.

Separadas por una angosta calleja, las paredes de Yusuf lindaban con las del patio de Tulga: un visigodo no menos barbado que su vecino, de frente despejada, aire dominador y orgulloso de su sangre que, recién instalado en aquel lugar, vivía acompañado de su mujer y de su hijo Ervigio, poco más que un adolescente, de pelo rojizo y fuerte complexión.

Tulga era herrero. Un artista que se pasaba el día martilleando

ayudado por su hijo y entregados ambos a la producción de toda suerte de objetos de hierro y de bronce. Espuelas, estribos y bocados eran la rutina; pero a veces salían de sus manos los más esplendentes cascos y armaduras y las mejor templadas espadas que luego se lucían en la región.

El siempre atareado visigodo, daba fin a su jornada de trabajo e interrumpía su martilleo cuando, después de la puesta de sol, comenzaba a oír la musiquilla que desde la casa vecina llegaba hasta su fragua.

Por sobre las tapias de Yusuf lucía frondosa una enredadera tupida de moradas campanillas; la vistosa planta trepaba por un varal y afianzaba sus tentáculos a la columna de un ajimez.

Una tarde, cuando los anaranjados rayos del sol poniente jugaban a contrastar de violeta las sombras de las enramadas, desde la morisca ventana, una joven de hermosísimo rostro tocada con un velo blanco, miraba hacia el patio del visigodo en el momento en que apareció de improviso el joven Ervigio.

Al advertir la presencia del muchacho, la joven se ocultó cerrando suavemente las celosías.

Las reciprocas miradas habían durado sólo unos segundos, pero suficientes para que la bella imagen de la mora se hiciera indeleble en la memoria del visigodo, inesperadamente sorprendido de manera tan agradable; pues ni siquiera había sospechado la existencia de aquella mujer en la casa de al lado.

Se trataba de Amina: sus quince años de edad superaban en esplendidez a sus rosales en plena explosión de perfumes y colorido.

La joven pasaba la mayor parte del día recluida en su aposento, y no salía de entre las paredes que limitaban la propiedad de su padre si no era acompañada por éste.

Inútilmente esperó Ervigio a que las celosías se abrieran de nuevo. Volvió varias veces al patio. Se ocultó más tarde sin dejar de otear el ajimez, e insistió al día siguiente, y al otro, y al otro.

Dominado ya por la pequeña llamarada de gozo que acababa de encenderse en su ánimo, una fuerza jamás sentida le empujaba constantemente hacia la corraliza, único lugar desde donde el ajimez quedaba a descubierto de paredes y ramajes.

¡Cuántas horas de trabajo perdió desde aquella inolvidable tarde Ervigio, clavada su mirada en la ventana que ya no lograba ver abierta!

Pero alguna ligera vibración, o un casi imperceptible movimiento de la celosía, le indicaban que ella estaba allí, mirándole tras el tupido cuadrículado de listoncillos. Seguro de su presencia al advertir aquellas señales, tal vez intencionadas, el joven se retiraba con una sonrisa y una leve seña a modo de saludo, cada vez que su padre le reclamaba a voces al pie del yunque.

Por otra parte, las relaciones de vecindad entre Yusuf y Tulga en poco tiempo se hicieron más que excelentes. En algunas ocasiones, ya anochecido y después del pequeño concierto, los dos buenos vecinos solían conversar sentados sobre una gran roca cercana a sus casas, que sobresalía entre las demás de la pendiente y en la que destacaban unas antiguas inscripciones.

Los dos hombres se entendían conversando en latín, pero ambos eran incapaces de leer lo escrito en esa lengua, o en cualquiera de las que por entonces se hablaban en la ciudad.

Y Tulga y Yusuf concertaban en todo; aunque deliberadamente soslayaban cualquier tema donde podían intervenir sus ideas religiosas, ya que los dos eran conscientes de que nunca llegarían a ponerse de acuerdo; aparte de que Yusuf, acogido a la novísima doctrina mahometana, pero sujeto aún a alguna de las primitivas creencias bereberes, apenas había oído hablar de su Profeta y de su Corán; y de que Tulga, después de los primeros concilios de Toledo, chapoteaba confuso entre arrianismo y catolicismo. Así pues, si no hablaban del tiempo, lo hacían sobre la salud, sobre alguna leyenda o sobre el trabajo respectivo, en el que cada uno se tenía por perfecto conocedor del oficio.

El árabe obsequiaba a su vecino con algunos frutos que extraía de su huerta, y el visigodo, en justa correspondencia, había prometido a su amigo regalarle la más bella espada que en poco tiempo habría de salir de sus manos. El joven Ervigio por su parte, se afanaba con verdadera unción en labrar un magnífico brazalete de plata con el que obsequiar a la hija de Yusuf, a cuya bella imagen y a partir de la única e inolvidable ocasión, el

joven había buscado acomodo tras la cruz que colgaba en el centro de su pecho.

Maravillado quedó Yusuf con los presentes que Tulga y Ervigio le llevaron hasta la puerta de su casa. Porque los visigodos no traspasarían el umbral de su vecino, así como el árabe jamás entraría en la casa de Tulga. Amigos, sí; y los regalos se otorgaban y aceptaban en prueba de esa amistad; pero la vivienda venía a constituir algo sagrado y tenía carácter de intocable para cualquiera que no profesara la misma religión que su morador.

El obsequio del joven llegó a poder de su destinataria; y de ello dio prueba el hecho de que al día siguiente, mientras la mirada de Ervigio, como tantas otras veces, se estrellaba contra la celosía, se entreabrió ésta; aunque sólo lo suficiente para que apareciera un brazo desnudo, con los únicos adornos de su ágil línea y cetrino color, más la joya de plata ajustada por encima de la muñeca. En el extremo de los dedos una rosa blanca que, aunque lanzada con gran impulso, en su corto viaje no logró traspasar la tapia de adobes a corta distancia del ajimez.

Ervigio salió de su patio rápidamente, y ya en la callejuela junto a la tapia de Yusuf, le hubiera sido fácil ganar su altura y descolgarse al otro lado, como era su propósito, para apoderarse del valioso presente.

Hubo de desistir de la aventura: al otro lado de la tapia hablaba Yusuf algo ininteligible, pero suficientemente claro como para que el joven dedujera por el tono, que su vecino acababa de enterarse de la pasión que palpitaba en le corazón de su hija.

Al día siguiente, unas cuantas hileras de adobes aumentarían la altura de aquella parte de la tapia, de forma que el ajimez habría de quedar oculto al exterior.

Poco antes de que el servidor de Yusuf acabara de colocar los últimos adobes, las celosías abiertas de par en par posibilitaron a Ervigio el adivinar en los ojos más bellos la mirada más triste que hubiera visto jamás.

Contrariado el joven por la cruel determinación de su vecino, y oprimido por la misma aflicción que acababa de advertir en el semblante

de la reclusa, tanteó la forma de encaramarse hasta el tejado de su propia casa. Luego desistió de ello: se vio ridículo, aparte de que podía herir la amistad entre su padre y el árabe.

El siempre jovial Ervigio, ahora apenado durante la mayor parte del día, no conseguía recuperar su sonrisa ni disimular la angustia que le embargaba por entero.

Y no tardó Tulga en advertir la extraña mudanza en el talante de su hijo.

—No se me oculta —vino a decir al joven durante su trabajo— que alguna mala idea se revuelve en tu cabeza. Y como sé que ni eres envidioso, ni nunca la avaricia ha dado órdenes a tu corazón, a tu edad, si no has sido atacado por alguna enfermedad, esa preocupación que te adivino no puede proceder más que del amor.

El silencio que siguió a sus palabras dio a entender a Tulga que estaba en lo cierto.

—Pero el afecto a una persona —continuó— sólo produce tristeza si no es correspondido. Olvida, pues, a quien te desdeña y deja tu insistencia: que nunca dio buen resultado forzar hacia el amor las voluntades ajenas. O dime en qué mujer estás pensando, que yo veré si en alguna forma puedo allanar el camino entre los dos.

—Bien has deducido, padre —habló mirando al suelo el joven— la preocupación que no puedo alejar de mi cabeza. De una mujer se trata, sí. Mas en ella está sólo la causa de una alegría que en mí no has advertido. Por su mirada supe que me quería; y por la mía ella sabe que la quiero yo. El muro que nos separa es tan endeble que hasta el mismo viento le derribaría; pero al mismo tiempo es tan fuerte que todo nuestro pueblo junto no sumaría fuerzas para moverlo de donde está; y ese es el motivo de mi otro sentimiento de pena que no me cuido de ocultar.

—Pues bien; dime en qué mujer has puesto tu voluntad y librame de ponerme a resolver la adivinanza de ese gran obstáculo; que por otra parte poco fio en que lo sea, cuando es el amor a quien separa.

—Ella es —contestó entristecido Ervigio— la que ahora mismo se oculta tras una cercana celosía.

—¡Amina! ¡La hija de Yusuf! —se sorprendió Tulga— ¡Pero hijo! ¡Con tantas familias de nuestra raza en la ciudad...! Yo aprecio a Yusuf y a su hija, a la que no conozco; pero sabes que detesto su religión.

—Amo a esa joven, de la que ni siquiera conocía su nombre.

—¡Pues amas lo imposible! Es verdad que el muro es fuerte; y tanto, que has de pensar en que todo fue una niñería. Olvidate de esa mora. Mañana vendrás conmigo a casa de Clodulfo. Ya conoces a sus dos hijas. Le haré feliz si le pido para ti cualquiera de ellas.

—Quiero a Anima. Y mira bien si la felicidad de Clodulfo merece la desgracia de tu hijo.

—Dime entonces, cómo derribamos el muro.

—Tu eres amigo de Yusuf. Dile cuáles son mis deseos. Dile cómo coinciden con los de su hija; y dile que puede ser bautizada, y que teniéndola yo por esposa, él me tendrá por servidor.

—Así lo haré, poniendo yo también esa condición del bautismo; pues sabe que antes quisiera verte muerto, que de otro modo consentir que unas tu vida a la de una infiel.

Buscando la mejor disposición y sentido de las palabras con las que trataría de convencer a Yusuf, al atardecer, Tulga subió la pendiente y se sentó sobre la piedra grabada.

Con las luces del ocaso, ascendió el árabe entre los riscos y, tras los saludos acostumbrados, se sentó junto a su amigo.

Sin otros preámbulos, el visigodo entró de lleno en el tema de su embajada:

—Sabe, amigo, que mi hijo, aunque joven, está en edad de tomar esposa. La costumbre ha puesto en mis manos el derecho a señalarle cuál ha de ser. Mas como, mirando por su felicidad, mi parecer no ha de ser otro que el suyo, así he de señalarle yo a él la misma que él me ha señalado a mí.

—Tanto concedéis a vuestros hijos los cristianos —opinó con aire de suficiencia Yusuf— que poco a poco perderéis las riendas de la familia. Y día llegará para desgracia, en que vuestros hijos impongan sus vacilaciones a vuestra experiencia.

—¿No ocurre lo mismo en vuestro pueblo?

—No. Mi hija tendrá el esposo que yo la dé; o ella será dada a quien a mí me parezca bien.

—Sin embargo estoy conforme con la elección que ya ha hecho mi hijo. Solo deseo que tú, como amigo, me muestres también esa conformidad.

—¿Y qué tengo yo que ver en ello?

—Mucho. Pues Ervigio ha querido aumentar nuestra amistad eligiendo a tu hija. Señálame el precio si esa es vuestra costumbre; y si me la concedes no dudes de que te bendeciremos durante toda la vida.

Yusuf se quedó estático con la boca abierta y mirando a su vecino, que con muy parecido gesto esperaba una respuesta.

—¡Nunca! —exclamó de repetente el árabe—. Aunque llegué a sospecharlo, me resistí a creerlo. Nadie sorprenderá la inocencia de mi hija. Y así como no me es posible renegar de mis creencias, tampoco permito que mi hija se acerque siquiera a otra fe que no sea la misma en la que ha nacido. ¡Antes muero que entregársela a un cristiano!

—Nosotros, por el contrario —se atrevió a balbucir Tulga apabullado por las tajantes palabras de Yusuf— no tenemos tantos escrúpulos. Nuestra religión es de brazos abiertos. Pensamos que tu hija podía bautizarse...

¡Para qué diría aquello!

—¡Bautizarse! —se exasperó aún más el mahometano— ¡Si nada os he pedido y es tu hijo quien me solicita!, ¿por qué no se circuncida él?

—¡Jamás! —protestó el visigodo— Tus razones de antes, ahora son mías. Mi hijo no me deshonrará renegando de su religión.

—Pues ¿qué deshonra cargáis contra la nuestra —continuó airado Yusuf— vosotros que os apuñaláis unos a otros y andáis revueltos concilio tras concilio? ¿Qué fortaleza da vuestra religión a vuestro pueblo, si por vuestras faltas os rendís al dominio del mío que desde el sur, una ciudad tras otra, os viene dando ejemplo de orden y de cultura?

—Hora es ya, pues nunca lo hicimos —propuso Tulga tratando de serenar el diálogo— de comparar los valores de una y otra fe; verás la diferencia...

—Nuestra amistad aquí termina —cortó aún más encolerizado Yusuf— pues al descubrir ahora tu menosprecio a mi religión, entiendo que en la misma forma lo sientes hacia mi persona. ¡Loado sea Alá que me ha iluminado a tiempo! Con la luna nueva espero la llegada de un lejano pariente. El se llevará a mi hija y la pondrá a resguardo donde ni ojo ni dadiva de cristiano volverán a conmover su recogimiento, hasta que yo disponga a quién se la he de entregar.

Y dicho esto, el árabe se levantó de su asiento y tomó a buen paso la cuesta abajo hacia su casa.

—¡Espera, Yusuf! —gritó con furia Tulga— ¡Gran ofensa acabo de hacer a mi religión al intentar ponerla en una balanza frente a la tuya! ¡Que Dios perdone tu soberbia!

—¡Y que Alá castigue la tuya! —gritó sin volverse el árabe mientras bajaba la cuesta a trompicones.

Más que anonadado quedó Tulga sentado sobre la piedra. El cielo que ya pensaba tener al alcance de las manos, se le había venido encima en un instante. ¿Cómo recuperar al amigo Yusuf? Pero eso ya era lo de menos. ¿Qué le diría a su hijo?

Desolado, trató de recomponer el disparatado diálogo que acababa de mantener con su vecino, mientras se preguntaba qué clase de demonio habría podido convertir en tan gran desavenencia lo que hubiera podido ser una hermandad.

Cada vez más confuso y apenado tomó la cuesta abajo, y gimiendo llegó hasta la puerta de su casa donde se hicieron mil pedazos las esperanzas de Ervigio.

De nada sirvieron los renovados consejos de Tulga hacia su hijo para que olvidase a la mora. De nada sirvieron las palabras de consuelo de la madre, ni las visitas a la casa de Clodulfo, donde sus hijas rivalizaron en agasajos.

Así pasaron unos días, sin que los dos vecinos volvieran a reunirse en el sitio de costumbre y sin que el martilleo de la fragua de Tulga se viera interrumpido por guzla ni chirimia.

Con el novilunio aumentaron los temores de Ervigio pensando en la posibilidad de que llegara el indeseable pariente que anunció Yusuf. Y en tal forma la terquedad y el desasosiego del joven alteraron el buen ánimo de su padre, que hubo éste de amenazar con encadenar a su hijo, o alejarle de la ciudad donde no se olierá morisma en siete jornadas a la redonda.

Ya anochecido, comido el cerebro por distintos alocados pensamientos, el abatido joven se encontraba sólo en su patio sentado sobre una roca. Algo como un gemido llegó hasta sus oídos procedente de la casa del árabe, y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

¿Habría oído mal? ¿O fue su mente obsesionada la creadora de la angustiosa ilusión?

Instantes después, Ervigio se convenció de que su oído no le había engañado.

¡Amina sollozaba!

La noche había cerrado del todo. El joven entró en la callejuela provisto de una rústica escalera por la que trepó hasta alcanzar la última ringlera de adobes.

Una luz amarillenta se difuminaba a través de la celosía. Los lamentos habían cesado y una menuda silueta inmóvil oscurecía parte de la luminosa retícula.

—¡Amina!

Fue casi como un susurro, pero suficiente para que aquella sombra en la ventana se animara. Abrióse el ajimez.

Apoyados sus brazos en el alféizar, muy quedamente respondió la mora:

—¡Ervigio!

Bajo un cielo de clavos de plata, el canto de los grillos y el croar de las ranas arparon el diálogo en voz baja de los amantes.

Todo lo demás dormía en el entorno.

Al cabo de media hora escasa, cerróse el ajimez y muy calladamente regresó Ervigio a su domicilio.

Ya rompía el alba cuando se oyeron grandes voces en la casa de Yusuf.

Amina había desaparecido.

A caballo sobre la tapia, a cuyos pies se encontraba la escalera, visiblemente excitado el árabe llamó a Tulga.

Alarmado y a medio vestir acudió el visigodo al requerimiento de su vecino.

—¡Tu hijo me la ha robado! ¡Maldito sea! —vociferó Yusuf.

—¡Ervigio...! ¡Ervigio...! —entró gritando Tulga en su casa. Y al instante salió de nuevo para responder al árabe:

—¡Condenado tú y condenada tu hechicera hija! ¡Ervigio tampoco está! ¡Ella le ha embelesado!

Dubitativo Yusuf, siguió con la mirada la línea de la callejuela en dirección al río y quedó al instante sorprendido:

Tomados de la mano y con aire de tranquilo paseo, los dos jóvenes parecían dispuestos a vadear la corriente de agua.

—¡Devuélveme a mi hija, maldito godo! —vociferó el árabe señalando a los fugitivos.

Luego se lanzó hacia el interior de su casa y a poco, aún más excitado, reapareció en la callejuela blandiendo aquella espada con que Tulga le obsequiara.

Por entre las dos tapias Tulga corría tras Yusuf que, con su chilaba puesta de una sola manga y perdida una de las babuchas, daba rarísimos saltos sobre un pie, mientras espada en alto y a grandes voces clamaba:

—¡Ay, desgraciado de mí y malaventuradas las aguas de este río; que a lo que imagino ese maldito godo lleva intenciones de querérmela bautizar!

Sin volver la cabeza los jóvenes habían penetrado en el agua que ya les cubría hasta la cintura.

—¡Pues espera —añadía ya desaforadamente Yusuf— que también he de circuncidarte yo en la misma proporción!

Tulga rebasó a Yusuf, que continuaba saltando a la pata coja entre los guijarros, y llamó a su hijo desde la orilla:

—¡Vuelve, hijo mío! ¡Abandona a esa mujer de malas artes y que el demonio se la lleve!

Pero los jóvenes, sordos a las voces de sus padres, continuaron adentro, adentro...

—¡Cristiano! —se dirigió furiosamente el árabe a su vecino— ¡Tú mismo afilaste la espada; sujeta tu lengua o te la corto!

Despreciando la amenaza, Tulga se metió en el río en seguimiento de los dos jóvenes, cuyas dos cabezas eran ya lo único que de ellos emergía.

Tras el visigodo se fue Yusuf. A espadazos contra el río, se esparcían a su alrededor las blanquecinas tiras que sacaba del agua y se entrecruzaban con los rápidos garabatos que, a las primeras luces del día, dibujaba con sus reflejos la bruñida hoja del arma.

Mientras las aguas se llevaban la chilaba del árabe, ambos padres, horrorizados, se lamentaban entre chapoteos al ver cómo sus hijos desaparecían por completo.

—¡Amina...!

—¡Ervigio...!

Entraron también en escena, la esposa de Tulga, el viejo servidor de Yusuf y aquel pariente, que en efecto, llegado en la tarde anterior, ya tenía todo dispuesto para llevarse a la mora.

Con gran desesperación, al cabo de un rato de llamadas y de zambullidas sin que más se volviera a saber de Ervigio y Amina, los otros cinco desconcertados personajes hicieron causa común de su desgracia y, entre dolorosas lamentaciones, unos a otros se abrazaron perdonándose mutuamente y culpándose a sí mismos de la incomprensible determinación de sus hijos.

Inútilmente buscaron otras personas y rastrearon el río de una a otra orilla.

El extraordinario caso de los amantes desaparecidos, argumentado al gusto de cada cual, corrió de boca en boca y se hizo famoso en toda la comarca.

Unidos por un mismo desconsuelo, Tulga y Yusuf no quisieron volver a sentarse sobre la piedra grabada, donde tan grave quebranto infligieron a su amistad.

Pasó algún tiempo y, de la noche a la mañana, la ciudad cayó en poder de los moros de Tarik que aparecieron por todas partes. Los jefes visigodos abandonaron sus poderes y propiedades escapando hacia el norte, y los demás de su pueblo quedaron confundidos con el resto de la población.

Dado por muy importante el valor estratégico de la plaza, los nuevos amos tardaron poco tiempo en arrasar las murallas romanas y disponer la construcción de otras más fuertes.

Con todo ello, la piedra grabada testigo de las civilizaciones, fue de nuevo desplazada más abajo viniendo a quedar a pocos pasos de las casas de Tulga y Yusuf, como insistiendo en acoger de nuevo una amistad que ya duró mientras duraron los días del árabe y del visigodo.

Las hábiles manos de un cincelador, grabaron en una de las facetas del peñasco una sencilla frase en complicados caracteres góticos y la misma o parecida expresión en los no menos enrevesados arábigos, cuyo sentido concertaba con el de las otras dos leyendas, celta y romana.

Quedaron olvidados en el tiempo Tulga y Yusuf, pero siguió viva la leyenda de Ervigio y Amina: los dos enamorados desaparecidos para siempre.

¿Para siempre?

¿Pues qué fue lo que, mil años después, encontró aquel obrero que trabajaba con su pala en el cauce del río?

Primero un brazo que se adornaba con un brillante brazalete de plata; luego unas ropas, y después, los cuerpos incorruptos de dos jóvenes de distinto sexo tomados de la mano, y cuyos rostros quedaban protegidos de la arena al estar cubiertos por un finísimo velo blanco. Sobre el pecho del varón un sencillo collar de cuero en el que se anillaba un pequeño crucifijo de bronce.

¡Allí la perplejidad de la arqueología o la ciencia de la época, ante aquellos jóvenes que aparentaban dormir, con sus indumentarias perfectamente conservadas!

Y aún hubo quien tomó aquellas tibias muñecas con la esperanza de encontrar en ellas algún pulso. Dijérase que si los dos cuerpos no estaban vivos, acababan de morir hacia pocos instantes.

Alguien aportó el recuerdo de varias estrofas de un antiquísimo romance, probablemente derivado de una cantiga, y que encajaban del todo en el caso:

“... Vieras gozo de las aves
sobre las aguas volar
cantando iba la mora
al godo un mismo cantar.
Llévame, llévame, godo
que mi fe quiero dexar.
El uno su mano diestra
ella la siniestra da,
acogidos van al agua
por la mora cristianar,
et acogiolos el río
do se van a sepultar.
Tan gran dolor de sus padres
ca nunca se consolar.
Vieras pena de las aves
sobre las aguas volar.”

Y la autoridad eclesiástica resolvió que a aquellos cuerpos se les diese cristiana sepultura.

—¿También a la mora? —preguntó muy digno un municipe con aspecto de sacristán.

—¿Mora? —se le contestó— Pues si aquí murió de amor con un cristiano, y en el cristiano estuvo la intención de bautizarla, ¿te parece

que, al cabo de mil años en este lugar, ha habido chico bautizo? Tan cristiana es como cualquiera de nosotros.

Aquella primera presa denominóse desde entonces La Pila; no podía ser de otra forma. Pero no he podido averiguar la razón que justifique el nombre de la presa actual.

Si en mis tiempos de bañista en El Trampón hubiera yo conocido esta leyenda del godo y la mora, ya le hubiera bajado los humos a la viejecilla en cuanto a la arrogancia de su marido, por aquello de su resistencia en permanecer bajo el agua —según decía— como nadie lo hiciera jamás.

FIN DE LA LEYENDA TERCERA

—No conocía el romance —dijo extrañada doña Hortensia acariaciándose la barbilla.

—Claro que no, doña; ni la leyenda.

—En absoluto.

—Pues ¿qué escribiría yo que ya estuviera escrito? ¿Qué contaría, de nuevo, que otros no hubieran contado mejor que yo? La ciencia de ésto reside en hallar lo que quedó en el olvido y despues hacer su ajuste a lo conocido.

—Ya. Y en inventar.

—No digo que no. Pero es que si a la imaginación se le prohíbe prestar de vez en cuando sus calzones a la narrativa histórica, dispóngase desde ahora a quemar la mitad de su biblioteca y a leerse la guía de teléfonos o la tabla de multiplicar.

—De acuerdo, pero debemos admitir que también pudiera haber ocurrido de otra forma. Es posible que el Destino tuviera dispuesto otro

orden de sucesos. Tal vez la casualidad hizo que fuera prematuro el hallazgo de los dos personajes, y que con ello se rompiera una trayectoria proyectada para un tiempo más dilatado, acaso con un final verdaderamente espectacular y reservado a las generaciones que están por venir.

—Pero si así ocurrió, forzosamente hubo de ser porque el Destino así lo tenía dispuesto.

—Contigo no se puede. Pero dime sinceramente: De todo ello, cualquier parecido con personajes reales...

—Es pura intención.

—Ahora está todo claro.

—¿Puedo seguir?

—Adelante.

LEYENDA CUARTA

La Daga

Robaron al infanzón.

Yo fui.

Bien sé que si, al comienzo del drama, se nos hace la gracia de descubrirnos su desenlace o de señalarnos quién es el malo, ya podemos dar por terminada la escucha, cerrar el libro o abandonar el espectáculo; y el tiempo que pensábamos emplear en recorrer por sus pasos el argumento, dedicarlo a mirar a las nubes o al estudio de la economía doméstica, por ejemplo; pues conocido el resultado del embrollo, pierde su interés la intermedia maquinación, que es donde se contiene la sal y la salsa de todo guiso narrativo.

Pero no sucede lo mismo en el caso particular de esta leyenda. Es obvio que aquí no puede haber propósito de fastidiar al lector. Olvidese el enojo si lo hubo; pues el que yo me atreviera a disponer de la propiedad del infanzón don Bermudo, no fue como resultado de unos hechos correlacionados que desembocaran en ese final. No estuvo mi acción en el término, sino en el inicio de un episodio, y cuyo resultado me guardaré muy mucho de revelar ahora, ni aún de facilitar una posible pista.

Así es que, yo robé al infanzón; pero ¿qué? ¿Su pertenencia? ¿Su atención? ¿Acaso su fama?

Algo de todo eso. Pero además escondi su verdadero nombre. Porque

yo le llamaba, y le llamo también aquí, el infanzón don Bermudo; a lo cual el nunca puso reparo; antes al contrario: aceptaba el sobrenombre con un cierto aire presuntuoso; pues, según afirmaba, ese fue el título y el nombre de un remoto antepasado suyo, injustamente olvidado por la Historia, pero protagonista de los hechos más heroicos dentro y fuera de las murallas de la ciudad.

Yo le nombraba de esa manera y ello le alegraba el corazón. Y no pude saber si me tomaba por memo o por más inteligente que los demás.

Don Bermudo tenía muy cumplidos los sesenta. Moraba en una antigua casa con entrada por una callejuela y se ufanaba, no sé por qué, de haber tenido habilidad para mantenerse soltero. Decía que yo era el único con quien podía sostener una conversación. No era así: yo era el único que le escuchaba. Pero es que él me necesitaba precisamente para eso; y de haberle faltado mis oídos hubiera sido capaz de pagarse un auditorio.

No vivía muy desahogadamente. Su economía particular dependía de una exigua pensión que le había quedado después de cuarenta años de calentar la silla en unas oficinas de la Tabacalera. Tenía eso y todo el tabaco que quisiera a mitad de precio. Los médicos le aconsejaron muchas veces que abandonara el vicio de fumar, pero, ¿cómo iba a desaprovechar el privilegio de aquella ganga?

Su dormitorio estaba junto a la sala de estar. Una puerta ajedrezada de vidrios rojos y amarillos comunicaba con el resto de las habitaciones de la casa donde también vivía su hermana, abuela de dos crios que lo llenaban todo de gritos, de risas y de llantos, pero que tenían mucho cuidado en no abrir aquella puerta de colorines, ni mucho menos irrumpir en los dominios del tío abuelo. Por lo demás, don Bermudo estaba perfectamente atendido y no carecía de lo necesario. A veces era un quejica, pero nunca un cascarrabias.

Una mesita y una pequeña estantería se repartían la carga de su descolocado tesoro, constituido por libros, carpetas, legajos, cuadernillos y otros papeles sueltos, entremezclados unos o empaquetados otros.

Más de una vez, a mayor abundamiento de cualquier curiosidad histórica que me acababa de narrar, quiso enseñarme alguna referencia escrita:

—Tengo yo por aquí...

Abria libros y cajones, desenvolvía paquetes, rebuscaba entre las carpetas, entremezclaba unos cuadernillos con otros, y le aparecía lo que buscó tiempo atrás, mientras no encontraba ni rastro de lo que necesitaba en aquel momento.

—Tengo que ordenar esto...

Pero el montón de papeles acumulados entre sus manos, volvía a la estantería o al cajón más desordenado que antes.

No sé con qué documentos podía testificar su abolengo para proclamarse titular de la heráldica representada en un viejo tapiz que pendía en una de las paredes de su sala de estar: en el centro de un escudo montado de una celada con enorme plumero, en campo de gules una estrella de plata sostenida por dos leones de oro rampantes, con nueve roeles asimismo de oro en su derredor, y una leyenda a ambos lados de las armas: "Faces de la noche, día". En la frontera pared, una panoplia de la que sobresalían dos exageradas lanzas en aspa, y en su centro una enorme daga enfundada, con un llamativo puño donde se apreciaba la falta de algunos adornos que hubo de tener incrustados.

Aprovechando el excepcional silencio de un largo punto y aparte en la charla de que en una ocasión me hacía víctima don Bermudo, me levanté de mi asiento, me acerqué a la panoplia y fijé mi atención en unos dorados flecos de alambres que parecían desenrollarse de la cruz de la daga.

—¿Y este puñalón? —pregunté.

—Pesa sobre él una maldición.

—¿Todavía al cabo de los siglos?

—Ahí tienes las tumbas egipcias y lo que les ha ocurrido a algunos de sus profanadores.

—Eso es una patraña.

—Puede serlo. Pero ya te contaré lo de esa daga algún día por ahí que me pille con ganas de hablar.

Concedí entonces que don Bermudo —como pienso que a muchos nos

ocurre— se complacia en dar un tinte pintoresco y sentimental a los objetos históricos, rodeándoles de una leyenda brumosa y a veces sacrilega; porque no hay duda que es en lo que venimos a dar con nuestras melancolías —quienes las tenemos— al no saber revalorizar, como debiera ser nuestra obligación, la ruina, la vieja espada o el terciopelo podrido.

Así quedó la escena entonces. Volvamos a lo del robo.

Es claro que yo a don Bermudo —a veces abrumador— no le escuchaba gratuitamente. El se obstinaba en enseñarme su parra. Muy bien: pues yo le comía las uvas.

—Habla, habla —me decía yo— verás cómo me aprovecho de todo lo que sueltas.

En cierta ocasión me prestó un grueso volumen, muy bien ilustrado con lo mejor del Renacimiento Español; pero muy mal forrado con un pésimo papel verdoso nada limpio que, a juzgar por el aspecto del engrudo bajo las pastas, el desafortunado libro llevaba sus buenos cinco lustros con la misma vestidura.

Al llegar a casa y con el ánimo de adecentar la presencia del valioso tomo o de protegerle con nuevo y mejor forro, desprendí la cascara del pegamento. Entre el papel verdoso y una de las pastas, ajustados al tamaño del libro, encontré cinco folios de papel amarillento; manuscristas sus diez caras con una tinta desvaida, y encabezada la primera por el siguiente párrafo:

“Tomado en 1712 del verdadero cronicón sin fecha visible, que se halló quasi comido de ratones en la destruyda casa de Don Suero Sánchez oidor desta cibdad y probincia. Transcripto así mesmo de la mano de Don Pedro Gómez fiel de fechos; con el coyddado de no quitar ni poner tilde”.

Seguía a continuación lo que transcribo, si no con las garantías de fidelidad del tal Don Pedro Gómez, usando las mismas palabras y pormenores del original que alargarían innecesariamente la narración, si con lo que juzgué de mayor interés; pero “coyddando” no alterar la esencia de su contenido.

Y en aquel texto se explicaba poco más o menos cómo allá por las postrimerías del siglo XI, la fortificación de la ciudad de Avila fue la primera acción emprendida por Raimundo de Borgoña, obedeciendo al mandato expreso de Alfonso VI, de construir un poderoso baluarte contra las incursiones árabes.

Don Raimundo —también llamado Conde Don Ramón— se buscó, por una parte, a los “maestros de jeometri” Don Casandro y Don Florin quienes acordaron la destrucción de las murallas árabes y planificaron la posterior construcción de otras nuevas; y por otra, puesto que para ello era necesaria una numerosa mano de obra, parece ser que encargó alguna recluta, entre otros, a aquel remoto infanzón don Bermudo, señor y dueño de una pequeña zona a extramuros de la ciudad, habitada por numerosas familias de árabes sometidos.

Don Bermudo, más que por su corpulencia, llamaba la atención por su enorme daga, cuya vistosa empuñadura sobresalía de su cinto hasta la mitad del pecho. La otra mitad la tapaban unas enormes barbas que se aferraban a un rostro feroz. Era hombre de pocas palabras, y mantenía sus afirmaciones con su ceño y la ostentación del arma: sus únicos argumentos; y más en aquellos tiempos en que, si por nada se descabezaba a un cristiano, por mucho menos se despanzurraba a un moro.

Se trataba de una poderosa daga con un infanzón detrás. Pero no de un héroe, como se verá más adelante.

Contaban las gentes que don Bermudo se había adueñado del señorío, no muy honradamente; pues parece que se valió de las malas artes de una vieja zahori, conocedora de su ambición, para que unas malas fiebres dieran en la fosa con un su primo llamado don Blas y a quien pertenecía el territorio.

Desapareció don Blas y desapareció también su viuda, de quien nadie volvió a tener noticia. Así, como único heredero, don Bermudo vino a ocupar la vacante que le dejó el primo.

Y se decía también que cuando, ya confirmado el nuevo infanzón en su potestad, la tal zahori acudió a él en demanda de recompensa, en lugar de recibir de don Bermudo las veinte doblas que le pedía, lo que recibió fue una catarata de puntapiés en ambas posaderas (sic).

—¡Actuaste por tu cuenta! —gritó airado el infanzón.
—¡Pero bien te aprovechas del resultado! ¿Y ésta es mi paga?
—¡Pues aún agradece que no desvaine mi daga y con ella no te ponga los cuajos al aire!

No se conformó la mujer, y, mientras escapaba de las iras de aquel dragón, se volvió un instante, hizo con ambas manos unos garabatos en el aire y bufó:

—¡Maldito tú y toda tu estirpe! ¡Cuando esa daga salga de su vaina sólo será para volverse contra vuestro corazón!

Corrió don Bermudo resoplando tras la que así le maldecía, y sin haber podido alcanzarla regresó a su casa lleno de preocupación. Miraba a su daga con recelo; ya tomaba su puño decidido a disipar de una vez su duda en el anatema, y ya lo soltaba al instante mirando al cielo temeroso de que pudiera cumplirse el maleficio.

Alguna culpa pesaría sobre su conciencia.

Adoptó sus precauciones, y con unos disimulados alambres afianzó a la vaina los gabilanes de la daga, en previsión de que en un descuido...

El caso fue que don Bermudo no volvió a sacar el arma de su funda.

Pasó el tiempo y llegó la orden del de Borgoña.

Como atornillado a lomos de su cabalgadura y flanqueado por una docena de soldados armados de arcos y lanzas, el infanzón recorrió las callejuelas haciendo su leva entre las más pobres familias de la plebe cristiana y entre la morisma.

—A ver, apestoso moro: ¿Cuántos cochinos hijos tienes con pelo de barba?

—Cuatro, señor.

—Dos me llevo.

—Mira, señor, que los necesito. Ya soy viejo...

—¡Dadle veinte palos a este ladrón y me llevo tres!

—¡Piedad, señor! Estoy tullido y enfermo...

Don Bermudo empuñaba con furia su daga.

—¡Veinte palos más y me llevo los cuatro.

Y éste quiero y ése también, más de cuatrocientos árabes, granjeros unos, ladrones otros y ociosos los demás, fueron obligados a ejercer la mampostería sin más paga que su diaria ración de comida.

Asperjando acá y acullá, el obispo don Pelayo de Oviedo recorrió el nuevo perímetro señalado por el maestro Casandro que, dicho sea de paso, ordenó se hiciera rodar hacia el río una gran piedra con varias inscripciones, porque estorbaba en medio de uno de los caminos que accedían a la nueva obra.

De dos a tres millares de trabajadores fueron necesarios para edificar en nueve años los ochenta y ocho torreones con sus lienzos y las nueve puertas de que consta el baluarte.

Ya casi finalizada la obra, de entre los cristianos que levantaban las almenas, destacaba uno, todavía imberbe, llamado Gonzalo, y a quien siempre se veía sonriente y de buen humor.

Llamóle la atención a don Bermudo esta conducta extraña y un día, mientras el animoso trabajador se las entendía con su repugnante comestible, le preguntó por las razones de su constante buena disposición:

—Explicame, tiñoso: ¿Ríes a mi costa o es una mueca que tienes de nacimiento?

—Me complace la vida, señor —respondió el joven— Procuro siempre hacer el bien; y como ves, no me faltan ganas de comer.

—Ya veo tu buen paso con ese tasajo.

—Es mucho el asco que me da, señor, pero como es mayor el hambre que siento, y mucho más grande aún el respeto que te tengo, tanto me sabe esta bazofia a gloria como a ti los faisanes y el vino de tu mesa.

En alguna forma desconcertado don Bermudo continuó:

—Entonces ¿comes por respeto más que por hambre?

—Casi aciertas, señor; que el hambre aún puedo tenerla a menos. Y

con todo, no hago sino esperar. Día llegará, lo sé muy bien, en que Dios me ha de volver por grandeza esta humildad.

—Pues si con sólo esa esperanza y comido de la liendre como ahora te veo, te sientes feliz, si no eres un simple ¿qué ánimo ¡desgraciado! y qué tripas son las tuyas que no comprendo?

—Son otros los piojos que bullen en mi cabeza y otras las hambres que me revuelven adentro. Sácame de esta estrechez y ponme a tu servicio donde te seré más útil; mas no lo hagas por limosna; pues la limosna puede despertar muchas veces la envidia por la satisfacción y el odio por el agradecimiento.

—Por eso mismo, no caridades sino cien azotes cada día merecéis todos.

—No trates a tu gente con dureza y no encontrarás resistencia a tus mandatos.

—Muy poca o ninguna me podrá oponer vuestra miseria —replicó con desprecio el infanzón tras una carcajada.

—Ni tampoco te rías de nadie —insistió el joven muy serio— y no serás objeto de burla.

—Bien me sé —dijo don Bermudo ahora exasperado— que, a matakallando, toda esta chusma se holga de mi con hestorias y cuentecillos de mala uva, y ha convertido mi señorío en el reidero de la ciudad, pero —agregó apretando los dientes y echando mano a la empuñadura de su arma— ¡Ay de los hestoriadores o de quienes sorprenda en una intencionada palabra o en un gesto! ¡Sus lenguas para mis perros!

—No muestres tu daga y nadie te enseñará los dientes.

Pensó don Bermudo que de no deslenguar a aquel hablador, sacaría más provecho de él teniéndole a su lado.

—Pues bien, profeta del demonio —ordenó— Desde ahora trabajarás en mi casa.

Así entró el joven Gonzalo al servicio de don Bermudo. Y fueron tantas las pruebas de acatamiento; de inteligencia y buenas razones las que dio, que en poco tiempo el señor vino a tomarle gran afecto, y llegó en

ocasiones a no adoptar resolución de algún problema si antes no contrastaba sus pareceres con los del prudente servidor.

Acabó la construcción del recinto amurallado y los maestros dispusieron que las herramientas empleadas por los obreros (martillos, tenazas, garruchas, palancas...) fueran a llenar la panza de uno de los ochenta y ocho torreones. Así lo refiere alguna historia y de ello también existe una leyenda, pero ni en una ni en otra se dice cuál de los torreones fue señalado como depósito, y créese que éste corresponde al torreón que ocupa el lugar resultante de una desaparecida combinación de sumas y restas, contando hacia el norte a partir de la Puerta del Alcázar.

Transcurridos unos años y convertido Gonzalo en un bien barbado personaje, continuaba como servidor en el domicilio de don Bermudo: un caserón al que se accedía desde el interior del recinto amurallado; pero que asimismo comunicaba con el exterior por un postigo. Uno de los cuatro que actualmente están cegados.

La orden del rey era que, durante la noche, ni caballero ni fijoalgo la pasaran fuera del baluarte.

Por entonces dio comienzo la formidable historia caballeresca de la ciudad. Se organizó un ejército para combatir a los musulmanes en otras regiones. Los mejores caballeros se volcaron en el esfuerzo, y encomendándose cada uno al santo de su devoción, dejaron a la ciudad bajo la protección del Cielo.

Pretextando algún achaque, don Bermudo fue uno de los pocos que se quedaron en su feudo. Nadie sospechaba qué ocultos intereses podían retenerle en la ciudad.

Ya oscurecido, cuando en la muralla que correspondía a su guardia, los centinelas comenzaban el acecho que había de durar hasta el alba, don Bermudo se despedía de su esposa y, todo sigilo, salía de su casa por el postigo para desaparecer diluido en las sombras de las callejuelas. Y era tal la actividad que desplegaba por las noches que ya sólo dormía durante las horas del sol.

Mientras tanto, capitaneados por Sánchez Zurraquín, al grito de "¡Avila, caballeros!" la legión compuesta por los esforzados guerreros abulenses ganaba la gloria y la fama en las lejanas tierras aragonesas.

Y así una batalla y otra.

Y así también una noche y otra, don Bermudo se escabullía por su portillo para caer estúpidamente —como tantos otros en todo lo que se conoce de historia— en confiar estrategias y secretos de gobierno a quien luego los haría llegar al campo enemigo.

Y mientras en otras tierras un ejército musulmán sucumbía al golpe de los cristianos abulenses, otro más numeroso y bien armado sitiaba la ciudad por culpa de las confidencias de un conocido sandio ebrio de hedor y de perfumes.

—¡Yo lucho en la sombra! —gritó cínicamente el infanzón sorprendido una noche en su escapada por el servidor Gonzalo— ¡Voto al diablo! ¡Que por mi humildad soy ignorado en estas arriesgadas hazañas, mientras acá y allá se pregonan menores acciones con dueños más encarecidos!

Fue una mujer —Jimena Blázquez— quien dio la alarma. Consciente del peligro que amenazaba en la ciudad, avisó a quienes disponían de alguna fuerza, y llegó en busca de don Bermudo para que organizase, como mejor pudiera, la defensa en su demarcación.

—Anda por el adarve —contestaron a su demanda.

Si, sí, por el adarve, don Bermudo ya había comenzado su correría por los barrios extremos, pasando desapercibido entre numerosos grupos de árabes, sin sospechar siquiera que con todos ellos y algunos millares más muy bien armados, formaban una amenazadora nube dispuesta al inmediato asalto de la ciudadela.

Y así como a doña Jimena le falló el infanzón, le fallaba la población entera, acobardados unos, incapaces otros e inermes todos. Pero de tal manera, la brava mujer, increpó y avergonzó a los primeros; y arengó y animó a los demás que, enardecidos todos, en pocos momentos la muralla se vio repleta de gentes, en su mayor parte mujeres quienes, a guisa de soldados, con el resplandor de las hogueras y con sus cascos y lanzas asomando por los torreones, simulaban formar un grande y poderoso ejército dispuesto a la batalla.

Y así lo interpretaron asombrados los sitiadores. Aquella exhibición de fuerza no correspondía a la noticia de ciudad indefensa que había llegado hasta ellos.

Al margen de la gesta de la heroína, que dirigió la defensa de la ciudad; que realizó hazañas increíbles y que consiguió que los árabes, atemorizados, levantaran el cerco y desistieran de la comenzada empresa, se produjo el episodio del infanzón, no registrado por los historiadores, quienes sólo se limitaron a describir la estratagema y buen suceso a cargo de doña Jimena.

Al alba, don Bermudo se asomó a un ventanillo.

—¡Virgen santísima! —exclamó aterrado.

Vio a tanto moro portador de armas, que sospechó lo que se cocía dentro y fuera de la muralla; y envuelto en unos improvisados vestidos de árabe, corría calles arriba en busca de su postigo.

Tuvo suerte entonces: dos malencarados de rostro cetrino acababan de llegar a la puerta por donde él saliera hacia un instante, para dar muerte a quien o quienes falsearon los informes.

Desde la muralla llovían piedras y venablos sobre el infanzón. Perdida con las prisas la llave del portillo, a media escalinata de alcanzar el agujero de su salvación, daba grandes voces a quienes le habían tomado por musulmán; y mostraba bajo las vestiduras su famosa daga como cédula de identificación.

—¡Abridme la puerta, malditos, que soy yo!

Esto observaron cuatro árabes que estaban apostados en las cercanías, y protegiéndose de la nube de pedrisco con sus escudos, subieron por la escalinata con las peores intenciones, avanzando hacia la puerta donde el infanzón, ya descalabrado, aporreaba y vociferaba con todas sus energías.

Don Bermudo, acorralado y dando ya su vida por perdida, tiraba del puño de su daga; pero aquellos malditos alambres que lo sujetaban a la vaina anulaban todos sus esfuerzos.

Desde el torreón, Gonzalo acababa de reconocer a su señor, y viendo el peligro en que el pobre se encontraba ante el acoso implacable de los feroces musulmanes, ordenó se abriera el postigo; en tanto él tomaba una espada y se descolgaba rápidamente al exterior por una cuerda, para ponerse al lado de su señor que escupía contra los árabes y se defendía de ellos a puntapiés.

Cesó al instante el aluvión de piedras para trocarse por la ayuda llovida del cielo. Con el fondo sonoro de los bramidos del infanzón, zumbaban en el aire las hojas de los aceros; y, breve pero terrible fue la lucha que se entabló, donde los cuatro afilados alfanjes moriscos se convirtieron en inofensivas cañas frente al espadón castellano que, a dos manos, blandía Gonzalo como nadie.

A mandobles contra los atacantes, en pocos momentos el joven puso a dos de ellos en fuga, mientras se desplomaban los cuerpos de los otros dos y, escaleras abajo, rodaban sus cabezotas cortadas a cercén.

Don Bermudo, admirado del arrojo de Gonzalo y con sus ojos desorbitados por el furor, en un supremo esfuerzo aunque tardío, de un tirón rompió las ataduras de los gavilanes y salió a la luz la hoja del arma; ya sin brillo y enmohecida después de pasado tan largo tiempo recluida en su vaina.

Mas como don Bermudo, jadeante, se hallaba apoyado de espaldas a la puerta en el instante mismo en que, desde dentro, la abrieron de repente, cayó hacia el interior con todo su corpachón patas arriba, sin poder evitar que su daga saltara por el aire y viniera a caerle de punta sobre el pecho.

Dos días duró vivo don Bermudo. Antes de su agonía, aquel corazón fatalmente herido movió la conciencia de su dueño quien hizo confesión de sus excesos y faltas. Declaró la usurpación del señorío, y mandó se hiciera inmediatamente una pesquisa para restituir sus derechos a la desaparecida viuda de aquel su primo don Blas.

Con ésto, a Gonzalo acababa de desvelársele la última parte del enigma de su vida; y sorprendido por la confesión de su señor cumplió el recado al instante; pues sabía mejor que nadie en qué rincón de la ciudad vivía la viuda de don Blas. Era su propia madre, que temerosa del usurpador decidió ocultarse y silenciar la historia de su hijo.

Y no fue tampoco pequeña la sorpresa de don Bermudo:

—¡Tú habías de ser! ¡Gracias a Dios! —forzó con una sonrisa aquellas sus últimas palabras mientras, ya sin fuerzas, intentaba apretar con sus manos las del joven.

—Era mi amigo —dijo luego el nuevo y verdadero infanzón al picapedrero que grababa en una losa el nombre de don Bermudo. Y pocos días más tarde, el mismo artífice, agregaba una nueva inscripción a las otras cuatro que ya figuraban en aquel peñasco de cerca del río.

Refieren otras historias que después de que el Concilio de Plasencia anulara el matrimonio de doña Urraca con su segundo marido Alfonso I el Batallador, el que según los cronicones maltrató a su esposa "poniéndole las manos en la cara y los pies en el cuerpo", surgieron las discordias por disputarse la corona de Castilla entre el aragonés y su hijastro Alfonso VII, que residía en Avila y a quien los castellanos habían reconocido por rey.

Sesenta caballeros abulenses fueron exigidos como rehenes para que Alfonso I, cuyas tropas sitiaban la ciudad, consintiera en entrevistarse con el rey castellano.

Aquella puerta por donde salieron los caballeros, hoy es conocida por "Puerta de la Malaventura", y tanto que los sesenta perecieron asesinados y sus cabezas fueron hervidas. Una de ellas pertenecía al infanzón don Gonzalo.

Y ahí terminaba el cronicón transcrito en 1712 por el escribano Pedro Gómez, que se entretuvo en rematar su texto con la más enrevesada firma que jamás se ha visto.

Coloqué los folios donde estuvieron; volví a vestir el libro con su viejo forro verdoso, dejándolo repegado de la mejor manera que pude para que no se notase que me había enterado de la existencia del documento, y al día siguiente fui a devolverle todo a su dueño.

—¿Se lo digo —pensaba por el camino— o no se lo digo?

No se lo dije de momento y coloqué, ante el empedernido fumador, el

libro sobre la mesa. Luego me acerqué a la panoplia y señalé la funda de la daga.

—Señor infanzón, ¿cuándo y dónde se ha visto lucir un arma de esta guisa?

—Es que no tiene hoja.

—¿Y eso?

—Fue un arma homicida según creo, y alguien debió mandarla cortar.

Descolgué la daga. Don Bermudo mentía. La pieza en balancín entre mis dedos me lo dijo.

—Vamos, hombre —respondí— Esto está lleno.

Tomé la empuñadura de la daga y tras un tirón, ante el pasmo del pobre hombre petrificado en su silla, puse los dos largos kilos de acero ennegrecido, sobre aquel libro que acababa de devolverle.

—Una de tres: O este arma es de guardarropía —dije sonriendo— o se ha disipado el maleficio, o usted no tiene nada que ver con aquel antiguo infanzón.

El aseguró que yo estaba equivocado en mis tres afirmaciones y luego señaló el libro:

—¡Has leído lo que hay aquí! ¡Estoy seguro!

—Sí.

—Pues si llego a darme cuenta no te lo hubiera dejado.

—He copiado los folios.

—Pues me has hecho víctima de un robo.

—Ya no tiene remedio, aunque le prometo hacer buen uso de todo ello.

—Es lo menos.

—¿Y a usted qué más le da?

—Me importa todo muchísimo.

—Sea sincero; no me venga a estas alturas con que lo de la zahorí...

—Te digo que me afecta y no me crees. Tengo otros papeles con los que podría convencerte. Soy descendiente de don Bermudo. ¡Bonita

cuestión si, además de no honrarme, para hacerla creíble he de morir!
—¡Por Dios! No es necesario. Le creo.

Volvi la daga a su vaina y volvi el conjunto a la panoplia. Habia intentado burlarme, sólo un poco, de don Bermudo. El arma no estaba dispuesta contra nadie.

Y es que ahora la gente se mata de otra forma. La daga ha perdido su vigencia, como la han perdido los hechizos y los baticinios, así como por desgracia también escasean de virtud las bendiciones. El progreso ha proporcionado al hombre otras formas de embellecerle la vida y le ha abierto nuevas formas de escape hacia la muerte.

Me despedí de don Bermudo y, extrañamente, no se levantó de su silla para acompañarme hasta la puerta como acostumbraba.

Me dijo que no se encontraba bien.

—Siento aquí una opresión...

—Eso es del dichoso tabaco —aseveré— Ya le han aconsejado cien veces los médicos que lo deje.

Creo que a poco de marcharme le dio el trallazo. Ese golpe repentino en el pecho, que se ha puesto de moda.

Sólo dos días más vivió el pobrecillo don Bermudo.

Me aterra pensar en la posibilidad de que este caso tuviera algo que ver con lo sucedido hace ochocientos años. Y estoy seguro de que tanto maleficio podía quedar en la daga como aliento en los restos, quizá ya fósiles, de aquella zahori.

Me resulta imposible creer que todo sucediera por haber desenvainado la daga.

A mí, al menos, no me remuerde la conciencia.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA

—¡Vaya por Dios! —exclamó doña Hortensia.

—Lo siento, doña. ¡Qué más quisiera yo que terminar alguna leyenda donde todos coman perdices!

—¡Pero no lo sientas! ¿Puede haber mejor final que el que se rubrica con la muerte?

—¡Pues no faltaba más!

—Tras la muerte se engrandece al héroe; se glorifica al mártir, se ennoblece al artista... Así como también se ejemplariza respecto del malvado. La muerte es postigo al que tantos llegan jadeantes por sus malos pasos y acosados por sus culpas, pero a quienes, en ese preciso punto antes de pasar la puerta, puede serenar, para su eterno bien, la contrición. Pues la muerte sólo es enorme en lo que pudiera tener de trágico; pero es pequeña para quien sabe que con ella pasa de una paz a otra. No tiene medidas; y su buena o mala acogida se adapta a la manera en que haya vivido cada cual. Así se explica el que tantos la hayan aceptado hasta con alegría.

—Sólo los santos.

—Intentemos serlo, pues; pero contentémonos siquiera con poner nuestro afán en el intento.

—Si no quiere Dios que nos ocurra como en la leyenda que ahora sigue; encontrada precisamente aquí en uno de esos libracos de pergamino, y donde, si es difícil averiguar la identidad de quien lo describe, imposible resulta adivinar la fecha del suceso. En fin, ¿puedo continuar?

—Adelante.

LEYENDA QUINTA

Dejadme Dormir

Partiendo del Arco del Mariscal, a poco menos de media hora de camino en dirección norte, en la cima de un pequeño montículo se encuentra un evocador crucero, ya corroído su granito por la acción de los fríos y los vientos de la serranía; y, aunque algo alejado, puede considerársele plenamente integrado en el paisaje mismo de la ciudad de Avila. Unas losas diseminadas en sus inmediaciones aseguran la pasada realidad de algún ermitorio cuya entidad se ha perdido en el tiempo; y en una de esas losas, sin otro dato, la figura grabada de un puñal cuyo significado hoy puede resultar incomprensible. La erosión hace imposible la lectura de los caracteres grabados en el granito de ese cercano crucero, que sin duda es de época posterior y en nada debe relacionarse con la enigmática figura del puñal.

Desde este lugar puede admirarse en toda su extensión la maravillosa panorámica del dorado cinturón románico que ciñe a la ciudad, y que sobre los lejanos macizos dominados por el cerro Zapatero, se recorta en acordes de almenas y torreones donde apenas destaca el llamado Arco del Mariscal. Hasta él avanzaremos ahora en rápido vuelo, pero retrocediendo en el tiempo por espacio de algunos siglos, cuyo número es imposible precisar con exactitud.

Don Rodrigo, teniente jefe de la guardia en aquel acceso, era un hombre con bien ganada fama de cruel, en cuya inhumanidad se acercaba

más a lo verosímil lo que más se alejaba de la razón. Tan presto a la espada como remiso a la cruz, alcanzó posición y nombradía en buen número de acciones guerreras, pero en las que muchas veces la impiedad ocupó el lugar que correspondía a la misericordia, y donde, si algunas virtudes militares o méritos heroicos pudieron haber abonado a su persona, se deslucieron por la despiadada saña mostrada contra los vencidos y por la vergonzosa codicia ante sus despojos. Luego don Rodrigo pasó unos años viviendo de aquella su renta de gran guerrero, pero que sin duda tenía de infamante cuanto carecía de honrosa. El creyó que le bastaba con haber sido valiente para que en todas partes se cerraran los ojos a lo que restaba de su condición. Y lo que se cerraron para él fueron los accesos a la Corte donde intentó medrar a cuenta de una factura que ya tenía agotado su crédito.

Quizá este hecho dejó profunda huella en su pétreo sentimiento; y a partir de entonces se hicieron en él aún más patentes las ortigas de su mala voluntad y de su desprecio a todo y a todos, sin distinción de clases ni abolengos.

—¡Cerrarme a mí las puertas! —protestaba soberbio.

Rebotado de señor en señor y de mesnada en mesnada, dos veces fue degradado, sin que por ello dejara de reverdecir en su corazón la raíz de su retorcido carácter.

Ya encanecido, malbaratada su fama de héroe, aún con más dureza en su sentimiento y sin otro oficio que el de las armas, había venido a dar en la guardia del Arco del Mariscal.

—¡Ahora soy yo el dueño de esta puerta! —se decía apretando los puños.

Era invierno y algunos copos de nieve comenzaban a verse flotar en el aire de la tarde.

Con el casco apoyado en el caballete de su nariz, su poblada barba, larga cota de malla y puñal al cinto, el teniente recordaba una vez más su particular disciplina a los cuarenta hombres ateridos de frío que

guarnecían aquel punto, y que en dos torcidas filas formaban entre el cobertizo de junto al arco:

—Cerrada la poterna —aullaba— poned atención a la centinela, pues a quien de vosotros halle dormido no le daré tiempo a que despierte. Así pues ¡velad también por vuestra vida! Y si algún desconocido se acercare a la puerta, que acredite su persona. Déjesele libre si fuere fijodalgo, y si plebeyo préndasele y castíguesele con diez azotes, o pague otros tantos dineros por la libranza. Entréguese una mitad de lo que se recaude y repártese la otra mitad entre vosotros.

Tras una voz y con significativa seña, desde una ventana, un grasiento soldado anunció la hora de yantar y se cortó la oratoria. Tras un venablo, el teniente abandonó el grupo y corrió hacia el cobertizo para acabar de rendir sus malas ideas al plato que tenía dispuesto; e instantáneamente todos los soldados imitaron a su jefe tan atropelladamente como pudieron.

El toque de oración se esparció por toda la ciudad desde el campanario de la catedral. En el gran templo, a donde ahora nos trasladamos, los últimos ecos de las campanadas se sustituían al instante por el tintineo del manajo de llaves con que Tarsicio, el segundo sacristán, recorría las capillas y las naves laterales. Era el acostumbrado aviso a los rezagados de que el templo se cerraba. Al tiempo que el hombre iba dejando tras de sí bien atrancada una puerta tras otra, escudriñaba minuciosamente cada rincón. Alguna mañana se habían advertido estragos en los cepillos y no estaba en su ánimo aguantar una vez más las iras del deán, que se empeñaba en culparle de las fechorías ajenas.

—No. Esto no me volverá a suceder. ¡Al que pesque...!

Casi imperceptible en la sombra, tras una columna se adivinaba el bulto inmóvil de una persona arrodillada. El segundo sacristán, rígidos los músculos de su afilado rostro y apretando los dientes, se acercó de puntillas y sacudió las llaves a dos palmos escasos de los oídos del orante que mantenía su estabilidad con las manos aferradas a un cayado; y con evidente falta de miramientos tiró del burdo manto parduzco con que se arrojaba extasiado Pero Garci, ermitaño de Santa Casilda.

—Vamos, hermano: Se cierra.

Volvió la cabeza Pero Garcia con una leve sonrisa de mansedumbre, pero sin disimular que sus vivísimos ojos parecieron despedir un par de dardos con los que quisiera haber atravesado al impertinente celador.

Levantóse el ermitaño; un hombre de mediana edad; cabello y barba entrecanos; cara gordezuela; mirada suficientemente descrita; boca hecha a pedir, cruces y medallas que le colgaban en racimos de cualquier manera, y capa hasta los pies con olor a encubridora de hurtos. Volcó en un zurrón las monedas que hacían música en su sombrero, y marcando el ritmo de sus pasos a golpes de cayado, se dirigió lentamente hacia una de las pilas de agua bendita. Luego sacó un jarrillo de lata y lo llenó de aquel agua.

—¡Maldito! —protestó Tarsicio— ¡Que ahora sé por qué han de llenarse las pilas tan a menudo! ¿Quieres decirme de qué te sirve ese agua fuera de la Iglesia?

—Tengo por costumbre —explicó Pero Garci— santiguar el camino desde que salgo de la ciudad hasta mi ermita. He de andarlo sólo en la oscuridad, y asperjando de trecho en trecho, así Dios me protege, que me veo libre de temores y dificultades.

—¡Vuelve ese agua a su pila! —exigió tajante Tarsicio— ¡Y de ahora en adelante recorre tu camino en oración, que para el caso ha de darte el mismo resultado!

—No haré tal —aseguró el ermitaño— que ni aún para la sed del cuerpo nos niega el Señor el agua de un mal regato, cuanto más si está bendita y ha de servir para confortar el espíritu.

Lejos de aquellas piadosas consideraciones de Pero Garci, quiso el sacristán apoderarse del jarrillo suscitándose un pequeño forcejeo; de modo que, entre la maraña de cuatro manos, el sombrero, el cayado y el manojo de llaves, vino el jarrillo a dar en las losas esparciéndose la totalidad de su contenido.

—¡Vete y no vuelvas! —se exasperó aún más el sacristán mirando el

agua derramada como si de su propia sangre se tratara— ¡Y cuéntate entre los condenados, si hago llegar hasta el Santo Oficio la noticia de tu sacrilegio!

Y al tiempo que largaba un puntapié al jarrillo, arrebatava el cayado al ermitaño y obligaba a salir a éste con irrespetuosos empujones hasta la calle. Quedó la puerta abierta, y volviendo el sacristán sobre sus pasos, de un segundo puntapié acabó de salir el jarrillo, y asimismo el cayado pasó zumbando muy cerca de las orejas del maltratado Pero Garcí, que despachaba santos y más santos por su boca y signaba sus labios a cada invocación.

Tras el portazo de Tarsicio, y al parecer acabada la lista de bienaventurados, se volvió Pero Garcí a aporrear la puerta; y luego, haciendo campana con sus manos y pegando los labios al ojo de la cerradura voceó:

—¡Me quejaré al deán por tu atropello a quien va para santo! ¡Pertenezco a la Iglesia, y poco he de poder o arderás en la hoguera aunque te bebas el agua de cien pilas! ¡Tragavelas!

El frío era intenso, y Pero Garcí arrebujado en su capa, perdido entre la nevisca y las últimas luces del ocaso, bajó por unas callejuelas en dirección al Arco del Mariscal.

A la salida del ermitaño por aquella puerta ya había anochecido y arreciaba la nevada. El jefe de la guardia, presente en el cierre del acceso, se dirigió a Pero Garcí:

—Por poco te has librado, gandul. Si te descuidas una gloria más, sales de aquí por encima del muro.

No replicó el ermitaño tal vez porque, conocedor de la fama del teniente, el hacerlo hubiera sido una nueva temeridad.

Barbotó después don Rodrigo algunos insultos y amenazas contra los soldados, y tras cerrar con su enorme llave ordenó se echasen las trancas a los portones que, armados con madera de encina, taponaban con solidez aquel acceso a la ciudad.

Cuesta abajo y en dirección norte, enhebrando preces y avemarias, la figura del ermitaño se diluyó en las sombras de un camino escasamente

alumbrado por los resplandores de la luna de enero que se filtraban entre algunos jirones de nubes.

Transcurrió cerca de una hora. A la luz de un par de hachones en el cobertizo en que se guarecían los componentes de la guardia, mientras el teniente emitía unos infernales ronquidos que traspasaban la frontera de un cortinón atravesado de una pared a otra, algunos soldados dormitaban sobre sacos de paja, medio quemándose las calzas arrimados al rescoldo de unos troncos de chaparro, y otros confiaban sus ahorros a la suerte que pudiera depararles el acertado manejo de unos enormes naipes.

Alguien intentaba hacerse oír con fuertes golpes en el exterior de la poterna.

Desde lo alto de los torreones, tensas las cuerdas de sus arcos y con las saetas apuntando hacia abajo, los centinelas trataron de identificar al que llamaba:

—¡Quién va!

—¡Ave Maria Purísima! ¡Soy el ermitaño de Santa Casilda!

—¿Cómo no estás ya en tu ermita?

—Un enorme perro me ha cortado el paso. Abridme.

Fue avisado el teniente don Rodrigo; y con la disposición que se supone en quien ve interrumpido su confortable sueño entre las mantas y ha de salir a la intemperie de la noche de invierno, manipuló su llave, ordenó se desatracasen las puertas y permitió que pasase el ermitaño a darle cuenta de aquel motivo que le había obligado a retroceder en su camino.

—Era grandísimo y negro —se explicaba tembloroso Pero Garci— y le centelleaban los ojos. No he podido jugarle las vueltas ni ahuyentarle con piedra ni palo. Y tampoco me han servido rezos ni invocaciones; sino que a cada santo que llamaba en mi ayuda, más y más se enfurecía y se me acercaba; de manera que no me ha quedado más fe que la que he puesto en mis pies. ¡Ay Santa Casilda! ¡Que por mor de un maldito sotasacristán acaso más feroz que el perro, hoy me ha faltado el agua bendita y aquí me tienes aterido de frío, aún sin recogerme y lo que es peor, sin haber cenado!

—Mirad si queda por ahí algún rebojo de lo vuestro —habló el teniente

a sus soldados— y que coma este cobarde y se sosiegue; pero vuelva enseguida a su camino y pase la noche cada cual en su cobijo; que así como a nosotros nos obliga de soldados, le cumple a él como guardián de Santa Casilda, pues no es bien que la ermita se esté sola. Váyase pronto el pedigüeño, no vaya por la milicia a escandalizarse la religiosidad; aunque, por la mala traza de este que se dice religioso, es más fácil que ocurra lo contrario. Ya previene la conseja que entre fraile y soldado, con el uno recelo y con el otro cuidado.

Y mientras el teniente se volvía a su yacija, entre bostezo y bostezo se dirigió a Pero Garci:

—Mira, ermitaño, no sea que ese perro que te corta el paso hacia lugar sagrado, sepa bien lo que hace por ser tu propia conciencia y no haga sino ladrar a tu conducta; pues mucho me temo que las devociones que profesas estén muy lejos de ajustarse a las caridades que pregonas.

Atento menos el ermitaño a las palabras del teniente que a lo que de comer podían proporcionarle los soldados, cediendo a los impulsos de la necesidad las normas de cortesía, se sentó en un tajo y colocó sobre la mesa aquel su jarrillo que fuera vaciado de agua bendita, por si en esta ocasión pudiera llenarse de abominable vino. Y apenas santiguado lo que le dieron para comer e interrumpido el juego de los soldados por ver la gana con que engullía el extraño personaje, inicióse entre uno y otros una charla a media voz, más por distraerse la milicia que porque se tranquilizase el ermitaño.

—¿Y por qué has escogido este modo de vivir? —preguntó uno de los que rodeaban a Pero Garci.

—Hubiérame casado —contestó el ermitaño echándose a un lado de la boca el pan y el tocino que masticaba— si a cambio del don de la palabra, nacieran las mujeres mudas; que con ello cobrarían su valor las opiniones del marido y por otra parte lucirían ellas alguna discreción. No por otra cosa he renunciado a formar familia y abrazado la religión; San Procopio me perdone.

Antes de tomar por bufón o cínico al ermitaño, otro soldado volvió con nueva pregunta:

—¿Pues cómo no ingresaste mejor en la clerecía, o por lo menos en un convento?

—También en esta cuestión eché mis cuentas; y como me salían más ayunos que jubileos, elegí la vida en una ermita, donde no habría lugar a que fuese mal esposo ni mal fraile, y donde sería exclusivo dueño de mi escasez o mi regalo. Así hace veinte años que ando en esto, sacando lo que puedo de las devociones del prójimo, que a Dios gracias suelen ser abundantes y bastante más sólidas que las bendiciones con que pago. San Casiano me perdone y Santa Casilda me ilumine, si con mejores palabras puedo decir que devoto soy, pero tengo que comer.

—Y que beber —celebró un soldado riendo las palabras del singular personaje, mediando de vino la capacidad del jarrillo que, dicho sea sin quebranto de la sobriedad del ermitaño, tardó más tiempo en recibir su contenido que en volver a vaciarse.

—Dícese —atacó por nuevo flanco otro soldado— que no pasa pájaro cerca de ti que no se deje una pluma.

—Viene eso a ser en cierto modo —replicó ahora con visible sorna Pero Garci— el mismo juego que vosotros estáis haciendo a mi costa. Pero no ocurre en mi oficio como en el tuyo; cuando, ganada una plaza, autoriza el general a aprovecharse cada uno de lo que buenamente pueda; y eso es lo mismo que dejar la moderación al arbitrio de la codicia. Es sólo en estas ocasiones cuando al soldado le parece pequeña su mochila. Yo libro una batalla cada día y mis ganancias, cuando las tengo, ¡ay misero de mí! sólo son de limosna. Mira en mi zurrón a ver si encuentras algo tomado a punta de lanza o yo no haya besado la mano que me lo dio.

De nuevo comenzó a hacerse notar el ruidoso durmiente de tras el cortinón, y temiendo los soldados las iras de su jefe, encarecieron al ermitaño saliera cuanto antes a su camino.

Con su confianza en que el perro no volvería a molestarle, tomó Pero Garci la cuesta abajo, más confortado su gran estómago que su menguado espíritu.

Al cabo de un rato, tan atribulado como la primera vez, Pero Garci el mal aprendiz de santo, llamaba de nuevo al portón.

—¡Quien va!

—¡Ave Maria Purisima! ¡Abridme otra vez! ¡Ese maldito perro insiste en ponerse delante de mí y vengo a pedir ayuda!

Volvióse a interrumpir el sueño del teniente; y es de suponer una vez mas el peor talante con que, armado de la llave, don Rodrigo franqueó la entrada al ermitaño.

—¡Voto al diablo! —vociferó ¡Que si no fuera por el respeto a ese hábito y a las cruces tras las que te escondes, ahora mismo te daría de palos! ¡Que otros por menos no se libraron dellos!

Y huyendo a zancadas del frío y de la nieve para guarecerse junto al fuego en el cobertizo, prosiguió:

—Explicame de una vez lo de ese perrillo, que sin duda tu miedo le trae ya crecido hasta el tamaño de un caballo.

—No exagero, señor, es un enorme perro negro. Acompañenme tus soldados y lo verán. Yo te juro por San Exuperancio...

—¡Basta! —cortó enérgico el jefe de la guardia— Por ese mismo santo te aseguro que ahora mismo te vuelves a tu ermita. No vengas a despertarme tercera vez porque no te abriré. Y sábetete que en este punto mando parte a las otras puertas, para que así como te oigan llamar a cualquiera de ellas, los centinelas te asaeten a su sabor. A mi paríome la mi madre ya con la coraza puesta, y no templé gaitas ni aun a horas obligadas ¡cuánto más a deshoras!

Y luego, mirando por la propia comodidad antes que por la angustia ajena, deseando dar al sosiego lo que restaba de noche, el teniente tomó por un brazo al malaventurado Pero Garci, le llevó casi en volandas hasta la puerta y a pedradas le obligó a enfilar a buen paso el camino hacia Santa Casilda.

—¡Ermitaños! —dijo con desprecio— ¡Los milagros que vosotros hagais...!

Como era de esperar, al poco rato el ermitaño se encontraba nuevamente ante la puerta del Arco del Mariscal con el pánico a la espalda por culpa del perro, y el terror al frente por las amenazas de don Rodrigo, sin saber de qué lado huir ni de dónde sacar energías para llamar al portón.

Un centinela le contristó aún más desde lo alto:

—¡Atrévete a despertar a mi teniente y te atravieso!

Pese a la nueva amenaza, Pero Garci, sus dedos engarabataados por el frío, tomó una piedra y golpeó las maderas.

Repentinamente se incorporó el teniente en su camastro; mal despierto, embarulló su lengua en una vulgar expresión de cólera; tomó luego la llave de entre sus vestidos apuñándola con fiera, y tras un estentóreo “¡Dejadme dormir!” que llegó con toda claridad hasta los oídos de Pero Garci, se enovilló entre sus cobijas, el semblante hosco y rechinando los dientes.

En la otra parte de la muralla, temblando de frío y sin más albergue, el ermitaño, ya entumecido, se acurrucó junto a la pared y dio comienzo a una salmodia de latines y rimadas plegarias que fue apagándose poco a poco.

Lentamente, la nieve fue cubriendo la capa del pobre hombre, hasta hacerle parecer uno más de los numerosos pedruscos que se arrimaban al pie de los torreones.

Y en el mismo sitio, semioculto por la nieve, fue encontrado al amanecer. Tieso. Con esa sonrisa que dicen que se les queda a los que mueren por congelación.

No por ello se conmovió don Rodrigo, que continuó con su sobrecejo y sus amenazas, dándosele una higa la tragedia del ermitaño, a quien enterraron al día siguiente sin que de su rostro hubiera desaparecido aquella significativa sonrisa.

Y Santa Casilda quedó sola en su ermita, en tanto se elegía un sucesor a Pero Garci de entre los muchos que lo pidieron al obispo.

Noches adelante, y no había forma de que don Rodrigo pudiese conciliar el sueño. Cuando alguna vez lo conseguía, despertaba el instante sobresaltado diciendo que llamaban a la puerta. E invocaba a San

Exuperancio, testigo de su impiedad contra el infeliz Pero Garcí, para que le fuera devuelta la tranquilidad que su ánima había perdido.

Comido por el desasosiego, sin poder borrar de su memoria aquella sonrisa, o aquella burla, con que parecía haber rubricado una posible venganza el ermitaño, y, sin olvidarse tampoco del fatídico perro, a quien culpaba de todo el mal, el teniente se dispuso a terminar de una vez con los golpes en la puerta que le tenían en ascuas de día y de noche. Tomó su puñal y, ya oscurecido, obedeciendo más al furor de que se había dejado poseer que a la angustia de que quería desprenderse, salió en dirección a la ermita cediendo al demonio la elección del procedimiento que pudiera serle dado para resolver el problema.

Don Rodrigo había comenzado a perder la cordura cuando nunca más que entonces necesitaba de ella, para no tener que medir, quizá a puñaladas, el tamaño de su sentimiento con la incierta ocasión que buscaba.

Bajó a buen paso las primeras pendientes del sendero. Ya quedarc tras él, perdidos en la oscuridad y la distancia, los enormes volúmenes de los torreones. A medio camino, la luna llena que se alzaba sobre el horizonte alargaba en el suelo la sombra del teniente que, ahora cauteloso, caminaba con pasos más lentos. Con su aguda mirada el guerrero escudriñaba cada piedra y cada mata a su alrededor. No llegaba a sus oídos otro rumor que el de sus pasos y el del viento a rachas que producía un lúgubre silbido entre los arbustos. Después de saltar un regato, don Rodrigo caminaba cuesta arriba por una pequeña pendiente. Las oscuras aglomeraciones de peñascos que se alzaban de trecho en trecho semejando monstruos, entremezcladas con alguna disforme silueta arborescente, convertían el paisaje en el más tenebroso escenario donde cualquier perversidad pudiera surgir. Una ráfaga luminosa trazó entre las estrellas una larga línea de norte a sur; y en el mismo instante, sin saber de dónde procedía, se oyó un ruido extraño. Fue como un siniestro restregar de pasos por la tierra y la maleza.

Pese a su sangre fría, don Rodrigo se quedó clavado mientras un repeluzno le recorrió la espalda. Se rehizo al momento; desenvainó rápidamente su puñal, y puso el precio de su vida en la hoja del arma.

Frente a él, a poco más de una docena de pasos y al final de la cuestecilla, destacaba la silueta de un hombre plantado en medio del camino.

—¿Quién eres? —preguntó con voz firme don Rodrigo.

No obtuvo respuesta, pero creyó haber identificado al que se le interponía. Aquel sombrero... Aquella capa... ¡Era el ermitaño de Santa Casilda! O al menos, así lo creyeron entonces los ojos de la obsesión.

—Si lo que intentas —continuó el teniente mientras unas líneas de sudor le brillaban en la frente y las mejillas— es embaucarme con alguna brujería, puesto que Pero Garci está muerto, quienquiera que seas, procura no dejarte ver la cara y librete Dios del Santo Oficio.

Hablo la sombra:

—Cuando los muertos salen de las tumbas para ajusticiar a los vivos, nada tiene que hacer contra unos y otros la Inquisición. ¡Desdichado! ¡Mira si puedo ser yo ahora también tu propia conciencia!

—De nada me acuso.

—¡Cínico! Yo soy quien te acusa. Sordo de siempre a todo lamento, no quisiste atender las llamadas de quien te pidió amparo. Mas sabe que no una ni dos, sino dos mil veces debes abrir tu puerta a quien te ruega. Así pues vienes a pagar con tu vida la que por tu infamia ha poco hiciste perder a tu prójimo. Dime qué haces aquí si no.

—No estoy aquí por cobardía —contestó ahora el teniente con firmeza— Y porque hartó se me conoce, yerra quien me envía manes o quimeras si con ello se propone quebrantar mi ánimo.

Un sospechoso brillo metálico vio entonces don Rodrigo en el centro de aquella sombra, pero no se inquietó. Endurecido y templado en más de una batalla confiaba en su arrojo, y no daría golpe sin causar herida, ni causaría herida que necesitase de otro golpe. Avanzó muy lento hacia la sombra que seguía inmóvil, hasta acercarse a cuatro pasos de ella. Y de repente, sin pedir treguas a la consideración, se avalanzó con su puñal por delante dejándolo clavado en aquel cuerpo que se desplomó fulminado.

—¡Vuelve con este recado a los infiernos! —exclamó el homicida tras honda espiración.

La luz que bajaba del cielo iluminó una sonrisa fija en el rostro de la persona que yacía a los pies del teniente, y que no portaba ningún arma, sino un jarrillo de lata que, colgado del cinturón, reflejaba la luz de la luna en un vivísimo destello.

Arrastró don Rodrigo el cuerpo de su víctima hacia un lado del camino, para ocultarlo al fin tras unas rocas entre la maleza. Y con más señas de satisfecho que de apesadumbrado volvió sus espaldas al delito cometido.

—¡No volverás a llamar a mi puerta! —masculló.

Y luego emprendió decididamente el regreso hasta llegar jadeante al Arco del Mariscal.

Ignorantes de los motivos de aquella salida, varios soldados permanecían junto a la puerta esperando a su jefe. Entraron luego todos en el cobertizo. Don Rodrigo ordenó se cerrara el acceso tirando la llave a suelo, y sin pronunciar una sola palabra más fue a dejarse caer en su yacija, puesta su esperanza en que al fin podría dormir sin sobresaltos.

Vana pretensión: Si antes no dormía por haber sido causa de la muerte del ermitaño, mayor motivo le alcanzaba ahora que le había matado dos veces. Fue el equivocado procedimiento de quien trata de aplacar una pesadumbre y la hace crecer con otra mayor.

Y aún aumentó su desasosiego al acordarse de que había dejado su puñal clavado en el cuerpo de la víctima.

—Fue en propia defensa —se decía— y uno de los dos había de morir; pero por un si acaso le dejé bien escondido. Cuando al cabo del tiempo se descubra, nada mío ni suyo será reconocible: un puñal enmohecido y unos huesos mondos.

Batalla interior de argumentos y soluciones la del desdichado, de quien trabajaba la astucia para componerse con la razón; pero mal podía encontrar conformidad en su ánimo cuando le faltaba la piedad en el entendimiento.

Así que, apenas se quedaba dormido, volvía el sobresalto a despertarle de repente. Y ya no eran sólo los golpes en la puerta; ahora se añadían unos aullidos aún más horribles y en su mente la imagen de una sonrisa helada e implacable.

En esa furiosa perturbación de su tranquilidad, transcurrieron dos semanas sin que don Rodrigo, ya atemorizado y perdida su esperanza de encontrar un mínimo de sosiego, se atreviese a intentar nueva salida, siquiera fuese para recuperar el puñal; haciendo entretanto a sus soldados soporte de su mal juicio, y a su juicio víctima de sus soldados.

Hasta que una mañana al amanecer, tras el sobresalto de los golpes y los ladridos, llegó hasta sus oídos el sonido de un repique alegre, casi imperceptible, que a veces parecía cesar para reanudarse al instante con más brío, y que provenía de algún lejano campanil.

Sin duda, eran los sonos jubilosos de una campana, cuyo tono le resultaba del todo desconocido.

Cesó al momento su angustia, e inexplicablemente don Rodrigo pasó de la turbación a una paz que parecía querer infundirle la agradable música.

El campaneó seguía y seguía, al tiempo que el hombre advertía que un sentimiento extraño repicaba también en su espíritu. Algo que le impulsaba y le orientaba en una nueva dirección.

Y por mejor participar de la alegría de aquel son, empujado por la extraña sensación que experimentaba, salió a la explanada frente al cobertizo.

Sin detenerse a considerar a qué orden o a qué viento obedecía, con el contagioso alborozo de aquel repique que no dejaba de oírse, el teniente, tan inesperadamente transformado, anduvo decidido unas calles arriba hasta llegar ante las puertas de la catedral, acaso aleccionadoramente abiertas de par en par, y entró en el templo sin titubeos.

Cuando al cabo de largo rato, don Rodrigo salía hacia la calle acompañado de un anciano clérigo, ya el son de la campana parecía haberse interrumpido.

A media mañana, el teniente jefe de la guardia del Arco del Mariscal y

el anciano sacerdote, subían la cuestecilla camino de la ermita, donde unas noches atras se apareciera la sombra.

—No eran lamentos ni llamadas a la puerta lo que oías, sino las voces de tu conciencia, hijo —decía confortador el anciano— Tú no mataste al ermitaño ni una ni dos veces. Tu entonces no eras más que un pobre diablo poseído pero también asustado de ti mismo. Y una vez más causaste un mal por tu crueldad, con lo que acabó de llenarse el cántaro cuyo peso después te mortificaba. No sabías que el sosiego del espíritu se inicia al reconocer la culpa, como por fin acabas de hacer; y no encontraste entonces otra forma de acallar tu conciencia que apuñalándola. Nada hiciste aquella noche en ese camino contra Pero Garci, sino contra ti mismo. Destierra de tu corazón el odio y el desprecio que has venido esparciendo contra todos, y usa en adelante de la virtud de la caridad, que no te faltarán ocasiones de aplicarla.

—Bien he pagado en todos estos días el mal que hice —dijo apesadumbrado don Rodrigo— Que así vengo ahora de contrito a este lugar.

—He tenido tiempo de conocer bien a Pero Garci —continuó el clérigo— Y sólo por su pobreza y su sencillez fue injustamente sospechoso de todo y sojuzgado por todos; pero también poseía un alma desconocida por todos. Nadie como él necesitó de toda moderación para soslayar y aun para seguir el juego con que muchas veces se le embromaba, antes que destemplarse con ninguno; aunque en ocasiones reaccionara como hombre que era. La tolerancia o el disimulo ante un insulto, era dificultad que sólo podía superar un ánimo como el suyo. Y sufrir hasta la muerte en un despropósito, como él lo hizo, la injuria de la razón y del derecho humanos es, en los tocados de santidad, la sublime hazaña de la paciencia.

Caminaba silencioso el teniente, tratando de asimilar el discurso del clérigo, cuando empezó a oírse de nuevo, y muy cerca, el mismo jubiloso repique de unas horas antes.

—¡La campana! —exclamó don Rodrigo ¡Es la misma!

—Es el nuevo ermitaño que hace fiesta y quiere comunicar a la ciudad su gozo —observó tranquilamente el clérigo— Hoy es su primer día en la

ermita. Pero Garci, aquel a quien despreciaste, no sería un santo, aunque eso Dios lo sabe; pero por él abandonaste un camino torcido; tal vez por eso sonreía. Y este religioso que desde hoy le sustituye, aún sin darse cuenta, ha continuado la labor orientándote hacia el camino recto. Ya ves si será poca cosa un ermitaño, que el milagro han tenido que hacerlo entre dos. Esto jamás se había visto. Pero mira también qué grandes pueden ser los humildes.

Se desviaron luego los dos hombres hacia un lado del sendero, llevando en el semblante don Rodrigo tanta gravedad como tuvo de insolencia en otra noche; y a los pocos pasos llegó hasta ellos el olor nauseabundo de la carroña.

Un extraño temor hizo al teniente detener su marcha por unos instantes. La sonrisa de Pero Garci todavía descargó su último golpetazo en aquella conciencia, que por fin comenzaba a mostrar alguna sensibilidad.

—He aquí a ti mismo —dijo sin más el anciano clérigo.

Allí, entre las piedras y matorrales, aún brillaba el puñal del teniente, hundido entre los restos de un enorme perro negro.

El arma permaneció muchos años después como exvoto, a los pies de la imagen de Santa Casilda, de cuya ermita nada queda ya, ni de lo que en ella hubo. Y de la leyenda de don Rodrigo, es posible que haya quien se decida, como yo, a establecer una relación con ese grabado, casi imperceptible, de la singular figura de un puñal en una losa de granito.

FIN DE LA LEYENDA QUINTA

—Nunca he tenido noticia de ese don Rodrigo ni me suena ningún San Pero Garci —dijo doña Hortensia.

—A mí me ocurre lo mismo —respondió Graciano—. Claro que ni aquí ni en su libro se dice que el teniente pasara a la Historia ni que el

ermitaño llegase a la santidad. El panegirico del clérigo insinuándolo no pudo ser otra cosa que una limosna más a Pero Garci. La intención del relato parece inclinarse más hacia la persona de aquel descastado don Rodrigo de quien, a falta de más datos, nadie sabe otra cosa de su vida.

—¿Y en qué libro dices que has encontrado todo eso?

—No lo recuerdo ya. Por ahí, en uno de esos antiguos.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¡Te voy a dar...! —rió benévolutamente la señora— Anda, continúa.

LEYENDA SEXTA

El Gallo Blanco

Como ocurre en muchas ciudades españolas, también en Avila sigue en plena vigencia una infinidad de antiguas edificaciones que se resisten a cerrar definitivamente el número de capítulos de su historia. Con la enorme boca de sus portales abiertos, parece que aún quisieran contarnos algo más de lo que en su tiempo, o no llegó a saberse o no tuvo la suficiente consistencia para figurar en la lista de lo perdurable. Aparte de las murallas, la catedral, las basílicas y alguna otra Iglesia románica o mudéjar, de las que se conocen sus mínimos detalles, recorriendo callejuelas empedradas, a veces nos sale al paso, aquí una torre, allí un palacio o un simple paredón; cuando no, un patio o arquería de cualquier siglo, o una plazuela donde el murmullo de su fuente medieval nos habla con el acento de otros tiempos; y unas palabras grabadas o los insospechados relieves en el granito de algún dintel blasonado, parecen una invitación a que nos acomodemos frente al escenario, seguro que bastante emotivo, de unos siglos atrás: la representación pudiera surgir en ese mismo instante.

De Avila se dijo en algún tiempo que era la ciudad de las cien Iglesias; y sería verdad. Ahora sólo queda de ellas una tercera parte mal contada. Algunas cayeron por el peso de sus años; pero bastantes más, amén de otros viejos edificios, hubieron de sacrificarse porque así convino en cada época a nuevos conceptos de urbanismo y porque, hasta hace muy poco

tiempo carecieron de importancia, no ya los valores culturales o artísticos de la arquitectura, sino, ni siquiera los sentimentales de lo histórico. Así se ha descubierto algún soberbio patio, después de tiempo y tiempo oculto entre conglomerados de viviendas que apoyaron sus paredes y tejados en la solidez de unas columnas prodigiosamente labradas. O así, hasta ayer mismo, cayeron a golpes de piqueta algunos monumentos, como el románico de Santo Domingo; del que luego, lo poco que se aprovechó de su magnífico pórtico, se recompuso malamente para armar la fachada de una desaborida Iglesia de reciente construcción.

Es cierto que en bien de la estética e incluso de la higiene, desaparecieron viejos caserones, posadas y covachas; pero no existe nada escrito donde se justifique por qué sucumbió también un formidable acueducto. En mis años jóvenes aún tuve tiempo de pasar con alguna frecuencia bajo uno de sus arcos. Entonces ya sólo quedaban en pie seis o siete de la fila de veinticinco —“anchos y altos” según Carramolino— que lo formaron en sus buenos tiempos. Aquel arco se llamaba de Santa Ana, y estaba en la plaza del mismo nombre. Desde allí, hacia el sur salía una calle carretera que dejaba a su derecha unas callejuelas y a su izquierda el ya a punto de derruir (cómo no) paredón del convento de monjas franciscanas a las que se conoce por las Gordillas, no por el saludable aspecto de que puedan gozar sino porque ese era el antiguo nombre de la finca donde se edificó el convento; y la calle terminaba donde hacia el este continua el paseo de San Roque, llamado así debido a que por sus aledaños hubo de asentarse alguna ermita o iglesuela bajo la advocación de este santo al cabo del tiempo venido a menos; y tanto que, en toda la ciudad, si no es por el nombre que aún conserva el paseo, muy pocos saben otra cosa de San Roque ni de su perro.

Este paseo, abierto al sur a todo un descampado lleno de rocas, estaba protegido al norte por el alto paredón de las Gordillas, y reseguído en su longitud por un banco de mampostería. Paredón y banco, también desaparecidos, terminaban junto a la plaza de toros igualmente derruida (pues no faltaba más). Y desde este punto, trepando entre riscos hacia el noroeste con el paredón a la izquierda, se regresaba hasta aquella plaza en

que seguían resistiendo los restos del acueducto; y donde está, aunque hoy vacío de monjas, el monasterio cisterciense de Santa Ana; allí donde a Felipe II le colocaron por primera vez los calzones de hombre; o por lo menos, algo así es lo que viene a decirnos una lápida en la fachada. De esta edificación causaba sorpresa, no su magnífica espadaña, sino el gigantesco nido de cigüeñas que aquella tenía por sombrero. Ahora hay otro nido más pequeño; sin historia.

Hasta la segunda mitad del siglo XVI, esta zona abundosa de encinas entre peñascos, recortaba hacia el este su horizonte con las siluetas de cinco molinos de viento; se unía a la ciudadela por una cadena de seis o siete iglesias o conventos y alguna posada (la del Cuervo, la del Candil) y se desparramaba entre casuchas y corralizas a ambos lados de la línea del acueducto, por donde llegaba a la ciudad el agua de unos cercanos manantiales. Veneros que a últimos del siglo XIX se perdieron o cambiaron su trayectoria con los desmontes que dejaron espacio a la estación del ferrocarril, pero cuando ya había caído en desuso el acueducto y estaba casi totalizada su demolición, que comenzó mucho antes de inventarse la máquina de vapor.

Hace pocos años, en las horas de siesta de un agosto caluroso mientras a la sombra de los toldos de la plaza de Santa Teresa tomábamos hielo con algún ingrediente, un buen amigo me daba la noticia de que toda la zona de Santa Ana estaba incluida en un urgente plan de ordenamiento urbano, y que en muy corto plazo el conjunto de líneas del acueducto, callejuelas y convento, sería sustituido en el plano de la ciudad por un vulgar polígono cuadrículado.

Tocados ambos del mismo sentimiento, nos dimos una vuelta por la barriada como para despedirnos de ella y para fijar en unos papeles, a golpe de pincel, la imagen de unas perspectivas y unos contraluces irrepetibles; o acaso mejor que eso, para retener en la memoria un sabor que desaparecía para siempre y captar los últimos estertores del ánimo de aquellas callejuelas.

Sobre nuestros cartapacios tomábamos el apunte de un bajorrelieve que destacaba en medio del dintel de la portada que daba paso a un amplio

zaguán y al que concurrían las entradas de cuatro viviendas. De una de ellas salió de improviso un viejecito vestido de oscuro y que se apoyaba en un bastón. Con mal disimulada ansiedad nos preguntó si éramos arquitectos o en alguna otra forma interesados en el proyecto de la brutal destrucción de la historia (esas fueron sus palabras).

Cuando supo el motivo sentimental que nos llevó hasta aquel barrio, nos invitó a tomar asiento en uno de los poyos del zaguán, para que disfrutáramos de la agradable temperatura que proporcionaba un patio interior muy bien cubierto por una techumbre de hojas de parra; y luego de enterarse de que disponíamos de tiempo y buena voluntad para escucharle, prosiguió así:

—Créanme o no, porque cada uno es muy libre de volcar en la cuneta todo aquello que no le entre por el ojo derecho, y aunque en ninguna parte debe estar escrito, como me lo contó mi abuelo lo cuento yo, y a él se lo contaría el suyo y al otro el otro; que todos mis ascendientes de los que tengo noticia vivieron y murieron en esta casa, y si Dios no me necesita antes de cuatro días, al paso que llevan los desalojos, tengo por seguro que conmigo se rompe la tradición. Pero la gente de ahora no sabe de historias ni sentimientos. ¡Ay, qué poquitos vamos quedando de esos a quienes nos oman por tontos porque vemos poesía en todas las palabras, porque oímos música en todo lo que suena, y porque somos capaces de sentir el pálpito de unas piedras a las que hemos llegado a querer! Esta casa bien poco vale, pero el convento no me digan, y el aguaducho ¿dónde me dejan al aguaducho? Oigan, que el de Segovia, porque ha estado sirviendo el agua hasta ayer mismo como aquel que dice, que si no, igual se lo cargan. Y éste de Avila tiene una leyenda muy interesante. Y no sé por qué, igual en éste que en los demás que hay en España, siempre han tenido que meterse los demonios de por medio; pues no son uno ni dos en toda la geografía los que se conocen como puentes del diablo.

Observé que a medida que el viejecito avanzaba en su discurso iba cambiando su semblante: de la sensación de tristeza y abatimiento que mostrara cuando apareció en el zaguán, había pasado a una expresión más viva y hasta jovial; y, como si quisiera protagonizar lo que narraba, con

sus manos accionaba briosamente mientras con su rostro daba el gesto exacto o la mueca precisa a cada frase y a cada imagen.

— Pues bien — prosiguió —. En aquellos tiempos en que el aguaducho aún cumplía su misión empezando por surtir el llamado Caño de Cingarra aquí cercano, los bataneros que se servían de las aguas del río Adaja para mover las aceñas en su industria de molienda, venían planteando algunos conflictos por su competencia con los dueños de los molinos de viento de esta parte de la ciudad.

Las aceñas estaban en arriendo; pero eran propiedad de un tipejo apolillado de edad y de abolengo, por entonces corregidor del municipio. Y los cinco molinos de aquí arriba pertenecían a otras tantas familias, cada uno de su padre y de su madre. De entre estos últimos molineros destacaba como su vocero un apuesto e inteligente joven a quien, por su gallardía y por el color de la materia de que siempre andaba embadurnado, se conocía en toda la comarca y aun fuera de ella por el sobrenombre de Gallo Blanco.

Desde dos años antes de la fecha en que ocurrieron los hechos que voy a referirles, sólo por los malditos intereses económicos y no por amor, el corregidor se había casado con una joven y guapa mujer, quizá la más bella de toda la ciudad, única descendiente que Dios había concedido a nombrado caballero don Blasco de Saldueña, propietario de gran parte de las tierras de por acá, y concretamente de aquellas de los manantiales donde comenzaba el aguaducho; al ladito de donde se levantaban los molinos de viento.

Me parece — advirtió el anciano — que presentados un apuesto joven y una hermosa mujer, ya parecen vislumbrar ustedes el enredo de esta historia, pero el efecto es engañoso; porque la hija del caballero don Blasco, Marcela de nombre, respetaba a su marido, don Urraco de sobrenombre; y por otra parte el Gallo Blanco, hijo de muy buenos padres, como ya tengo dicho era un hombre inteligente. Lo que quiere decir que no habría de fijarse en atractivos encantos ni perifollos, que son cosas superficiales, y mucho menos, por muy apasionado que fuese, poner su voluntad donde antes no pudiera poner honradamente algún derecho.

A lo que iba. Los molineros de acá bajaron sus tarifas por ver de recuperar la numerosa clientela que les arrebataron los bataneros; y a renglón seguido, éstos bajaron aún más las suyas para atraerla de nuevo.

En poco tiempo fue tanto el afloja y el vuelve a aflojar, que tanto los de arriba como los de abajo venían a trabajar casi de balde. Y lo que para unos significaba la ruina, para otros, es decir para don Urraco, se convertía en una buena inversión; pues si los de arriba querían seguir comiendo les sería forzoso dedicarse a otro trabajo, cerrar los molinos y vendérselos al malvado viejo por los cuatro cuartos que les ofrecía. Ahí estaba el quid de la maniobra: una vez que el bandido se hubiera hecho con el monopolio, se resarciría de todo lo perdido poniendo por las nubes el precio de la maquila. Pero calculó mal, porque las gentes cayeron en ese detalle, y mirando por los propios intereses, siguieron trayendo a moler el trigo a esta parte sin consentir en más rebajas de tarifas. Hasta aquí don Urraco el de las aceñas. Ahora entra en acción don Urraco el corregidor: ¿Hay algo más perverso que un alcalde atacado de fiebre tributaria? ¿Para qué voy a explicárselo si todavía en nuestro tiempo, a pesar de los avances de la medicina y del perfeccionamiento de la justicia distributiva, no sólo no se ha conseguido exterminar la enfermedad, sino que se ha agravado hasta extremos que aterrorizan? El depravado individuo se sacó de la manga tanto impuesto por cada costal de trigo, por cada arroba de harina, por burro cargado, por burro sin cargar, y por todos los etcéteras imaginables, que las pobres gentes, previendo su ruina no tuvieron más remedio que dejar a los molineros de arriba en manos de Dios y volver a las aceñas que, como medida de protección al progreso liberaban de tributos a los usuarios. ¿Y para qué esta acción tan miserable? Para llenar una bolsa que luego la inconsciencia y el vicio vaciaban en las franca-chelas y timbas que, solapadamente, el corregidor organizaba los sábados por la noche en la posada del Candil, que venía a caer por estas cercanías. Y esto lo sabía muy bien el Gallo Blanco, en cuyas manos pusieron su salvación las otras cuatro familias, a las que ya no les quedaba más ajar que unos harapos y cuatro ollas hambrientas. Cinco familias en total que hacía varias semanas que no veían ni un maravedí.

Y el Gallo Blanco, habiendo oído que doña Marcela de Saldueña era

en grado sumo caritativa, toda humildad y respeto se hizo recibir por la señora; no por solicitar de ella socorro alguno, sino tratando de ver si con su influencia su esposo el corregidor aflojaba el dogal con que poco a poco estrangulaba a los pobres molineros de arriba.

No voy a describirles la agradable impresión que, por su prestancia, gracia y razón en el hablar, recibió la señora al ver al mozo; ni la que asimismo recibió el mozo de las cualidades de doña Marcela, quien por otra parte, hizo saber también al Gallo Blanco que en ella misma acababa de encontrar a otra víctima del egoísmo y mezquindad del insufrible corregidor; y que aunque ella lo intentara, sería muy difícil si no imposible, conseguir que a su marido se le ablandara el corazón; y que, si bien hay particulares momentos en que una mujer está en condiciones de reducir al esposo a docilidad por muy bravo que éste sea y conseguir de él cuanto se proponga, en ella esa posibilidad no existía, porque desde que casó con aquel hombre aún estaba por llegar el primero de esos especiales momentos. Luego, acabada la entrevista, el uno ya en la calle y la otra a través del ventanal de su aposento, aún tuvieron ocasión de cruzar de nuevo sus miradas y de que, como en un susurro, de los labios de ambos surgieran las mismas palabras: “¡Dios si no fuera casada!”.

—El dinero —pensaba el mozo camino del molino— hay que pedirselo al demonio. Si lo nuestro se lo ha llevado el demonio, el demonio lo ha de tener. Que lo devuelva o no, es cosa de saber si yo soy capaz de conseguirlo. No desearía otra cosa —apretaba ahora sus puños el Gallo Blanco— que contar en mi bolsillo con la misma cantidad que el sinvergüenza del corregidor lleva en el suyo cuando se mete en la posada del Candil.

En la noche del sábado, un desconocido personaje con aspecto de importante caballero, aún con algún rastro de harina en su ropa, bien provisto de barba y bigote postizos que llenaban su cara, pero vacíos su estómago y su bolsillo, entró en la posada del Candil, se sentó en un tajo y esperó. ¿Se imaginan quién podría ser aquel caballero? —preguntó el anciano con gesto sonriente, como dando por sabido que el personaje quedaba identificado.

Mi amigo y yo asentimos muy serios con un movimiento de cabeza. Con nuestro silencioso gesto y nuestra actitud de seguir mirándole sin pestañear, le indicábamos que podía continuar su relato sin más circunloquios.

—Aquí llegó el prodigio —siguió el anciano con gesto de admiración y señalando con énfasis cada palabra— No bien hubo entrado el alcalde en la posada y dirigido sus pasos en compañía de dos alguaciles hacia una reservada habitación, el caballero de los bigotes y la barba, o sea el Gallo Blanco, introdujo la diestra mano en la faltriquera y encontró en ella una docena de doblones como una docena de soles. La misma cantidad que don Urraco llevaba en sus bolsillos.

Los alguaciles pidieron al desconocido que se acreditase; y luego fue presentado al corregidor como alcahalero de la Corte en camino hacia Lisboa, donde embarcaría para las Indias; que entretanto se alojaba en la vecina posada del Cuervo, y que había entrado allí en procura de algún honesto entretenimiento.

—A esta hora y en este lugar —dijo entonces el corregidor— yo no puedo brindaros otro recreo que el de que os las veáis con un buen jarro.

Y mientras con todo alarde el azufroso don Urraco soltaba sobre la mesa un doblón y una pareja de dados, agregó:

—O el de que ganéis esa moneda poniendo otra igual y tirada más alta que la que veis.

El de los postizos aceptó la proposición y ganó el envite. Y luego ganó otro y otro más. Y uno tras otro, hasta diez doblones salieron uno a uno de los bolsillos del corregidor, y en la misma forma entraron en la faltriquera del Gallo Blanco. Cuando éste, ufano de llevarse los dineros y de holgarse en el pasmo de aquel raposo, introdujo de todo la mano en la faltriquera por acariciar los veintidós doblones que, según sus cuentas, ya habría de haber en ella, quedó mucho más pasmado que el corregidor: ¡No había más de dos! En un instante comprendió la razón: Le había sido concedido tener tanto dinero como tuviera don Urraco, y puesto que a éste

sólo le quedaban dos doblones, dos le quedaban también a él en su bolsillo.

—Como los dados no fueran míos —bufaba el viejo— diría que están trucados.

De un manotazo, el corregidor soltó su resto sobre la mesa y con visible enojo desafió:

—Señor alcalbalero, ahí está lo que me queda; si también lo ganáis, andad en buen hora y salid cuanto antes para esa Lisboa.

No se sabe a qué santo o demonio se había encomendado el Gallo Blanco. Necesitaba perder para ganar. Confiadamente puso sobre la mesa sus dos únicos doblones y jugó. Y las cuatro monedas cayeron en los bolsillos del corregidor. El joven tanteó el suyo y comprobó que asimismo era poseedor de cuatro doblones. Ya todo fue fácil. El joven de los postizos perdía y perdía, a la vez que aumentaba su tesoro en la medida que aumentaba el de su rival.

Llegados dos amigos de don Urraco y contagiados de la euforia de éste, todos hacían burla del alcalbalero, que no cesaba de poner monedas sobre la mesa para que, tras cada tirada, don Urraco las apañase con avidez.

—A fe que es mentecato el forastero —comentaban los mirones por lo bajo.

Cuando la faltriquera del joven llegaba casi a reventar, éste dio por terminado el entretenimiento; muy cortésmente se despidió de todos y se dirigió a la salida.

—Os daré la revancha el sábado que viene —aún dijo entre burlas el corregidor— Y procurad venir bien provisto si de nuevo os atrevéis a tenerla conmigo.

Transcurridos cinco días, sobre su caballo negro y espada al cinto, don Urraco llegó hasta los molinos de viento para rebajar aún más la oferta a sus propietarios. Pero hubo de quedarse de piedra cuando, en lugar de la

miseria que esperaba, encontró de fiesta a las familias, todos con ropas nuevas y repletas sus despensas. Preguntó la razón de aquella abundancia y le fue respondido que un joven forastero recién llegado de la Corte de paso para Lisboa, les había socorrido tan espléndidamente que había terminado con sus estrecheces.

No es necesario explicar el humor con que don Urraco volvió a la ciudad.

En la noche del siguiente sábado, el Gallo Blanco provisto de sus postizos esperaba con los bolsillos, de nuevo vacíos, en la posada del Candil. Llegó el corregidor con sus dos amigos más los dos alguaciles e invitó al joven a pasar a la misma reservada habitación que en la ocasión anterior, y en el mismo instante, en virtud de aquella concesión, pensemos que divina, el joven sintió en el fondo de su bolsillo el peso de una bien repleta bolsa de monedas.

—He de haceros, señor alcaballero, una observación —se expresó muy serio el corregidor— No es que dude de vuestra solvencia, pero a fe que no comprendo vuestra administración. No satisfecho con la importante merma de vuestro capital hace unos días, bien es cierto que en noble lid en los envites del juego entre caballeros, habéis ido luego a despilfarrar una fortuna entre quienes ni lo merecen ni os lo han de agradecer; con lo que, sin daros cuenta, vuestra generosidad me ha causado un perjuicio, pues he perdido definitivamente la posibilidad de comprar unos molinos que ya tenía en la punta de los dedos.

—No penéis, señor, por ello —habló el joven— y excusadme si al ejercer la caridad por una parte, he podido por otra causaros el daño que decís. Aquí me tenéis dispuesto a resarciros de él con esta bolsa bien repleta de doblones. Mas salgo al amanecer mañana hacia Lisboa y he de retirarme en este punto a descansar. Y como me consta por vuestra nobleza, que no aceptaríais este dinero como dádiva, os propongo jugar a un solo golpe y sin más revanchas vuestra bolsa contra la mía; que siendo, como bien sabéis que soy, negado en el juego, me ganaréis fácilmente y así os cobraréis con dignidad del perjuicio que os ocasioné.

Cegado por la codicia y dando el envite por seguro, don Urraco puso su bolsa sobre la mesa.

Hizo otro tanto el joven, mientras el viejo componía mil figuras entre sus manos y el cubilete en que repiqueteaban los dados; ahora soplabá por un lado, ahora besaba por el otro; vuelta a zarandear, vuelta a sacudir arriba y abajo, a derecha e izquierda. Al cabo de una buena pieza y debidamente fermentado al amasijo de su tirada, como en una caricia, el corregidor deslizó el cubilete sobre la mesa haciendo que los dados rodaran suavemente.

—¡Once! —exclamaron gozosos don Urraco y los demás energúmenos de su bando.

Tomó el joven el cubilete y sin zarandeos ni soplos, con un enérgico golpe sobre la mesa, quedaron sus dados marcándose un hermosísimo doce que aniquiló en un instante la euforia de sus adversarios.

Y antes de que el grupo de imbéciles acabara de sacudirse el asombro, el joven recogió las dos bien repletas bolsas de sobre la mesa, y tras desear a todos buenas noches, desapareció por la puerta hacia la calle, perc llevando ya en cada mano una bolsa vacía.

Esforzándose en contener la risa, llegó el Gallo Blanco a la posada del Cuervo donde el dueño le proveyó de un velón para que se retirase a su dormitorio que estaba al final de un largo corredor.

En la posada del Candil, la cólera había hecho presa en el ánimo del corregidor. Apuñalada su codicia y abofeteada su soberbia, no eran suficientes para calmarle las palabras de cuantos le rodeaban, ni las tisanas que el posadero le sirvió. Ordenó a todos que se retirasen a sus casas y él quedó solo a la luz de un candil, como durmiendo apoyado en sus brazos sobre la mesa. Sin moverse dejó pasar una hora, dos, o quizá más; y luego sigilosamente salió hacia la posada del Cuervo. La noche era oscura como nunca. Después de una contraseña semejante a un graznido, se abrió un ventanillo y el corregidor habló con los dos Cuervos, padre e hijo:

—Estoy —dijo— tras un alcabalero que anda huido acusado de

malversación; y tengo la noticia de que se hospeda en vuestra casa. En su poder están dos bolsas llenas de doblones, producto de su rapiña. Quiero que uno de vosotros me lleve al Candil esas dos bolsas en un instante. Ahora que duerme, uno de vosotros entrará en su habitación con un costal y una buena piedra. Con un par de golpes se puede acabar con él...

Esto y algo más pudo escuchar también el Gallo Blanco que ya sospechaba una venganza. Intentó escapar del dormitorio pero no tuvo tiempo de hacerlo porque oyó los pasos de alguien que se acercaba con sigilo. Así que, astutamente, se aprestó a defender su vida del peligro que se le avecinaba. Y como lo instintivo, lejos de humillarse, acomete, para vencerlo es necesario algo más que una piedra.

El incauto que se acercó al supuesto alcabalero decidido a partirle el cráneo disponía de la piedra pero no de unas fuerzas físicas que también le hubieran sido muy necesarias.

El negro bulto de un cuerpo que parecía esforzarse por escapar del costal en que estaba metido, cayó desde el ventanillo del dormitorio hacia la calle; y momentos después, los escasos resplandores de la Luna menguante a punto de asomar, perfilaron la silueta de una siniestra figura que trabajosamente caminaba entre peñascos cargado con aquel cuerpo; el mismo que un poco más lejos cayó rodando por un derrumbadero cercano a la ermita de San Roque.

Una hora más y en la posada del Candil don Urraco esperaba y esperaba impaciente, sin que ninguno de los Cuervos compareciese con las bolsas de dinero.

Si a la soberbia se suma la codicia y éstas a su vez se amalgaman con la ira, el producto es fácil de averiguar. Don Urraco se dirigió a las caballerizas; montó sobre aquel su caballo negro y se dirigió con toda rapidez de nuevo a la posada del Cuervo.

—Padre, ¿sois vos? —preguntaron desde el interior al oír los pasos del que se acercaba.

La siniestra mirada del corregidor, con toda su negra figura quedaron encuadradas en la puerta de la cocina.

—Excusadme, señor —dijo el posadero— Mi padre, como dispusisteis, me echó a ese alcaballero por la ventana metido en el costal, y en tanto yo he ido a dejarle caer por las peñas de San Roque, supongo que mi padre habrá ido a entregaros las dos bolsas que debió encontrarle. Es muy raro que no le hayáis visto.

—¡Nadie ha ido a llevarme nada! —rugió el corregidor— Registremos ahora mismo la habitación de ese forastero.

Provistos de un velón, don Urraco y el hijo del Cuervo, husmearon en el dormitorio donde sólo hallaron un papel con esto escrito:

“El gallo se libró de pajarracos; que es bueno el no fiarse de cuervos ni de urracos”.

El corregidor arrojó el papel al suelo, y dominado por la cólera, con fuerte grito, difícil de imaginar en su disminuida humanidad, como a ladridos increpó al posadero:

—¡Pero a quién despeñaste, desgraciado!

Y enloquecido, desenvainó su espada y atravesó por cuatro sitios al aturdido hijo del Cuervo que cayó desplomado. Y con el arma en alto, volvió a su caballo para tomar a toda prisa el camino de la ciudad en persecución del alcaballero. Mas como la posada del Cuervo estaba inmediata al comienzo del caz que empalmaba con el aguaducho, con la oscura noche, el corregidor tomó por sendero la blanquecina línea de agua, y a galope tendido, blandiendo el arma ensangrentada y vociferando mil disparates, siguió por aquella línea cabalgando como un loco ya sobre los puentes que poco a poco iban ganando en altura; hasta llegar al mismo nivel del alto paredón de las Gordillas que corría casi pegado a la larga fila de arcos.

Las monjas, que a aquella hora se disponían a comenzar sus maitines, al oír las voces, se asomaron alarmadas a las ventanas y a la luz de la Luna que ya brillaba sobre el horizonte, con toda seguridad, porque no hubo quien las hiciese desistir de su idea, vieron al mismo demonio cabalgando sobre las crestas del paredón, con una espada de fuego y vomitando blasfemias. ¿Quién si no, hubiera podido protagonizar semejante escena?

Al llegar don Urraco al arco de Santa Ana, en su dificultoso galope, hubo el caballo de pisar en el vacío por la falta de algunas piedras, y las dos bestias se precipitaron al suelo desde la altura, viniendo a reventarse una sobre otra, de forma que al día siguiente tuvo el juez que esforzarse lo suyo para recomponer los dos cuerpos y dar a cada uno de ellos la viscera que le correspondía.

Y como por aquellas fechas se hubieran producido entre la población algunos casos de disentería, fue achacado el mal al agua emponzoñada en el aguaducho por el demonio. Al decir de todos, el maleficio se había extendido de tal manera por la zona, que hubo el obispo de recorrerla por entero, exorcizando por las posadas, derrumbaderos y el aguaducho de uno a otro extremo.

Fue entonces cuando nació la intención de destruirlo poco a poco, de forma que muchas de sus piedras se aprovecharon para levantar las viviendas de este barrio; y entre ellas esta casa, a donde al cabo del tiempo se vino a vivir el Gallo Blanco, asómbrense, casado con doña Marcela de Saldueña, y a cuya nueva familia se otorgaron por el rey las divisas de ese partido escudo que han visto labrado en el dintel: abajo unas ondas que significan el agua y arriba la figura de un gallo que se supone cantando su triunfo. Y del mal suceso y de la buena boda se habló durante mucho tiempo en la ciudad. Años más tarde, allá abajo donde estaban las aceñas, dicen que el nuevo corregidor, que era de buena ley, mandó poner de pie en el mismo borde del río una famosa roca en la que se grabaron unas cuantas palabras.

Veán ustedes —prosiguió ya con aire de cansado el anciano— si la historia de todo esto se merece caer en el olvido.

Levantóse de su asiento el narrador; salimos todos a la calle, y el viejecito se despidió de nosotros ofreciéndonos su casa por el poco tiempo que aún siguiera en pie.

—Y les contaría mucho más —dijo, mientras con aire de paseo se alejaba callejuela adelante— Cuando lo deseen no tiene más que venir y preguntar por don Marcelo Blanco, con cuyo nombre y apellido me honro.

Mi amigo y yo, aún sorprendidos por el dramático y feliz final del relato, quedamos en la puerta observando los confusos relieves del blasón. Lo de abajo podía representar el agua, pero la verdad era que lo de arriba, a mi me parecía cualquier otra cosa menos un gallo. Tal vez con un poco de imaginación...

—Esto se parece a un gallo —decía mi amigo— como un rábano a un cocodrilo, por muy rampante que lo pongas; aunque si te fijas bien, pues sí; aquello debe ser la cresta un poco estilizada.

—Bueno —concedí— hay que tener en cuenta que se han perdido por la erosión algunas partes del relieve y la figura evidentemente está incompleta.

Una amable señora que se disponía a entrar en la casa, terminó con nuestras conjeturas:

—Eso es un anillo pastoral —aseguró.

Y se quedó muy seria mirando el relieve con la cabeza inclinada.

—Eso, al menos —continuó la mujer— es lo que don Marcelo, el dueño de esta casa, le aseguró a un sobrino mío que está aquí en el seminario ya va para tres años. Y según le contó con todo lujo de pelos y señales, los abuelos y tatarabuelos de su familia, desde los Reyes Católicos para acá, el que no fue canónigo fue obispo; y que el Papa no sé cuántos, les concedió el emblema ese del escudo. Claro que a este señor no hay que hacerle mucho caso. Ya me lo dijo también mi sobrino.

Mi amigo y yo acabábamos de quedarnos de granito.

—Y hace unos días —siguió aún la mujer— don Marcelo pescó por aquí a un pobre soldado que venía buscando a la familia de un compañero de cuartel, y no quieran saber cómo le puso la cabeza con una historia de sus antepasados en los Tercios de Flandes, donde todos habían sido generales; y al final le aseguró que eso del escudo era una alabarda. Así que ustedes juzgarán. No sé qué les habrá contado, pero eso representa lo que a don Marcelo le convenga en cada ocasión.

Nos fuimos. En mi memoria todavía presentes los detalles que pudieron hacer verosímil el relato del anciano, eché una ojeada a lo largo de la calle. El sol de soslayo doraba los salientes de las fachadas. Una ruidosa excavadora levantaba nubes de polvo de la pared que acababa de derrumbar. Allá al fondo, quedaba la enorme boca abierta del mas alto de los arcos del acueducto: el de Santa Ana; y arriba, en el borde de su rectilínea cornisa, el detalle que aún pudiera avalar a don Marcelo: una bien visible mella por la falta de algunas de sus piedras.

¡Ojalá hubiera sido muda aquella buena señora!

FIN DE LA LEYENDA SEXTA

—¿Conozco yo a ese don Marcelo? —preguntó doña Hortensia.

—Me temo que no. Fue uno de quien, poco tiempo después, se dijo en la prensa que había vendido las piedras de su puerta a un norteamericano.

—Me hubiera gustado saber que pretendía con ello el comprador.

—Yo me lo imagino en su tierra mostrando orgulloso su portada. Seguro que a estas horas ha cambiado su nombre propio por el de Colombo o algo así, y estará entre sus convecinos y amigos haciendo alardes de abolengo; pues, según el periódico que daba la noticia de la curiosa compraventa, al hombre le había asegurado el vendedor, con todo lujo de comunes parentescos entre ambos y de genealogía histórica, que el escudo del dintel representaba una carabela navegando hacia el oeste sobre las aguas del Atlántico.

—¡Bendito don Marcelo!

—Y bien; si lo desea, puedo continuar con el último maldito de la serie.

—Te escucho.

LEYENDA SEPTIMA

La Cueva del Esqueleto

Pocas veces se puede dar del todo crédito a las numerosas historias o leyendas en torno a castillos, antiguas iglesias, palacios o caserones más o menos vetustos, de los incontables que se desparraman por toda la geografía española.

De sobra es sabido cómo se transforma una idea con el paso de los años, e incluso, en el breve lapso que media entre el momento en que esa idea entra por el oído de una persona, hasta que sale por sus labios. Cuántas de esas leyendas, al cabo del tiempo, han hecho aparecer a sus protagonistas tan desfigurados de sí mismos y en acciones tan absurdas, que cualquiera que sólo disponga de mediana razón advierte al instante lo inverosímil del relato.

Sin embargo, en este caso excepcional, por su proximidad en el tiempo, me inclino a creer que cuanto de esta historia se cuenta, anda tan ajustado a la realidad que no deja espacio donde pueda caber alguna fantasía.

Alberto vivió su infancia y adolescencia en Avila; en lo que fue el antiguo barrio moro, a dos pasos de la Iglesia parroquial de Santiago: enorme nave de sillería granítica y alta torre octogonal de doradas piedras, que se remata por una picuruta de pizarra en sustitución de la cúpula que, a principios del siglo pasado, se derrumbó con medio campanario sobre una gran parte de la nave que corresponde al presbiterio.

Desde el exterior se apreciaba en la torre el enorme remiendo que mira al sur, y desde el interior se puede constatar cómo los encargados de abovedar de nuevo la parte derruida, o no dispusieron del dinero necesario para realizar una auténtica arquitectura, o les faltaron ganas y gracia para reproducir la crucería gótica venida abajo, y cuyo modelo tenían en el resto del techo al que no afectó el derrumbamiento.

La zona reconstruida abarca desde sobre el altar mayor hasta las columnas que arrancan, junto a la puerta de la sacristía de un lado y el púlpito de otro. (Con las últimas reformas ha desaparecido ese púlpito. Su basamento, en otro lugar del templo, sirve de peana a un Santiago Apóstol deforme.) A media altura y sobre esa puerta de la sacristía se abre un balconcillo que Alberto siempre vio cerrado. Para el muchacho, aquel balconcillo empezó por parecerle extraño, luego pasó a intrigante y más tarde lo convirtió en misterioso. Alguna vez, de más niño, le hubiera agradado acomodarse en él, no sabía si por contemplar la Iglesia desde un nuevo punto de vista, o porque pensaba, quizá con un puntillo de infantil vanidad, que era un lugar muy especial e importante.

¿Qué privilegiados llegaron a ocuparlo? En alguna ocasión se imaginó poseedor de la prerrogativa y orgullosamente acomodado en el balconcillo. No sabía por qué le agradaban las alturas.

Muchas veces, en su temprana edad, desde la ventana de su cuarto, hizo volar su pensamiento hasta la misma veleta de la torre, en la que se distinguía perfectamente la silueta del Apóstol abanderado y a caballo. Entretenía su imaginación en jugar con los tordos que reposaban apiñados sobre la pieza giratoria y sobre la cruz que queda más arriba, o con los que revoloteaban alrededor de la punta del pararrayos: aquel artificio que protegía de las descargas eléctricas de las nubes, según don Ambrosio el maestro, y de la justa ira del Cielo, según aseguraba don Aniceto el párroco.

Alguna vez, en primavera, se hizo la ilusión de vivir con las tres o cuatro familias de cigüeñas que, desde los primeros días de febrero y hasta el día de Santiago exactamente, parecían coronar de banderolas los elevados remates del gigantesco prisma ocre anaranjado. O se entretuvo

en cazar con la mirada a las palomas, a las chovas o a los numerosos cernicalos que volaban por los contornos del campanario o raseaban los aleros de los tejados y tejadillos de la Iglesia.

Y en las noches de verano, algún misterioso siseo daba fe de vecindad de las invisibles lechuzas.

Incluidos gorriones, vencejos y murciélagos, era toda una fauna alada la que formaba población entre las oquedades, tejas y otros espacios en las paredes de la edificación, viviendo sin complicaciones de especies ni costumbres, todos en la misma casa y cada cual a su modo.

Por razón de proximidad, los muchachos que como Alberto vivían en los aledaños del templo parroquial, allá por los años de la guerra civil, revoloteaban asimismo jugando por el atrio que medio rodea la Iglesia, o extendían sus actividades penetrando en lo que llamaban el corralillo: enorme y alargado patio anejo a la Iglesia, que suple la otra mitad que no acaba de circundar el atrio. Se decía que aquel corralillo en pasados tiempos había sido un cementerio; y así debió suceder por cuanto, de trecho en trecho y entre un auténtico tapiz de malvas, se veían amon tonadas o recostadas sobre las paredes, algunas losas alargadas llenas de borrosas inscripciones en las que tras el encabezamiento de una cru aún se adivinaba más de un confuso "aquí iace".

Todos eran buenos amigos del afable párroco y él también lo era de los muchachos; y nadie comprendía cómo podía tratarlos con aquella bondad, cuando su amable trato era correspondido de la otra parte con el obsequio de algunas diabluras que nunca se ajustaron ni siquiera se aproximaron al índice de lo que las demás gentes de la barriada estimaban como tolerable. Y sin embargo don Aniceto aceptaba sonriente el desproporcionado toma y daca.

Una tarde, el buen párroco sentado en el pórtico de la Iglesia rodeado de seis o siete mocitos, menos por ganas de hablar que por sosegar un rato la natural inquietud juvenil, les mantenía a su lado mientras les hablaba sobre la historia de las cofradías de antiguo acogidas a aquella parroquia, en otro tiempo Iglesia juradera de los Caballeros de Santiago; de los importantes personajes que por allí pasaron o allí mismo recibieron

sepultura; de sus donaciones; de sus votos y exvotos; de sus ejercicios espirituales o del voluntario retiro que alguno se impuso, como a finales del siglo XVIII y principios del XIX hizo un tal don Jimeno Herráez, que era temeroso de Dios como todo buen cristiano.

Yo voy a permitirme entrar en la escena por un momento, y quitarle la palabra a don Aniceto para decir —porque me he enterado por otra parte— que aquel individuo era un acaudalado terrateniente, pecador, trapacero y codicioso, sin ninguna familia conocida y con la misma cantidad de escrúpulos de conciencia; y que dada su condición desaprensiva se propuso sacar algún provecho en aquella época de divisiones políticas en España, cuando los ejércitos napoleónicos pretendían exportar la Revolución Francesa hacia la Península Ibérica. Don Jimeno compró a unos, vendió a otros, comprometió a los más y engañó a todos. Preparaba así el terreno para, llegado el caso... Pero fue acusado de espía, encarcelado y condenado a muerte; y gracias a los buenos oficios del obispo, salvó la vida y fue puesto en libertad. Cayó luego sobre él la ira de los afrancesados, que le acusaron de traición; y un exaltado le soltó un arcabuzazo en el estómago; pero el traidor no murió. Después de curar de sus heridas se escondió sabe Dios dónde, y reapareció cuando la situación política del país le ofreció algunas garantías de seguridad. Después de examinar su conciencia y, al parecer arrepentido de todo lo que con razón movió a unos y otros contra él, ofreció la penitencia de recluirse en la Iglesia, y no salir de ella mientras no hubiera oído cuatro mil misas, permaneciendo sin pronunciar palabra tanto tiempo como durase el encierro. Pensó don Jimeno que en justicia había de estar dos veces muerto, y como tal decidió pasar gran parte de los años que calculó podían quedarle de vida.

Esto explicaba a su manera el párroco a los muchachos, omitiendo lo que creyó no convenía a su edad y presentándoles a don Jimeno como si de un piadoso ciudadano se tratase, muy cerca, por lo menos, de la beatificación.

—¿Y dónde pasaba los días y las noches? —preguntó Alberto

pensando en que, a pesar de todo, el sacrificado penitente, por fuerza había de necesitar de algún acomodo.

—En la bóveda de la sacristía —contestó don Aniceto—. Allí vivía y allí oía sus misas desde el balconcillo de presbiterio.

Se acababa de desvelar parte del misterio que intrigaba a Alberto desde hacía bastante tiempo.

—¿Y por dónde se sube al balconcillo? —preguntó de nuevo.

—Por la escalera de caracol que queda en el recodo de la entrada a la sacristía. Y una vez sobrepasado el aposento de esa bóveda y siguiendo escalera arriba, se llega hasta la bóveda alta que ocupa toda la Iglesia.

—Dicen —habló otro de los muchachos— que arriba del todo está la cueva del esqueleto.

—No se hable de eso —cortó don Aniceto— porque no es más que un cuento de viejas y aquí estamos hablando en serio; de modo que bajemos inmediatamente de la bóveda; no nos acordemos más de ella y volvamos a la puerta de abajo, que suele pasar desapercibida debido a que está oscura la encrucijada.

—Pues lo de la cueva es verdad —aseguró en voz baja el hijo de sacristán.

—La historia de don Jimeno —siguió el párroco— os la acabaré de contar inmediatamente.

Haré notar que entre los muchachos que rodeaban al sacerdote estaba Inocencio: un buenazo cuyo grado de inteligencia no correspondía a sus trece años de edad. Y le llamo Inocencio aunque no era ese su nombre, porque a mi parecer era el que mejor le iba. No quiero decir cuál era el verdadero, que con ser propio, en él resultaba el menos apropiado. Y no quiero, digo, por una razón: la de que, con ello, a estas alturas se hará más difícil una innecesaria identificación de su persona, ya que el amigo Inocencio hace años que dejó este mundo; y si ahora que no puede defenderse le señalo por su nombre, puede ser que lo tome como burla —muy posible dado su temperamento— y no van por ahí mis intenciones.

Inocencio atendía como extasiado con la boca abierta. Esa fue

siempre su peculiar manera de asimilar lo que escuchaba. El oído no le funcionaba del todo bien, debido a alguna posible discrepancia entre el tabique nasal y las trompas de Eustaquio; y todos veían en aquel amigo, si no un simple, si un algo de bobalicón, otro algo de cándido, aunque también un mucho de buena persona. Desde que el otro había sacado a relucir lo de la cueva, pareció que Inocencio había perdido en sus ojos la facultad de pestañear y en su mirada la normal ligereza.

—Aquel pobre penitente —siguió el párroco— a pesar de la avaricia que en su alma había infundido el maldito Satanás, era muy religioso.

Muy convencional, como se deduce, la opinión que el párroco tenía de don Jimeno. Ya entonces se preguntaba Alberto cómo se podría ser un avaro y al mismo tiempo religioso en grado superlativo; siguió preguntándose durante mucho tiempo y al cabo, parece que vino a dar con la respuesta.

Tomaré por don Aniceto la palabra definitivamente, para contar con más objetividad cuanto de esta historia me relató Alberto, complemento de lo que en un remoto legajo de un olvidado archivo se contiene, avalada cada página con varias cruces, y éstas a su vez con signos, firmas y sellos de la época.

Tenía don Jimeno más de sesenta años, y desde algún tiempo antes había redactado su testamento de una forma ciertamente caprichosa: sus bienes y riquezas, que eran abundantes, pasarían a manos de la Iglesia si Dios le concedía la gracia de llegar a los setenta años de edad; de otro modo, la Iglesia no percibiría ni un cuarto.

El rico hacendado firmó su testamento ante el obispo, y dando Su Ilustrísima por descontado que Dios habría de proteger la vida del testador por la cuenta que le tenía, había sugerido a éste el anticipo de alguna cantidad por ver de poner remedio, antes de que fuera tarde, a aquella inquietante enfermedad que padecía la torre de la Iglesia de Santiago: su cara sur venía agrietándose de forma alarmante, y a medida que pasaba el tiempo aumentaba el peligro de que se produjera la catástrofe.

Don Jimeno se evadía del compromiso diciendo que todo llegaría a su tiempo.

Lo que nadie podía saber era qué cosa llegaría primero, si las onzas arriba o las piedras abajo.

Mientras tanto era muy importante que don Jimeno siguiera viviendo. De ahí el interés del obispo en arrancarle de las garras de la Justicia. Y en cuanto a la posterior determinación de aquel exaltado del arcabuz, el obispo entonces ya no pudo hacer otra cosa que rezar. Resignadamente puso la vida de don Jimeno en manos de la Providencia y parece que el procedimiento resultó.

Al decir de algunos, aquel hombre codicioso tenía comprado el cuerpo a Dios y vendida el alma al Diablo. El jugar con dos barajas siempre fue su forma de medrar. Así de peligrosos le resultaron sus juegos con las políticas de su tiempo.

Después de disipados los malos humos de sus acusadores, y al parecer a cubierto de otros cargos, el avaro reapareció con su sorprendente proposición de enclaustrarse. Primero se lo comunicó al obispo; y éste aprobó la decisión del arrepentido traidor, no tanto por estimar necesaria una expiación de sus culpas como por salvaguardar aquellos otros intereses; no fuera que al tal don Jimeno le quedara todavía alguna cuenta pendiente de saldar y, en alguna oscura encrucijada, cualquier otro exaltado se cobrara de un mal navajazo, enviándole al otro mundo antes de lo conveniente. Era necesario continuar protegiendo su vida.

Don Jimeno, con algunos útiles imprescindibles se recluyó en el aposento de sobre la sacristía. La puerta quedó cerrada con dos llaves: una que abría y cerraba desde fuera y la otra desde dentro, que luego el recluso echó por el balconcillo, quedando las dos llaves bien guardadas en el palacio episcopal.

Ya el penitente no disponía de otra comunicación con el mundo, que aquel balconcillo hacia el interior de la Iglesia y una alta y enrejada ventana hacia el corralillo. Por una parte subían sus alimentos, así corporales como espirituales, por medio de una cesta suspendida de una sogá, y por otra parte don Jimeno se desprendía de todo lo que no le era de utilidad.

Como los cernícalos, como las lagartijas o como los trasgos, el hombre

se había convertido en otro más de los seres que tenían su hábitat en lo profundo de las concavidades y resquebrajaduras de la edificación.

Fueron pasando semanas y meses y fueron contabilizándose misas y más misas. Al cabo de tres años y medio, el penitente habría de llegar, casi a un mismo tiempo, al cumplimiento de su condena y al de los setenta años de edad, en que habría de responder de lo ajustado en el testamento.

Don Jimeno llevaba ya consumida buena parte del tiempo de su compromiso, pero se apreciaba que su volumen físico también había ido consumiéndose en parecida proporción; hasta tal punto, que se produjo la alarma sospechándose que podía estar atacado por alguna enfermedad.

De nada sirvieron las preguntas que sobre su salud se le hacían desde abajo. Parecía completamente sordo. De nada sirvieron las notas que el obispo le enviaba incluso en forma de aleluyas. A nada contestaba. Seguían contabilizándose misas y el recluso continuaba sin perder el compás de su adelgazamiento. Más que de una persona, su rostro ya con la nariz afilada y aquellas manos de largas y curvadas uñas que se agarraban a la barandilla, su imagen parecía la de un esqueleto viviente.

Cornia el año 1803. Se habían sobrepasado con mucho las tres mil novecientas misas, y sólo faltaban tres semanas para que el huesudo don Jimeno cumpliera su setenta aniversario.

Comenzaba la segunda quincena del mes de julio, extrañamente, las vigüenas de la torre de Santiago habían adelantado su emigración, pues faltaban seis días para la festividad del apóstol y ya habían desaparecido, mientras aún se veían las blanquinegras inquilinas en otras torres de la ciudad.

En una de aquellas tardes calurosas, larguísimos hilos de araña se veían flotar en la altura como desprendiéndose del campanario, alejándose de él en finas líneas que brillaban al contraluz de los últimos rayos del sol. Y más tarde, con la luz del crepúsculo, mientras el cielo se cargaba de nubarrones, un enorme enjambre de aves se cernía dando vueltas sobre la Iglesia y alrededor de la torre. Los vencejos, los cernicalos, las palomas y otros muchos pájaros, no se habían retirado a sus dormideros, y los murciélagos y lechuzas habían salido de sus escondrijos mucho antes de la hora acostumbrada.

Las gentes de la barriada, así como otros muchos devotos que a aquella hora acudían a la novena y que advirtieron la masiva presencia de tanto pájaro, no acababan de explicarse a qué podía obedecer el extraño fenómeno. En silencio, sin un graznido ni un piar, docenas de volátiles daban vueltas y vueltas, mientras otros se alejaban perdiéndose tras los tejados o en la lejanía. Con la última luz del día desapareció a lo lejos la última lechuza y el aire quedó del todo limpio. Sin distinción de especies, la fauna habitante de la edificación había desaparecido en su totalidad, como obedeciendo a un mismo y misterioso aviso o impulso instintivo que les hubiera ordenado escapar.

Ya entrada la noche y concluida la novena salían del templo los devotos, y todos con la extrañeza de no haber visto en el balconcillo al penitente; pues aparte de las misas, no faltaba tampoco a cualquier acto religioso que se celebrase.

—Es extraño —decían algunos.

—Sí, es muy extraño.

Ya la luz del farolillo del último transeúnte se había difuminado en el fondo de la larga callejuela que, haciendo esquina con la plaza de la Iglesia, conducía a la salida este de la ciudad.

Cuando la silueta de la torre había fundido su oscuridad con los nubarrones que ocultaban las estrellas; cuando nadie transitaba por las calles, y cuando comenzaba a reinar el silencio, o cuando, por no turbar el sueño de los vecinos, sólo unas pocas personas conversaban en voz baja junto a las puertas de sus casas disfrutando de la agradable temperatura de la noche de verano, brilló un instante la intensa luz de un relámpago, seguida de un interminable y espantoso trueno que sobrecogió a los habitantes de la ciudad.

Un intenso olor a fuego y a polvo penetró en las casas del barrio de Santiago a través de las ventanas, abiertas por lo caluroso de la jornada.

—¡Es humo, pero no se ven llamas!

—¡Viene de la parroquia!

—¡La torre! ¡Ya cayó la torre!

—¡Se ha hundido la Iglesia!

En unos instantes la enriscada plaza se saturó de una impenetrable atmósfera de polvo, mientras las gentes acudían por todas partes alumbrándose con lámparas de aceite.

Se encendieron varias hogueras. A la rojiza y oscilante luz de las llamaradas, las paredes de la torre parecían teñidas o envueltas por unos enormes cortinajes de sangre. Allá arriba el gigante, decapitado, había dado su cabezota sobre la cubierta de la formidable nave, convirtiendo todo el presbiterio en una informe montaña de cascotes a cielo abierto.

La noticia recorrió toda la ciudad en pocos minutos; y el obispo, con dos llaves en una mano y en la otra su refulgente anillo de amatista que ofrecía a besar, no tardó en presentarse ante la puerta de la Iglesia, que acababa de ser abierta.

—¿Se sabe algo de don Jimeno? —preguntó con inquietud.

—Ahora lo sabremos —dijo alguien que alumbraba la entrada con un enorme farol.

La total oscuridad en que se hallaba sumido el recinto, hacía imposible determinar por el momento las proporciones del tremendo suceso.

Una veintena de hombres provistos de antorchas penetraron en el templo seguidos por el obispo y por algún otro eclesiástico.

Ante ellos una enorme pella que ocultaba el altar mayor y que se coronaba por los fragmentos de la cúpula de la torre. La puerta de la sacristía quedaba del todo tapada por un completo caos de piedras, cascotes, tejas y grandes astillas.

Mientras repartía in nomine patris en todas direcciones, el obispo murmuraba o rezaba algo ininteligible de lo que sólo se percibían algunas eses silbantes.

Un arriesgado, provisto de una antorcha, trepó hasta lo más alto del montón de escombros quedando, aunque distante, casi a la misma altura del balconcillo.

—¡Don Jimeno! —gritó.

Sólo respondieron cien ecos salidos de la oscuridad.

—No le ha pasado nada —aseguró luego de otear el balconcillo— A su bóveda no ha llegado ni una piedra.

—El Señor está con nosotros —musitó el obispo.

Y sí; estaba; pero acaso maltrecho, bajo los escombros, en el sagrario derruido y del que nadie se preocupaba.

Con nuevos gritos se instó a don Jimeno a que diera razón de su existencia asomándose por alguna parte, o muestras de que se encontraba vivo; pero, o se había convertido en el más perfecto sordo, o estaba bien muerto.

Por orden del obispo, claramente excitado, dos hombres alcanzaron el balconcillo utilizando una escalera, para romper aquella ya absurda y obstinada clausura.

Pasmo general.

Don Jimeno no se encontraba en la bóveda. Allí sólo estaban los pocos enseres con los que se encerró.

Se comprobó que la puerta del aposento seguía tan segura como el primer día; la ventana con su reja intacta y, el balconcillo, pese al cercano montón de escombros, en las mismas condiciones de no poder salvarse su altura sin el peligro cierto de romperse el cráneo.

El obispo, abatidísimo y confuso, regresó a su palacio haciendo las más absurdas conjeturas.

Y cada cual hizo las suyas. Hubo quien aseguró que don Jimeno escapó de su jaula a través de las rejas en la tarde antes del suceso convertido en aguilucho. Y hubo quien dijo haber visto aquella noche a una misteriosa figura lanzarse de cabeza al río, allí donde emergía parte de un peñasco grabado con algunas borrosas inscripciones. Se rastreó la zona durante varios días; pero sin resultado positivo. La opinión más generalizada fue la de que don Jimeno siguió viviendo oculto en las bóvedas. Pero la búsqueda por toda la Iglesia resultó también infructuosa.

Llegó el día del setenta aniversario y nadie pudo saber si don Jimeno lo cumplió o no lo cumplió; y en el obispado no tuvieron ninguna dificultad para tomar posesión de las propiedades del volatilizado penitente: no apareció su cadáver y no pudo dársele por muerto.

Don Jimeno vivía; claro que vivía, pero ¿dónde? Jamás se volvió a saber de él. Sólo Dios y el demonio, ambos con su parte en el negocio, sabrán cuándo y en qué forma hicieron el reparto.

Poco más o menos esta fue la historia que, muy a su manera, contó a los muchachos el buen cura, añadiendo al final que lo más probable pudo ser que don Jimeno se descolgara del balconcillo por medio de aquella sogá sujeta a su barandilla; que una vez abajo la lanzara de nuevo hacia el balconcillo, y que después, aprovechando la oscuridad y la confusión, probablemente enloquecido por haber dado lugar con su mezquindad a la desgracia, saldria de la ciudad para caer con sus huesos donde ya se hizo imposible su localización.

Esta y otras hipótesis se perdieron con el tiempo y entre las gentes permaneció la más fantástica: la de que el esqueleto de don Jimeno sigue viviendo oculto en algún insospechado recoveco de la bóveda alta de la Iglesia de Santiago.

Cuando el párroco dejó al grupo de muchachos, parece que todos quedaron convencidos con lo de la sogá, sin embargo otra les quedaba por dentro, aun sin dejar de reconocer lo absurdo de aquella supuesta supervivencia.

—Pues diga don Aniceto lo que quiera, por lo menos es verdad que hay una cueva —aseguró el hijo del sacristán—. Un día subí con mi padre a atar la cuerda del cimbanillo, y vimos la entrada que está en un rincón de la parte de atrás, pero nos hacía falta una vela y no la llevábamos.

—¿Y si la hubiérais llevado? —preguntó Inocencio con la mirada fija en el muchacho.

—¡Pues entramos! ¡Mira éste! Aunque sólo hubiera sido por saber a dónde va a dar.

—¡Ya! —saltó el menor de los que componían el grupo, mientras con sus brazos en alto se inclinaba en exageradas reverencias—. Y os sale al paso el esqueleto: ¡Abacadabra! ¡Abacadabra!

Todos rieron a carcajadas. Todos, menos uno.

—¡Se lo ha creído! —gritó con risas el pequeño señalando a Inocencio.

Y éste, con el pavo hasta arriba, rió también (máscara del medroso) para que los demás pensarán que él no era tan inocente.

A Inocencio no le solían ir bien las cosas con sus amigos; siempre salía perdiendo. Pero con Alberto jamás tuvo una diferencia y por eso le tenía colocado el primero de su lista. Donde Alberto estuviera él se sentía seguro; y Alberto, consciente de aquella confianza, ni en broma se hubiera permitido defraudar al amigo; hubiera sido demoledor. Jamás intentó influir en su conducta porque Inocencio tenía una manera de ser muy peculiar. Era una de esas personas en las que el motor de su cerebro parece estar pidiendo a gritos un regulador: o no se inmuta ante una situación violenta, o se mostraba exaltado cuando la ocasión no daba motivo para ello. Se tomaba los juegos muy en serio. Con la facilidad que tenía para entrar en el personaje, hubiera resultado un excelente actor: si eran soldados, sufría las emociones y penalidades de la batalla; si eran toreros (él, irremediablemente, hacía de toro) había que andarse con cuidado.

Era verano por entonces, y estaba muy cercana la festividad de Apóstol. Se hacían preparativos en la Iglesia y, en lo que podían, los muchachos ayudaban colocando macetas, alfombras o asientos. El sacristán andaba arriba y abajo, atareado en revisar los cables que sujetos a las cerchas de la bóveda alta sostenían las cuatro lámparas arañas (hoy en desconocido paradero) distribuidas a lo largo de la nave, y había dejado abierta la puerta de la escalerilla.

Inocencio y Alberto quisieron también subir a la bóveda, y éste último propuso hacer la exploración de la cueva del esqueleto pensando que el otro rehusaría por miedo; pero se equivocó. No sólo le pareció bien la idea, sino que la acogió con visibles muestras de entusiasmo. Se explica: Inocencio iba con el amigo de su total confianza.

Inocencio era una de esas personas fácilmente sugestionables por la fantasía; inclinado a interpretar las ideas antes por el sentimiento que por la inteligencia.

—Y hacemos como los alpinistas cuando escalan un pico —dijo ilusionado— o como los que exploran una caverna, que dejan una señal y

luego el que sea valiente que vaya y se la traiga. Se va a enterar el pequeñajo ese si me he creído lo del esqueleto.

Para Inocencio, las imágenes del mundo psíquico eran tan importantes como las del mundo físico. Unas y otras parece que formaban en su cerebro un gigantesto acumulador. Dice la neurología que si por un estímulo exterior se produce la descarga instantánea de esa clase de acumuladores, los efectos son imprevisibles, y pudieran dar en el individuo una imagen irreal en el mundo físico pero real en el psicológico, con fuerza suficiente para obnubilar los sentidos y producir una apariencia de realidad absoluta. La parapsicología dice que estos fenómenos son ya hechos comprobados y asegura que, debido a esa salida masiva de energía alrededor de la persona, las mismas imágenes pueden ser percibidas por otras personas incluidas dentro de un radio relativamente amplio.

Ni Alberto ni Inocencio sabían de esto. La única realidad era que la cueva estaba allí y que, ante el confiado amigo, Alberto no podía retroceder.

Provistos de la imprescindible vela llegaron muy decididos hasta la entrada: un oscuro agujero de unos tres palmos de lado. La cueva se formaba por el lateral exterior del muro de la bóveda y un segundo paramento sobre los anchos contrafuertes, que corría a todo lo largo de la nave.

El propósito de los exploradores era recorrer aquel reducto en toda su longitud y clavar al final su bandera. El piso, de un par de metros de anchura con sillares sueltos y amontonados, era del todo irregular, así como la pared de la derecha, con acusados entrantes y salientes; y la altura tan escasa como para que hubieran de caminar agachados. La marcha se hacía dificultosa y lenta. Hacia lo que calcularon había de ser la mitad del trayecto, Inocencio se adelantó un par de metros o más, para llegar a plantarse de pie en una zona más alta y despejada que se veía tenuemente iluminada por una difusa luz azulada que parecía llegar desde un escondido rincón de la derecha.

Todo ocurrió en unos segundos:

Bañado por aquella misteriosa luz que de repente comenzó a tremular, estaba Inocencio petrificado con una mueca de horror y dando diente con diente, mirando hacia la derecha con los ojos desmesuradamente abiertos y clavados en algo espantoso que veía. Algo que súbitamente debió moverse. Estremecido Alberto le pareció oír, entre un horripilante crujir de tablas carcomidas que se parten, algo como una carraca de huesos que se cae, o que por una serie de resortes se levanta. La sacudida de un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Mientras la fantasmal fosforescencia oscilaba a cortos intervalos, un desgarrado alarido gutural del aterrorizado Inocencio se unió a los extraños ruidos y se prolongó hasta que sus pulmones se vaciaron. Los aventureros no se entretuvieron en averiguar si lo que fuera siguió crujiendo o rechinando; si apareció o desapareció; todo su mundo en aquel momento era el agujero de entrada a la cueva y escapar por él. Inocencio acababa de sufrir la completa descarga energética de todas las neuronas de su cuerpo; pero aún le quedaron fuerzas para volver sus pasos hacia atrás. La vela cayó de las manos de Alberto, y del todo aterrorizados los muchachos, medio atropellándose el uno al otro, salieron de mala manera los dos a la vez por el estrecho agujero. Alberto recorrió la bóveda saltando por entre las cerchas con mucha imaginada agilidad en busca de la escalerilla, seguido de Inocencio que lloraba con intermitencias. Bajaron ambos como centellas y se pusieron en la calle en menos tiempo del que se emplea en contarlos; Alberto pálido y sin aliento y el pobre Inocencio víctima del pánico y de una completa relajación de esfínteres con todas sus consecuencias.

—¡El esqueleto! —pudo decir casi sin voz.

Dos días estuvo el pobrecillo espeleólogo sin querer entrar en el atrio de la Iglesia y esforzándose en convencer a todos de que había visto un esqueleto vivo.

—Así que, él lo vio —decían a Alberto los demás— y tú no, que estabas a su lado.

—No pude verle porque le tapaba un saliente de la pared, pero oí perfectamente cómo chascaban sus huesos mientras oscilaba una luz azulada.

Nadie creía.

Y Alberto aseguró y apostó y juró. No podía negarse a sí mismo lo cierto de la fosforescencia o del fuego fatuo. ¡Eso era verdad! Pero es que se daba el caso de que, pese a la vehemencia con que Inocencio le aseguraba que aquello movía las mandíbulas, que le tendía un brazo y que le hacía, así así, con una mano llena de uñas, ¡Alberto tampoco creía en la existencia del maldito esqueleto!

Si la leyenda de don Jimeno y la cueva, entonces, ya andaba cerca de olvidarse y perderse, tras aquel lance, reencontró el camino para reverdecir y seguir su andadura. Tal vez con el tiempo se transforme o se exagere. Yo pienso que habrá esqueleto mientras haya cueva, y que alguien más en el futuro tendrá ocasión de protagonizar alguna nueva escena. Nunca he creído en apariciones. Esto de la parapsicología, si algo tiene de científico será su estudio que, como entretenimiento, no está mal por si fuera posible dar en alguna forma explicación, más aparentemente verosímil, a las bromas de algún fantástico visionario, al fraude de algún pretendido manipulador de ocultos poderes, a las alucinaciones de algún sandío, o al miedo de algún par de atontados como aquellos dos exploradores de la cueva del esqueleto.

El propio Alberto me amplió la historia con el desenlace de su experiencia: El mismo día de la fiesta del apóstol, y prescindiendo de Inocencio, que no tenía ganas —dijo— de subir escaleras, entre cinco muchachos organizaron una nueva expedición provistos de alguna estaca y de la imprescindible vela.

Recorrieron la cueva hasta su otro extremo, que no tenía ninguna salida. Y de esqueleto, nada. Lo único que vieron, hacia la mitad del trayecto, justo en el mismo punto donde Inocencio se quedara patidifuso, fue una pareja de sorprendidos cernicalos o palomas que acaso tenían por allí su nido. Tras una catarata de fuertes aleteos y medio atropellándose el uno al otro, los pobres pájaros, asustadísimos, huían hacia la luz del exterior por un pequeño agujero.

FIN DE LA LEYENDA SEPTIMA

—Pues hijo —exclamó doña Hortensia— Si no existiera ese inoportuno final, bien ganada me tenía Inocencio para su causa; porque yo sí creo en esos fenómenos, y en otros de índole muy parecida. Ya te lo demostraré.

—Queda emplazada para ello.

—Y bien. ¿Quieres ahora aclararme de una vez qué pinta en todo esto, esa piedra donde todos escribieron y empujaron hacia el río?

—¡Ah sí! Pues no significa gran cosa, ni esa piedra sirve ya para nada. Actualmente está hundida hasta el fondo. Me señalaron el sitio hace mucho tiempo, y estando el cauce seco, ahondé en la arena; pero sólo pude ver una de sus caras donde se lee: “Esta es ciudad de valientes, de nobles y de prudentes”. Avila no necesita ya de lápidas que avisen de su hidalguía. En el mundo nos conocemos todos. En Avila, tan cerrada como erróneamente la interpreta quien la desconoce, todo está abierto. Avila sobresale hacia arriba, para que se la vea bien y para, desde allí, mirar a lo lejos. Ya hace siglos que comenzó a exportar nobleza y espiritualidad. Los caballeros extendieron su fama fuera de sus muros, no dentro. Y yo creo que la idea de la celda y hasta de lo místico, no es la del recogimiento y de la abstracción; esa idea lleva en su esencia una fuerza expansiva que aquellos hidalgos, pero sobre todo la Santa, pusieron de manifiesto. ¿Hace falta mejor demostración? Lo que ocurre es que la ciudad actual, con legítimo orgullo, ha querido definir en sus personajes y en sus monumentos su línea de conducta. Es el parentesco bien patente de sus gentes con la grandiosa sencillez que pregona el granito de siglos; sin que por eso dejen de manifestarse también en ellas sus afanes por seguir los caminos del progreso. Pero, ¿cómo ignorar el espíritu aún presente de santos y de caballeros? ¿Cómo no advertir el palpito de los monumentos? ¿Cómo quedarse impasibles al respirar en el aire de estas calles aquel ánima inspirador que pervive en la ciudad? ¿Y cómo, tras dejarse llevar el escritor por la fantasía que sugiere y hasta a la que obliga el conjunto, no permitírsele alguna licencia?

—Pero, con tantas, te haces increíble.

—¿A qué viene el reproche? Borre de su memoria a los malditos o a los pequeños de que acabo de hablarla, y usted misma les sustituirá por otros. Hábleme del río y le humanizará. Dedique sólo un renglón a la almena y la llamará altiva. Y si es pequeño el uno y mínima la otra ¿a dónde iría a parar, doña, con todo lo grande que aquí se encierra?

—Entonces, las leyendas que te he aguantado...

—¿Lo pasó bien?

—La verdad es que sí.

—Pues quedo justificado, porque he conseguido mi propósito.

—Por eso te perdono; y si has concluido con tus leyendas ¿puedo ya descansar?

—Podemos, doña, podemos. Y sentiría haber aumentado su cansancio con mi lectura.

—Al contrario. Después de oírte me encuentro mejor, y hasta me hubiera agradado verme protagonista en alguno de los pasajes que acabas de leerme.

—Me alegro; pero estimo que sus palabras son excesos de su corazón. De todas formas se lo agradezco.

Volvió Graciano el conjunto de papeles a su portafolios; despidióse de doña Hortensia y la deseó felices sueños, sin querer insistir en averiguar los motivos de aquella ausencia de la casa, según a su llegada le dijo.

Dos diminutas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la señora mientras besaba una y otra vez la frente del joven.

En su sillón quedó la anciana con sus dedos entrecruzados; con su bata morada y sus zapatillas verdes, y con su pensamiento quizá vagando entre las escenas que su ahijado describió, por ver de acomodar su persona entre los personajes de alguna de ellas.

Tras cerrar suavemente la puerta, Graciano salió hacia la calle convencido de que, durante el tiempo de su estancia en la casa, la madrina se había esforzado en negar a su semblante y a sus palabras una interior

preocupación, ya al final manifestada con las lágrimas, a las que doña Hortensia muy pocas veces solía rendir su entereza.

—Bueno —se dijo— en cualquier forma creo que tardaré poco tiempo en saber lo que la sucede.

Nevaba de nuevo.



Institución Gran Duque de Alba

LA MADRINA

(Conclusión)

Al llegar frente a la puerta de su casa, Graciano encontró un papel sujeto entre una de las jambas:

“Estamos con doña Hortensia en el hospital. La hemos llevado esta mañana con algo grave”; y debajo el número de una habitación.

—¡Por todos los santos! ¿Qué broma es ésta?

Graciano volvió a leer.

No tenía duda de que la nota estaba escrita por su padre. El carácter de la letra y sobre todo aquellas formidables mayúsculas daban fe del autor.

¡Pero si sólo hacía un par de minutos ...!

Desconcertado el joven, salió de nuevo a la calle y oteó la ventana de la señora: ni una luz. Subió precipitadamente la escalera y llamó a la puerta. Releyó el papel y llamó con más fuerza otras dos o tres veces. Nadie respondió. Vuelta a su casa y vuelta a las ventanas de la madrina.

Todo turbación y asombro, sólo parecían apacibles los copos de nieve que caían mansamente y punteaban la cabeza y los hombros del joven.

Después de titubear unos instantes, Graciano tomó a buen paso la calle adelante en busca de un teléfono; pero encontró antes un taxi.

—¿Pues dónde y para quién he leído yo? —pensaba por el camino

dudando ya de si mismo, a la vez que trataba de acomodar con algo razonable el tiempo transcurrido desde que se apeó del tren.

En el corredor central de la primera planta del hospital, con el portafolios en una mano y en la otra una bola de papel arrugado, sin poder articular ni una palabra, Graciano se encontró de frente con su padre, a quien se veía claramente consternado.

—Te he telefoneado —dijo éste— y me han costestado que ya habías salido a tomar el tren. Así que me acerqué a casa para dejarte el aviso.

—¡O yo estoy loco —reventó Graciano tornada su angustia en colera— o esto no puede ser!

El joven abrió la mano con energía y mostró a su padre la bola de papel, para después arrojarla al suelo con toda furia.

—Hace poco más de diez minutos que ha muerto —musitó el padre.

Graciano dejó caer al suelo su portafolios y desmadejado se derrumbó sobre un banco. Luego, recuperado un punto, entró en la habitación y se quedó estático sin despegar los labios. Tenía la sensación de que la madrina todavía escuchaba.

—Ha estado poco más de dos horas como dormida —hablaba entre lamentos la hermana de la señora— y luego ha despertado un momento para marcharse al fin tan sosegadamente que parece volver a dormir.

La sirvienta introducía en completo desorden algunas prendas en una bolsa de viaje y los padres de Graciano atendían a las prevenciones que les hacían dos empleados del hospital.

Tocado su dolor en congoja y desconuelo ante el cuerpo inerte de doña Hortensia, aunque el joven procuró componer el semblante, no bastaron sus esfuerzos para que dejase de manifestar el secreto de su corazón con las lágrimas en que prorrumpieron sus ojos; flaqueza varonil, que por ser en causa común acaso acallaba en el joven la parte irascible de su corazón; pero sobre todo porque en su proximidad no encontraba enemigos en quienes tomar satisfacción de su enojo.

Y de pronto vio sobre una mesita su portafolios. Se acercó a él y lo tomó en sus manos casi con odio.

Salió de la habitación sin decir nada; y sin que ninguno de los que componían el grupo le preguntase a dónde iba, tomó el pasillo adelante; bajó por una escalera secundaria, y luego por otra mal iluminada donde se respiraba una atmósfera de hierro candente.

—Escribi sólo para ella —hablaba a media voz— Ella ya se enteró, así que...

Al final de un corto pasillo había una puerta abierta; y al fondo de una especie de sótano, las enormes panzas de las calderas de la calefacción.

A una de ellas fue a parar el portafolios con su contenido.

La interrogante de Graciano era irrazonable. Sin ninguna clase de argumento en que poder sustentar una mínima posibilidad de analizar el caso con correcto juicio, a nadie quiso dar noticia de su experiencia, por temor a que le tomasen por imbécil o visionario.

Pero ¿por qué aquella resistencia de Graciano a admitir el hecho como real? ¿Acaso no describió él mismo el suceso de la piedra habladora, el de la pila, el de la daga, y lo demás que en sus leyendas se salía de toda consideración natural?

Sin que llegara a dudar de su propia cordura —aunque anduvo muy cerca de ello— aparte de la tristeza, no le abandonaba el recuerdo de las palabras de su madrina al concluir la lectura de la última de las leyendas, en que le prometió demostrarle la realidad de algunos fenómenos que él se había atrevido a calificar de absurdos.

—Sólo ella —se decía derrotado ya en su continuo cavilar— era capaz de hacerlo. Sólo ella. ¡Y lo hizo!

Pasaron después de esto muchos días; y el calendario, que todo lo modera, haría a Graciano, llevada su resolución a otros límites más animosos, buscar entre sus papeles la copia de las leyendas que había quedado a salvo. Así es la vida.

De momento quedaba exclusivamente para el joven otra leyenda más: la de doña Hortensia. Incomprensible. El podía dar explicación a otra

cualquiera menos a ésta, y por el momento ha preferido dejarla sin solución.

—La señora —dice— trató de confundirme. Siempre quiso jugar conmigo.

¿Pero cómo subestimar el claro lenguaje con que se pronunció y no recoger, si no en su integridad si en buena parte, el mensaje de su madrina?

—No terminó con aquello —añade.

Y de la señora o de su mansión Graciano sigue esperando confiado alguna señal transcendente y definitiva, con alcance hasta otras personas, para poder incluirla en la larga lista de las historias que por aquí se cuentan.

JUSTIFICACION

Porque, en esta fantástica ciudad donde tanto fue y sigue siendo grande; donde la tradición, quizá por abundancia de elementos, no ha necesitado colorearlos como en otros lugares se ha venido haciendo por escasez de ellos; donde sigue palpitando el espíritu de los protagonistas de su historia, y donde el tiempo no existe, no resulta excesivo pretender pasar una vez más de lo corriente, no a lo milagroso que ese es otro cantar, pero sí a lo extraordinario y admirable. Esencias y gentes quedan para ello. Y no se trata de conservadurismos a ultranza, sino de patentizar un algo vivificador que permanece afianzado a la fortaleza de los peñascos; y que vive en la majestad de los edificios, en la sombra de las encrucijadas o en las misteriosas aguas del Adaja.

Puede, actualmente, equivocar la imaginación de los hombres la forma y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se ven o se sienten como se desean; la poesía raramente puede brotar de un momento de contemplación, pero en cambio surge al choque de los hombres con la realidad, tras una detenida observación sentimental, aunque no necesariamente apasionada. Y soy consciente de que yo tampoco sé llevar hasta esa dimensión que sólo pertenece al sentimiento, las maravillosas imágenes que Avila proporciona a mis ojos. De ahí que, sin tener en cuenta lo que importan al éxito los adornos de la verdad, me haya apartado de lo auténtico por no caer en la ponderación que siempre he

criticado, pero en la que me hubiera mecido gustosamente. Y ya que los miopes de espíritu ven sólo las apariencias externas, se hace necesario repintar o deformar estas apariencias para que se vean mejor, para que hablen y hasta para que griten su realidad. Y como es evidente que no pueden jugarse todas las cartas a la simple apariencia de los vestigios ni a la complementaria de lo escrito de su historia no siempre libre de una buena carga de adivinación, muchas veces se suma la leyenda, que no modifica pero que sin duda embellece el pasado desde el presente; lo que no puede atribuirse más que a un elevado sentimiento de identificación con la antigüedad.

No niego que me faltó cuidado muchas veces al tratar temas o personajes que merecieron mejores palabras y superior consideración; pero temí que el exceso de cuidado tal vez pudiera haberme puesto dificultades en los caminos de mi imaginación, que no anda muy sobrada de agilidad.

No sé por ello de cuántas rayas me he pasado, ni dónde me detuve demasiado pronto; como tampoco sé qué fuerzas me empujaban al escribir estas leyendas pretendidamente bienhumoradas, pues no espero que nadie pueda deducir de ellas lo que en su exposición me haya movido de nostálgico. Si puede advertirse en cambio, lo que intenté de prudencia en el relato, por otra parte acaso desaliñado por buscar la sencillez. Y sinceramente quisiera que lo que aquí se haya encontrado de osadía, en desacuerdo con lo que se dice en otro lugar, se tenga por más culpable que lo que escriben los historiadores; pues además de no disputarles la estimación en que se les tiene, les doy por suyo el magisterio de los mejor preparados.

Pero, allá con su idea los fanáticos de la verdad, que no se han dado cuenta de que en la narración la verdad es cautiverio, ya que, sin que haya indignidad en esta afirmación, existe mayor libertad donde lo verdadero se estima menos.

Me han sido necesarias estas últimas palabras para vencer el miedo reverente con que he puesto a estos malditos y a sus leyendas escritas entre la almena y el río, frente a los ojos de quienes hayan sido capaces de resistirme, y ante quienes no puedo colocar la obligación de mi excusa si

no pongo primero la de mi respeto. El mismo que siento por las almenas, por las torres, por los puentes..., pues es siguiendo el camino de esa sensación, por donde es posible llegar a descubrir la fórmula para ponerse en comunicación con los vestigios del pasado, con las piedras corroidas a la intemperie o con las patinadas piezas de museo: prestándoles nuestra manera humana de ser o pidiéndoles en préstamo su razón de seguir existiendo. No hay frío en lo que vemos, ni silencio; y damos por verdadero que, aun cuando estas cosas parezcan presentársenos inertes o indiferentes, por la magia de algo muy parecido al amor, se animan de toda esa vida que conservan concentradas en ellas mismas; nos ganan el alma y la imaginación con las conmovedoras huellas de su paso a lo largo del tiempo, y dejan de ser la figura de su propia realidad para convertirse en una imagen mental; en una realidad espiritual más auténtica que la que perciben nuestros ojos. No forman entonces un paisaje con materiales de desecho; no son tristes elementos residuos de una tradición muerta de vejez, sino los testigos aún vivientes de una época cuyos otros protagonistas, aquellos que a su lado se movieron, tendrán siempre el derecho a reclamarnos, por lo menos, la pequeña recompensa de no ser olvidados. Y no me refiero —esto es evidente— a los vacíos personajes que acabo de crear, sino a aquellas acreditadas figuras de ayer, bien o mal conocidas hoy, santos por la fe, hidalgos por generosos; a quienes hizo duros el clima y valientes la necesidad, y a los que todos debemos atención; y mucho más los que en tantas ocasiones paseamos por estas calles evocadoras de Avila, acogidos con nuestro corazón a la agradable caricia de su frío y al imperecedero calor de su historia.

FIN



Institución Gran Duque de Alba

La Institución Gran Duque de Alba es una entidad sin ánimo de lucro, creada en 1984, con el fin de promover y desarrollar actividades culturales, educativas y deportivas en beneficio de la comunidad. Su sede social está ubicada en la calle...

El objetivo principal de la Institución Gran Duque de Alba es fomentar la cultura y el deporte en la zona de influencia de la Institución. Para ello, se han creado diversas áreas de trabajo, como el Área Cultural, el Área Deportiva y el Área Educativa. Estas áreas trabajan de forma coordinada para ofrecer a la comunidad una serie de actividades y servicios de calidad.

ACABOSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDICION DEL
LIBRO "EL TURNO DE LOS MALDITOS (LEYENDAS
ENTRE LA ALMENA Y EL RIO)" DEL QUE ES
AUTOR GUILLERMO BLAZQUEZ RESTARD,
EL DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1986,
FESTIVIDAD DE SAN ESTEBAN
PROTOMARTIR, EN LOS
TALLERES GRAFICOS DE
CARLOS MARTIN, S.A.
AVILA

(LAUS DEO)

